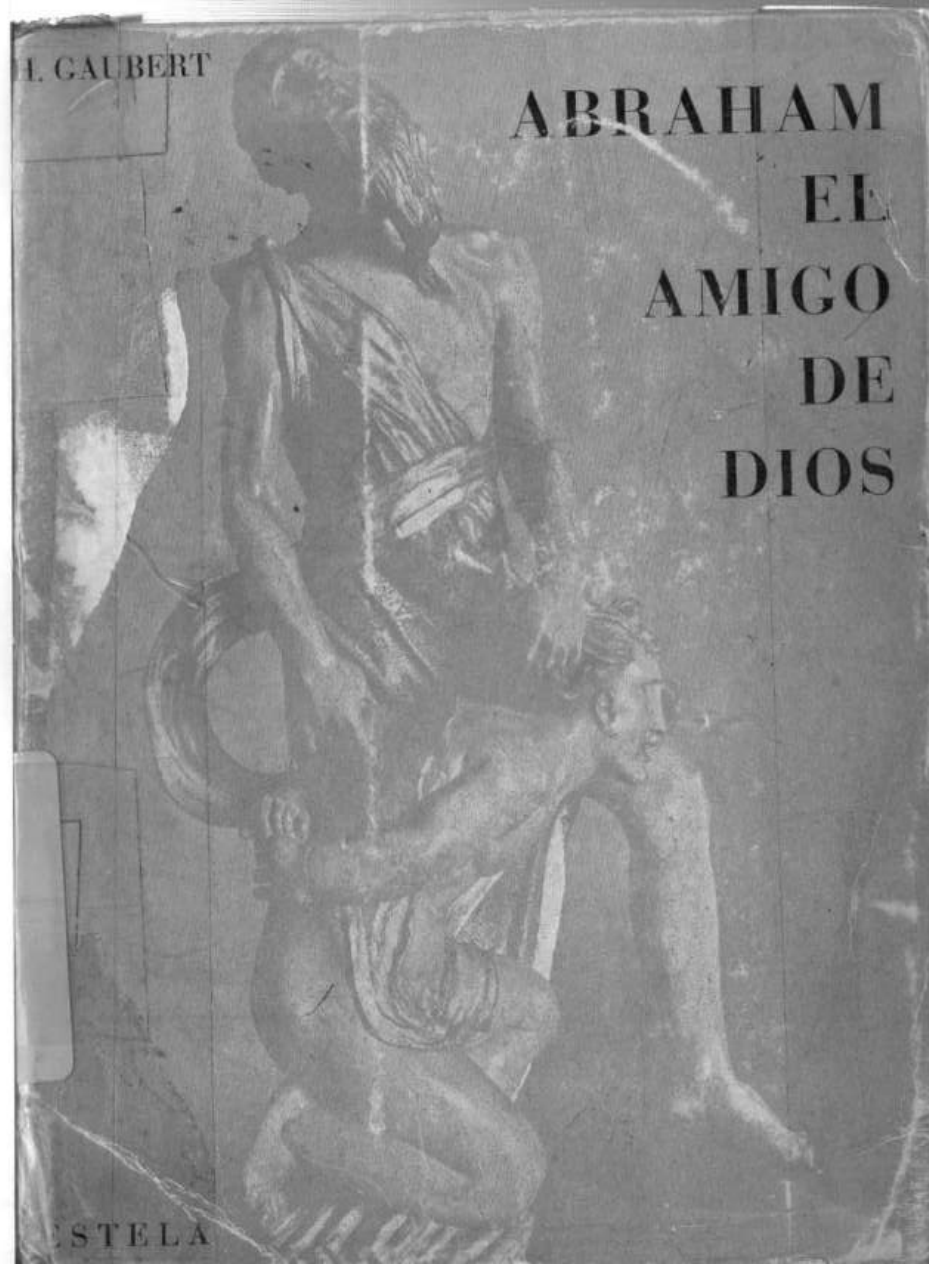


H. GAUBERT

ABRAHAM
EL
AMIGO
DE
DIOS



ESTELA

H. GAUBERT

ABRAHAM,
EL AMIGO DE DIOS

TRADUCCIÓN

a cargo del monasterio de
religiosas benedictinas de
San Benito

EDITORIAL ESTELA, S. A. - BARCELONA

© EDITORIAL ESTELA, S. A. Primera edición, septiembre de 1966.
Reservados todos los derechos para los países de lengua castellana.
La edición original de esta obra ha sido publicada por **Maison Mame**, de París, con el título ABRAHAM, L'AMI DE DIEU.
Tiene las licencias eclesiásticas, Imprimatur: † Gregorio, Arzobispo de Barcelona. Impreso en Capellades, Gráfica Iris, Gmo. Franco, 21.
Depósito legal: B. 25.262 - 1966

Prólogo

LA BIBLIA EN LA HISTORIA

La renovación bíblica, en el mundo católico contemporáneo, es un fenómeno cuyas raíces se hunden en el siglo XIX. Los progresos científicos de entonces han impulsado a los sabios católicos a la investigación científica en este terreno. Desde aquella época, los descubrimientos arqueológicos se multiplican en todo el Próximo Oriente; se conocen cada vez mejor los tiempos y los ambientes —muy distintos de los actuales— en que vivieron nuestros padres en la fe y en que se publicaron los Libros de la Biblia.

A partir de 1930, las informaciones relativas a esos descubrimientos acucian la legítima curiosidad de los fieles. Los movimientos de juventud, y la renovación litúrgica, actúan dicho interés por la Biblia. No podemos olvidar los años de miseria, los años que afrontan la desgracia y la muerte, los años de desplazamientos en masa... ¿no es ese, precisamente, un clima «bíblico»? Sí, y son muchos los que se sienten movidos a reflexionar mejor sobre los problemas actuales a la luz de la Biblia. El deseo de conocer mejor la palabra de Dios crece de día en día. ¡Con qué gusto se lee y proclama la Biblia en comunidad! La Biblia es el centro de reunión de todos los hermanos, cristianos y judíos.

Pero los esfuerzos de difusión no bastan. Se descubre, abordando la Biblia, un mundo extraño e impenetrable; los Libros que la componen fueron redactados en circunstancias muy alejadas de nosotros por el tiempo y el espacio. Por consiguiente, se necesitan explicaciones para introducirnos en aquella época remota y en aquella mentalidad oriental.

Para descubrir personalmente la Palabra de Dios, es preciso, no sólo leer la Biblia y releerla asiduamente (de tal manera que, poco a poco, los textos se comparen espontáneamente entre sí), sino también informarse (comentarios, revistas, conferencias...), para penetrar en su contexto.

La finalidad de la presente colección es *propriadamente histórica*, como lo sugiere su título: «La Biblia en la Historia». No pretende descubrir primordialmente en la Biblia las múltiples riquezas de la Revelación divina, cuya última Palabra es el Verbo encarnado (*Heb 1, 1-2*). Su objeto es más modesto: consiste en hacer revivir, con auxilio de las ciencias históricas, los diversos ambientes en que vivieron los elegidos de Dios; así se podrá comprender mejor su conducta y su lenguaje; intuir cómo los acontecimientos de la historia de Israel están insertos en la gran Historia de los hombres; descubrir los lentos pasos de la Revelación que atestiguan una soberana pedagogía por parte de Dios: toma a los hombres tal como son, después, lentamente, pacientemente, durante el curso de los siglos, mediante el juego de los acontecimientos y por mensajes directos, los orienta hacia la verdadera felicidad, les hace desear la luz de la verdad y el amor auténtico, y, finalmente, colma sus deseos dándoles a Cristo. De esta manera, es fácil caer en la cuenta de que la Historia «Sagrada» no se limita a los dos milenios que vivió Israel, sino que abarca toda la Historia universal.

Imposible pretender alcanzar este objetivo, dentro de los límites indicados, sin el concurso de especialistas. Henri Gaubert, historiador por oficio y por vocación, que, desde hace mucho tiempo, demuestra un vivo interés por las cosas del Oriente bíblico, ha colo-

cado las primeras piedras de esta colección: ha sido su inspirador.

Esta colección se propone, pues, situar en el centro de la Historia, mediante una serie de obras, las principales etapas de la Revelación.

Abraham, el Amigo de Dios, se destaca sobre el fondo de los grandes movimientos de poblaciones en masa, marcando los inicios del II milenio a. J. C.

Isaac y Jacob, los elegidos de Dios. Jacob ocupa el primer lugar: ¿no es, por ventura, el padre de las doce tribus que ostentan de él su nombre de Israel? Además, este volumen presenta a su hijo José, gracias al cual la tribu de Jacob pudo instalarse en el Egipto de los Hiksôs.

Moisés y Josué. Presenta el esplendor de los Ramsés, el Éxodo y el Sinaí: nacimiento de Israel como Pueblo de Dios. Al término de una larga vida errante, se le concede la Tierra prometida en tiempo de Josué: la historia de la conquista pone fin a este volumen.

David y el advenimiento de Jerusalén. Gracias a la genial actuación del rey salmista, la ciudad cananea se convierte, hacia el año 1000, en la ciudad santa de Israel y de los creyentes monoteístas.

Salomón el Magnífico, a favor de la somnolencia de los grandes imperios, lleva lejos su influencia y aparece como un gran rey. Pero su muerte provoca, en 932, una revolución y la división de las tribus en dos reinos: vanos serán, en adelante, los intentos de poder y de gloria.

La ruina del reino y la cautividad de Babilonia. Durante la época real (932-586), los profetas procuran retornar a Israel a su vocación propia, y descubren poco a poco el misterio del Reino de Dios. El reino terrestre desaparece en el 586; pero los 50 años de destierro en

Babilonia son, para el pequeño núcleo fiel, un tiempo de gracia, de luz y de esperanza.

El renacimiento de Israel, la espera del Mesías. Evoca los cinco últimos siglos de la era antigua, los trastornos políticos y culturales, la dispersión de los judíos a través del mundo en ebullición, y la última preparación para la venida del Mesías.

Jesús y su familia: el medio ambiente donde vivieron; Palestina ocupada por los romanos; el hombre Jesús en quien se manifiesta el Salvador esperado, el Hijo de Dios, nuestro Señor.

San Pablo y la Iglesia. A través del mundo mediterráneo, Pablo, el fariseo convertido, proclama la buena nueva de la salvación universal: todos los hombres, sin excepción, son hermanos en Cristo, igualmente amados por el Padre, y animados por el mismo Espíritu. Enfrentándose con el poderoso imperio romano, y a pesar de todas las contradicciones, errores y persecuciones, el Apóstol de los Gentiles empieza a edificar la Iglesia universal; ésta da testimonio, desde sus orígenes, de que Cristo es el único Señor, y de que su triunfo definitivo está ya asegurado al final de los tiempos: «Ven, Señor Jesús».

En verdad, abordando tales temas con miras de historiador, por fuerza ha de hallarse una realidad subyacente que explique y dirija toda esa historia. Sin querer hacer obra de teólogo, se percibirá, no obstante, a través de los hombres y de los acontecimientos, la acción de Dios y su Palabra; se descubrirá su eterno plan de salvación y la solicitud que tiene para con todas sus criaturas; y se profundizará y se vivirá personalmente este mensaje siempre actual.

R. TAMISIER, P. S. S.
Profesor del Seminario San Sulpicio.

Abraham, el amigo de Dios

Introducción

Esta obra —y las que la completarán en esta colección— querría limitarse al estudio de los hechos referidos por la Biblia. Por eso, los presentamos como un libro de historia.

* * *

Tal vez el lector se pregunte si la Biblia tiene realmente necesidad de un «historiador» para explicar la vida social y religiosa de los patriarcas, de los reyes y de los profetas, o para comentar el desarrollo de la civilización del pueblo hebreo.

Semejante concepto puede ser válido, en cierta medida, respecto a lo que concierne al plano espiritual. Pero, nos parece muy difícil de admitir cuando se trata de la historia propiamente dicha. Y aquí está nuestro argumento.

HISTORIA ORIENTAL - HISTORIA OCCIDENTAL

La noción de historia, tal como la concebimos hoy día, data del siglo V antes de nuestra era, o sea de la generación que edificó el Partenón. Entonces, el escritor Herodoto, justamente denominado «el padre de la historia», dejó establecido este género literario, en dos grandes líneas. El éxito inmediato de esta fórmula se explica por el hecho de estar perfectamente de acuerdo con las exigencias intelectuales del Occidente. Nosotros exigimos, en efecto, que la relación del pasado nos sea presentada bajo una forma cronológica de los acontecimientos, y esto con la mayor exactitud posible. En cuanto a los elementos constitutivos de la narración, deseamos que estén rigurosamente jerarquizados: los incidentes importantes puestos en evidencia, los rasgos de menor

importancia en el lugar secundario que les corresponde, según el orden decreciente de valor documental. Ahora bien: nada más opuesto a este concepto que el adoptado por los escribas de Babilonia, de Palestina y de Egipto. Para ellos, lo que nosotros llamamos «historia», engloba todos los géneros literarios: poesía, epopeya, romance, crónica, anécdotas, folklore, cantos de guerra, tradiciones étnicas, recuerdos familiares, etc. Esas diversas relaciones nos las presentan a granel, sobre todo yuxtapuestas o unidas de la manera más inesperada.

La historia de Occidente es una obra escrita, y la composición impone propiamente —al menos en el individuo que evoluciona— un propósito deliberado de orden arquitectónico.

La historia del Oriental es, por el contrario, una relación oral en sus inicios. Obra de uno que cuenta sucesos y desea tener en expectación al auditorio mediante anécdotas dramáticas e interesantes. E incluso cuando, en la época de la realeza (hacia el 1000 antes de nuestra era), se empezó, en tierra de Israel, a recoger con veneración las tradiciones orales fielmente narradas y conservadas en el curso de los siglos precedentes bajo las tiendas de los pastores, y aun cuando, en épocas de David y Salomón, los letrados se preocuparon de fijar por escrito toda aquella literatura «recitada», el carácter típico del *relator* se descubrirá durante mucho tiempo bajo el texto redactado por el escriba.

La Biblia es hija del verbo. La Historia de Francia de un Michelet, es hija de un escritor.

Todo esto es para explicar al lector por qué el hombre moderno de Occidente no ha de dejarse vencer por el carácter complicado y a veces un poco difuso de esta «historia del pueblo de Israel» que se llama el Antiguo

Testamento. No obstante, hay que admitir que, para entrar en ese laberinto y caminar por él, se necesita un plano de dirección para no correr el peligro de extraviarse. La finalidad del autor de esta obra es precisamente explicar «al occidental» el Libro, inundado de espíritu oriental.

VERDAD OCCIDENTAL - VERDAD ORIENTAL

Conviene añadir aquí que, para el relator oriental, la narración histórica, mientras hace de escenario a una relación auténtica, puede, sin faltar al respeto al auditorio, ir amenizada con ciertos detalles un poco forzados, desde el momento que éstos ilustran y aclaran la descripción. Ninguna mentira deliberada, ciertamente. Más bien una especie de ingenio en el manejo de la hipérbole y de la imagen sugestiva, apta para hacer vibrar al auditorio; o mejor diríamos, el uso de un vocabulario poético, en extremo expresivo, destinado a mantener viva la atención.

Naturalmente, algunos hombres de partido, o, simplemente, algunos de nuestros contemporáneos de cortas miras, han intentado lanzar el descrédito sobre el valor histórico de la Biblia. Según ciertas mentalidades, el Antiguo Testamento constituiría un libro lleno de errores, introducidos en el texto por la arrogante verbosidad de relatores de exaltada imaginación. No exageremos, ni en un sentido ni en otro. Lo que tendremos que hacer simplemente, de una manera episódica y con mucha menos frecuencia de lo que puede imaginarse, es dejar aparte, con toda objetividad, lo que se relaciona con ciertas transposiciones poéticas de los acontecimientos. Aclaraciones que deben ser hechas con todo el tacto posible, y también con la mayor prudencia. Trabajo de

erudicción y de juicio que exige un control especial: por ejemplo, resultados de excavaciones arqueológicas, y también de los textos babilónicos y egipcios, que tratan de materias similares y están consignados más o menos en las mismas épocas, con las mismas preocupaciones políticas, sociales y religiosas.

Al redactar, como historiador, los capítulos de la obra que va a seguir, el autor no ha olvidado indicar las correcciones necesarias en ciertas circunstancias.

EL ANTIGUO TESTAMENTO: HISTORIA DE UNA FAMILIA Y DE UN PUEBLO

Según el concepto etnológico del Próximo Oriente, una nación debía estar constituida por la descendencia directa de un antepasado común. De hecho, la Biblia empieza la narración de los tiempos históricos del Pueblo elegido con la vida de Abraham.

Pues bien, el Libro israelita se atiene a las aventuras del jefe de familia y al reducido círculo en que éste vive, sin preocuparse de informarnos del estado social y político del país. Así, la Biblia nos dirá, en una breve frase, que «Abraham salió de Ur, de Caldea», que se instaló en Jarán, sobre el alto Eufrates, que después apacentó sus rebaños en Palestina —y esto sin revelarnos nada de la civilización de Babilonia, ni de la posición, tan particular, del «País de los Padres», sin describirnos en absoluto la típica existencia de los pastores nómadas de Siquem y de Hebrón, sin darnos la menor explicación acerca de las influencias babilónicas y egipcias que fueron precisamente las que modelaron la vida y la evolución del grupo patriarcal.

Por eso, el lector moderno se hallaría en peligro de incompreensión casi total si, mediante un comentario his-

tórico de buena ley, no se le proporcionara la documentación indispensable.

Aunque no pretendemos, ni de lejos, «rehacer» la historia completa del Próximo Oriente (sería obra de demasiada envergadura), deseáramos, no obstante, poder hacer composición de lugar sobre la vida del Patriarca Abraham y, a continuación, sobre las de Isaac y Jacob, dentro de un marco geográfico y en un ambiente específicamente humano.

LA BIBLIA Y EL HISTORIADOR

La obra que presentamos no tiene, por consiguiente, el objeto de «substituir» la lectura de la Biblia. La única ambición del autor es facilitar al lector del Antiguo Testamento, no especializado en la complicada historia del Medio Oriente, una especie de cable conductor y, también, como es de esperar, una ocasión de contacto con la Biblia, tan apasionante como fructífero.

H. G.

Ur: Ciudad de partida

«Tomó, pues, Teraj a Abram¹ su hijo; a Lot el hijo de Aram, hijo de su hijo, y a Sarai, su nuera, la mujer de su hijo Abram, y los sacó de Ur Casdim para dirigirse a la tierra de Canán².» (*Gén* 11, 31).

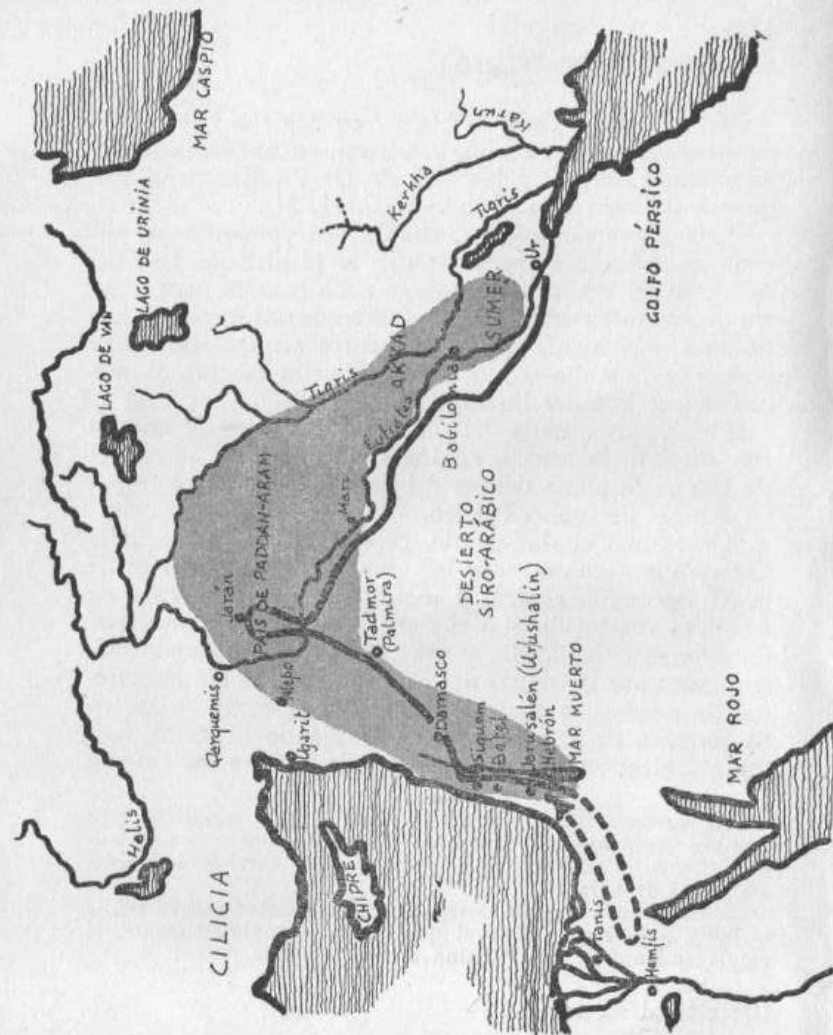
Esta anotación bíblica, con la que comienza la historia de Abram, se presenta con la nitidez de un diseño; pero tal vez de una manera poco concisa para nuestro gusto. Intentemos, pues —haciendo las veces de historiador, con ayuda de los elementos arqueológicos que poseemos hoy día— reconstruir aquella escena, al menos en sus grandes líneas.

Fecha aproximada del suceso: 1850 antes de nuestra era. Marco: la estepa, en los alrededores de la ciudad de Ur, en la plana déltica del Éufrates (mapa p. 18) en las riberas del golfo Pérsico.

Ur es una ciudad-estado, capital local, que se halla circundada —como todas las grandes aglomeraciones de la Mesopotamia central y meridional de la época— de frondosa vegetación. La riqueza agrícola se obtiene por un sistema complicado, y muy metódico, de canales alimentados por las aguas del Éufrates. Por el borde extremo de ese núcleo agrícola, en el que domina el cultivo de cereales, corre una estrecha franja de praderas, bastante áridas; es una zona semidesierta, que los cultiva-

1. Veremos, más adelante (p. 138) en qué condiciones su nombre primitivo de Abram será cambiado por el de «Abraham»; y en la misma ocasión, el nombre de Sarai será cambiado por el de Sara.

2. País de Canán (o Chanaan): es el nombre que la Biblia atribuye a la región natural que ocupa, aproximadamente, el emplazamiento de la Palestina clásica.



EL CRECIENTE FÉRTIL Y EL TRAZADO GENERAL DE LA EMIGRACION DE ABRAM

Este mapa tiene por objeto limitar el cuadro general de la «gran emigración» del clan de Abram, hacia el año 1850, anterior a nuestra era.

Salida de Ur, en el delta del Eufrates.

Meta de este desplazamiento: el país de Canán (hoy: Palestina, o Tierra Santa).

Nótese que el trayecto del pequeño grupo hebreo se efectúa íntegramente por el interior de la región llamada «El creciente fértil» (indicado en gris).

El camino se efectúa en tres tiempos: a) subida a lo largo de la ribera derecha del Eufrates (para evitar la travesía del desierto, que habría sido mortal para los rebaños); b) prolongado descanso en la región de Jarán (Paddan Aram); c) descenso hacia la parte meridional del país de Canán (por Siquem, Betel y Hebrón).

Hemos indicado también la pequeña incursión en Egipto de Abram y sus rebaños.

En traza el «creciente fértil».

En raya continua: la emigración de Abram.

En guiones: la rápida excursión del clan abrámico por el delta del Nilo.

dores sedentarios abandonan a los pastores errantes, siempre prestos a montar y desmontar sus tiendas. Personajes muy poco simpáticos —al menos para los granjistas de la región—, pues, al parecer, son aficionados al pillaje.

Así pues, en la estepa que enmarca unos campos cultivados, los pastores de Teraj y de su hijo Abram están ese día ocupados en desmontar las tiendas. Tiendas negras, tejidas con la lana de las cabras. Los «medio-asnos» —animales rechonchos, de patas nervosas— transportan los equipajes, por cierto muy diversos: alfombras, armas (palos, adagayas; arcos y flechas), utensilios de cocina de lo más rudimentario, además de los odres llenos de agua y de leche. No tienen camellos: la caravana es demasiado pobre. Ni caballos: éstos no aparecieron en el Próximo Oriente hasta la invasión de los Hyksôs (hacia el 1800 a. J. C.).

Mientras los pastores de Teraj dan la última mano a sus preparativos de partida, los agricultores de la campiña de Ur continúan entregados a los trabajos propios de aquella civilización rural de Mesopotamia. En los campos vecinos a la herbosa estepa, se ve a campesinos maniobrando las pesadas compuertas que abren y cierran los canales de irrigación: éstos, llenos de ruidosas aguas, tienen por misión suministrar a toda la zona cultivada el líquido de vida que asegura la fertilidad de los campos: trigo, y sobre todo cebada.

Pero, ¿quién, en un día como todos los demás, iba a prestar atención a aquel grupo de pastores que partía hacia un nuevo campamento? Nadie debió echar ni una mirada al pequeño clan de nómadas que caminaba al paso de los rebaños —ovejas blancas, cabras negras... Nadie, ciertamente, podía imaginar que aquella pobre

caravana llevaba ya, en sí, el destino espiritual de un mundo.

Antes de seguir a los nómadas, a lo largo de la ribera del Éufrates que se disponen a remontar, en un trayecto de más de mil kilómetros hasta la ciudad de Jarán, en territorio de Paddan Aram, intentemos aclarar algunos puntos sobre los que la Biblia no se muestra muy explícita.

UR, DE LOS CALDEOS

Abram nació en el territorio de Ur. Allí creció, y vivió largos años antes de su partida para el país de Canán. No cabe duda de que aquella luminosa civilización mesopotámica debió marcar profundamente, con su sello original, el espíritu, la manera de ser y la psicología de Abram.

leyendo los textos bíblicos, no se saca la impresión de que los hebreos se preocuparan nunca ni tan sólo de la exacta situación topográfica de Ur de los caldeos³, que permanecerá siempre como un nombre vago, sin gran interés. Y sin embargo, es bien cierto que la palabra «hebreo» que designa los individuos de la tribu de Abram, significaba «los hombres de allende el Río»; es decir: «los pastores de la ribera izquierda del Éufrates»⁴.

3. Aquí, un anacronismo. La invasión caldea no ocupará la Mesopotamia hasta el 1100 a. J. C., o sea, setecientos años después de Abram. En la época en que el escriba redactaba este texto (siglo V antes de nuestra era), la parte meridional del Éufrates era designada con el nombre de Caldea: cosa que explica el error.

4. La antigua ciudad de Ur (hoy *al Mugayyar*: el monte de Betún) se eleva sobre la orilla derecha del Éufrates. Pero con el procedimiento fotográfico de luz artificial, ha quedado demostrado que en la antigüedad el curso del Éufrates pasaba

Puesto que el Antiguo Testamento no nos documenta suficientemente, interroguemos a los especialistas de la historia de Oriente, y también a los arqueólogos: están dispuestos a satisfacer nuestra curiosidad.

UR, CIUDAD DE SUMER. LOS SUMERIOS: LOS HOMBRES MÁS EXTRAORDINARIOS

Actualmente, las ruinas de Ur se alzan, en la baja Mesopotamia, en el centro de un inmenso desierto. Están circundadas por áridas arenas, quemadas por un sol implacable. En tiempos de Abram, se elevaba allí, en el delta del Éufrates, una ciudad orgullosa y potente, una de aquellas ciudades-estado, con arquitecturas religiosas de carácter colosal, como se encontraban otras muchas en aquella inmensa llanura: Uruk, Érek, Lagasch, Umma, Nippur, Adab... Alrededor de aquellas plazas fuertes, se extendía un campo, más rico tal vez, y más frondoso que las tierras agrícolas del valle del Nilo.

Esto no se obtenía, ciertamente, más que a costa de esfuerzos considerables. En efecto, al contrario de lo que sucede en el valle del Nilo, la inundación se produce allí de una manera súbita: reviste un carácter devastador. Si no se canaliza, arrastra a su paso todo lo que encuentra: casas y hombres, ganado y cultivo. Por lo tanto,

precisamente por el sur de la ciudad. Ur se hallaba entonces en la orilla izquierda del río. Por eso los hebreos podían muy bien ser calificados, sin error, como «tribu que habitaba el otro lado del río», al menos por un pueblo que ocupaba el país de Canán, nuestra Palestina actual (véase esquema p. 18). Según algunos orientistas, la palabra «hebreo» podía haber tenido como origen el nombre del patriarca Heber (Eber) antepasado de Abraham, citado en la genealogía bíblica (Gén 11, 14). Añadamos que la etimología de hebreo puesta en relación con los *Apirou* es incierta.

es necesario, en aquella región de Mesopotamia, emprender, desde finales de invierno, enormes trabajos, que tienen por objeto oponerse al catastrófico desbordamiento de los grandes torrentes de agua. Por eso, en el sector que nos interesa, el Éufrates estaba prisionero, como dentro de un corsé de hierro, entre dos enormes murallas de tierra, destinadas a impedirle que se difundiese por los campos lindantes. Pero, esas aguas, cargadas de cieno, no conviene, a pesar de todo, que emprendan el camino del golfo, pues llevan consigo el fermento fertilizante; proporcionan, además, la humedad indispensable a la vida agrícola, a la vida corta. Por consiguiente, hay que retener las aguas de la inundación anual y llenar con ellas inmensas balsas, es decir, almacenarlas. Después de esto, a voluntad, y según las exigencias del regadío, se procede a su redistribución por la llanura, por medio de un complejo sistema de canales, de aparatos elevadores y de zanjás destinadas a llevar hasta muy lejos la fertilidad.

Esta original planificación agrícola no había sido realizada por los semitas. Los hombres de la raza de Abram no intervienen para nada en esta revalorización del país de Sumer, al menos en lo concerniente al concepto inicial. Los promotores de esta política económica son los sumerios, pueblo que precedió en más de un milenio y medio, en aquellas tierras, la llegada de los semitas, como vamos a ver.

¿De dónde procedían aquellas tribus sumerias? Tal vez sus sucesivos traslados habían tenido como punto de partida alguna provincia asiática. Hay autores que los hacen oriundos de Afganistán o de Belutchistán. Otros de Caucasia. Sea como fuere, el caso es que a partir del v milenio, aquellas masas, según parece, se pusieron en marcha. Y hacia mediados del iv (3500), vemos

a aquellos hombres sólidamente instalados en la inmensa llanura pantanosa, formada por los deltas del Éufrates y del Tigris.

Los sumerios no pertenecen ni a la rama semítica ni a la ariana. Las extraordinarias estatuas-retratos que nos han dejado fijan su tipo étnico con una identidad realista. Vemos individuos de mediana estatura, de frente estrecha, nariz prominente, boca pequeña, finos labios, barba poco pronunciada. Los cabellos, muy largos, peinados con raya en medio. En tiempos antiguos, ostentaban una barba tupida, casi cuadrada, y con frecuencia rizada. Más tarde se rasuraron la cabeza y la cara.

Después de su instalación en aquella comarca, que en adelante se designará por su nombre (país de Sumer; la Biblia lo llama de Sennaar), aquellos recién llegados al valle de los Dos Ríos dieron nacimiento a una civilización de extraordinaria originalidad; construyeron ciudades fortificadas; se sirvieron de una escritura pictográfica⁵, y esto en tiempos en que el resto de la humanidad (a excepción de las agrupaciones instaladas en aquella época en el valle del Nilo), estaban aún en el estado balbuciente de la piedra pulimentada. Cuando, por otra parte, los primitivos accedían a duras penas a un rudimentario nivel de vida social, los sumerios, en cambio, construían ciudades, alzaban colosales edificios, esculpían magníficas efigies fúnebres.

Desde el punto de vista político, el cuadro de Sumer es sin duda menos brillante. Todas esas ciudades aisladas, diseminadas por la baja Mesopotamia como peones sobre un tablero, viven desahogadamente, de manera

5. En el Próximo Oriente, la escritura pasó por tres fases: primero pictográfica (representación del objeto); después fonética (escritura silábica, muy parecida a nuestros «jeroglíficos»); y, finalmente, alfabética.

egoísta, no pensando más que en acrecentar su propia riqueza; y, en cambio, no vacilan ni un momento, cuando se presenta la ocasión, de imponer por la fuerza su supremacía a las ciudades vecinas. De ahí las continuas querellas que ponen al país a prueba de fuego y sangre. Todas esas opulentas ciudades de Sumer han sido, en distintas circunstancias, destruidas, saqueadas e incendiadas, como los excavadores han podido constatar. Sobre las ruinas de las civilizaciones así demolidas por la guerra, se iban edificando sucesivamente nuevas construcciones, que poco después eran a su vez derribadas. Ya, en la época de Abram, hacia el año 1850 antes de nuestra era, Ur aparecía como una enorme ciudadela, encaramada sobre un cerro, dominando el río y la llanura. Lo mismo puede decirse de todas las otras ciudades sumerias. A aquellas colinas artificiales, los árabes actuales las denominan «tells»; el término ha sido adoptado por los arqueólogos.

VICTORIA DE LOS SEMITAS DE AKKAD SOBRE LAS CIUDADES-ESTADO DE SUMER (HACIA 2350)

Pues bien, mientras Sumer, centro refinado de civilización, se entregaba a esta especie de ejercicio de suicidio colectivo, una oleada de invasores semíticos avanzaba insidiosamente por el Norte, y esto desde finales del III milenio.

¿De dónde venían aquellas tribus guerreras —constituidas por semitas, repitémoslo— y que descendían, paso a paso, el curso del Tigris y del Éufrates? Algunos historiadores fijan el centro de expansión de aquellos nómadas en Siria; otros, en la península arábiga. Pero nosotros podemos constatar con toda certeza que, hacia el año 3000, una rama de aquellos invasores había em-

prendido el camino de la Mesopotamia meridional. Y muy pronto, al norte de Sumer, vemos el reino semítico de Akkad que se instaura, cohesivo y amenazador, frente a los principados fragmentados de Sumer.

Aproximadamente hacia el año 2350, el semita Sargón I, llamado Sargón el Anciano, soberano de Akkad, entra en combate contra el país de Sumer. Victoria completa. El reino de Akkad se extenderá en adelante hasta las riberas del golfo Pérsico. Como las otras ciudades del delta, Ur —el Estado donde, 500 años después de estos acontecimientos, nacerá Abram— depende del soberano semita de Akkad, cuyo palacio y administración se hallan en alguna parte de la región babilónica; su capital es Agadé, cuya situación todavía no han identificado los arqueólogos.

Inmediatamente después de la conquista de Sumer por las armas acadias, tiene lugar una especie de simbiosis de aquellas dos civilizaciones, procedentes de dos ramas muy distintas. Con toda seguridad, los destinos políticos del país de Sumer, pasaron —es la ley de la guerra— a manos de los acadios. Pero los sumerios, ya en posesión de una escritura, de un arte y de un rudimento de ciencias, no dejaron de ejercer, sobre los representantes de la «potencia ocupante» una influencia tan profunda como indiscutible y, por otra parte, muy bien aceptada.

BREVE PASEO A TRAVÉS DE LA CIUDAD DE UR

Sir Léonard Woolley desenterró una parte de las casas de Ur, por las que pasó Abram al menos de una manera episódica. Siguiendo al eminente arqueólogo, nos será posible —sin intentar rehacer la historia urbana de

aquella ciudad— poner nuestros pies, acá y allá, sobre las huellas del patriarca.

Aquellas habitaciones son más bien simétricas; además, se parecen mucho a las casas árabes, que pueden verse aún en nuestros días, en Bagdad y en Bassorah.

El muro que da a la calle no tiene ventanas, al menos en la planta baja. Una sola abertura: la puerta. En los pisos superiores que dan al exterior, raros huecos como de ventana, estrechos, cubiertos de un enrejado de cañas. La casa, en principio, está constituida por cuatro muros dispuestos en cuadro, y en el centro una especie de patio enladrillado, al que dan las habitaciones. En el primer piso, éstas tienen un balcón de madera, y encima una azotea. Reina por doquier una pulcritud meticulosa. Sobre el pavimento del patio (descubierto al aire libre), una especie de alcantarilla se encarga de evacuar tanto las aguas de la lluvia como las del uso doméstico. En algunos corredores, hay letrinas de ladrillo, provistas de apropiadas fosas. Tanto en el interior de la casa como en el exterior, las paredes son periódicamente blanqueadas con cal.

En las habitaciones, encontramos armarios, arcas de mimbre. Las camas, de madera, están provistas de jergones, y de colchas decoradas. Mesas de tijera. Asientos, alfombras. En todo este conjunto se descubre un ambiente confortable, a veces lujoso, con frecuencia refinado.

En cuanto a las calles —estrechas, tortuosas, alargadas por intrincados laberintos— están tan sucias, que contrastan en gran manera con la limpieza interior de las casas. Realmente, no existían los servicios de vías públicas. «Una inmunda ciudad de Oriente», precisa, al terminar su sugestiva descripción, Sir Leonard Woolley, que nos ha servido de guía.

En el centro de esta ruidosa población, se eleva la ciudad religiosa, cercada de una muralla de forma elíptica, de más de una legua de perímetro.

Penetremos en los *téménos*, o recinto sagrado (360 metros de largo por 180 de ancho), fácilmente reconocidos, ya de lejos, por sus colosales edificios de arquitectura masiva, aplastante. Entramos aquí en el dominio particular del dios-luna Nannar, rey, propietario y protector de la ciudad-estado de Ur del Éufrates.

Frente a la entrada del *téménos*, dos templos gemelos. Uno reservado a Nannar y a su esposa, la diosa Ninsin: al dios le está prohibido entrar allí durante el día. El otro, sirve de morada al grupo de numerosas divinidades secundarias que constituyen la corte y la escolta de la pareja real.

Cerca de estos edificios, se eleva, dominándolos con su formidable silueta, una enorme torre, llamada zigurat, de la que los excavadores han podido reconstruir no sólo la forma general, sino también la historia. Ese zigurat, Abram debió verlo con frecuencia, ya desde la estepa donde plantaba sus tiendas, ya desde el recinto sagrado. Pues el hijo de Teraj debía acudir seguramente allí, de vez en cuando, al templo de Nannar, para cumplir con sus devociones rituales, las cuales irían sin duda acompañadas de dones voluntarios; tal vez, también, de un reglamento de impuestos, y esto debía ser obligatorio.

Aquella imponente construcción de ladrillo, de plano rectangular, tenía tres pisos, cada uno de ellos independiente del que le servía de base. En su silueta general, el zigurat era muy semejante a una pirámide con escalinatas. El piso bajo medía unos 11 metros de altura, por 64 de longitud y 42 de anchura. Los muros, lige-

ramente inclinados hacia el interior, estaban reforzados por pilastras, para resistir el enorme empuje lateral.

El edificio contaba millones y millones de ladrillos. Unos cocidos (es decir, simplemente tostados al sol), para los muros interiores. Otros, pasados por el horno, para el revestimiento exterior, expuesto a la intemperie. A la ejecución de esta gigantesca obra, seguramente habrían dedicado esclavos y también prisioneros de guerra.

Sin conocer ya la riqueza de los siglos pasados, la ciudad, en tiempos de Abram, desplegaba una actividad ensordecedora. Los telares trabajaban sin descanso. En el puerto se procedía al cargamento y descarga de los navíos. Las calles estaban llenas de una multitud abigarrada y chillona.

Por otra parte, numerosos peregrinos subían cada día hacia el recinto sagrado, empujando o arrastrando el ganado que se iba a ofrecer en sacrificio al dios-luna. Delante de los templos, los sacerdotes de Nannar-Sin, se ocupaban en recibir y clasificar todos aquellos dones, según su naturaleza —rebaños o medidas de grano— que los fieles ofrecían a la divinidad protectora. Las cillas de los *téménos* rebosaban de aquellos dones que los escribas contabilizaban minuciosamente en ladrillos de arcilla blanda: los arqueólogos los han descubierto en los archivos sacerdotales.

Todo esto nos da una idea aproximada del cuadro urbano de Ur del Éufrates, tal como se presentaba, hacia mediados del segundo milenio, ante el joven Abram.

ABRAM, ¿QUIÉN ERES?

Las cuestiones que se plantean ahora, y a las que vamos a intentar dar respuesta, son las siguientes:

Ur: ciudad de partida

¿En qué medio social pasó el patriarca largos años antes de abandonar Sumer?

¿A qué rama humana pertenecía su familia?, ¿de qué «raza» era el hijo de Teraj?

¿Cuál era exactamente la religión que, por la fuerza de las cosas, Abram tuvo que practicar en la ciudad del dios luna hasta el momento en que emprendió la marcha hacia el país de Canán?

LA CLASE SOCIAL DE ABRAM, EN UR

Conocemos los distintivos característicos del régimen social que estaba entonces en vigor en el país de los Dos Ríos, en la época de Abram. Los numerosos textos legislativos y administrativos descubiertos por los arqueólogos, nos informan minuciosamente sobre esta cuestión.

† LAS TRES CLASES SOCIALES, EN TIEMPOS DE ABRAM

Dejando aparte, como es natural, al rey (*patési*), vicario de dios, hallamos, en primer lugar, en la cumbre de la jerarquía, a los *awilum*, o patricios. A esta categoría pertenecen los dignatarios de la corte, los altos funcionarios, los sacerdotes y los jefes del ejército.

Inmediatamente después de estos privilegiados, se sitúa la clase de los *muskhênum*, los plebeyos, los hombres libres: negociantes, escribas, particulares con profesión liberal, y grandes y pequeños hacendados.

La tercera clase está compuesta de esclavos, los *wardum*: prisioneros de guerra; hijos de esclavos; a veces también, hombres, en otro tiempo libres, reducidos a servidumbre a causa de las deudas que no han podido saldar.

* * *

Precisado esto, podemos preguntarnos a cuál de estas tres clases debía pertenecer el patriarca Abram, oriundo de Ur, contado entre los fieles del dios luna Nannar-Sin. Pero la Biblia nada dice a ese respecto. En cambio, varios investigadores intentan proporcionar la explicación deseada.

¿A QUÉ CLASE SOCIAL PODÍA PERTENECER ABRAM?

6 * Si damos crédito a ciertas teorías, Abram debió ser simplemente un sacerdote «caldeo». Todo lo más, un pensador, un «sabio» que, en la tranquilidad de los círculos religiosos, había asimilado todo el saber de su tiempo: matemáticas, geometría, astronomía, geografía, medicina, zoología y botánica, filosofía, y religión. Abram resultaba ser así uno de los eslabones de aquella larga cadena de «iniciados», consagrados a la meditación de los Símbolos, cosa que le habría permitido alcanzar las cumbres del «conocimiento».

Todo esto proviene de la fábula. Si Abram hubiese sido un sabio, un pozo de ciencia, o simplemente un hombre culto, los escribas de los años posteriores, sin duda hubieran recogido piadosamente aquella tradición, y habrían cuidado de hacer resaltar esta característica; todo a gloria del «padre de los creyentes»...

¿Abram, un sacerdote «caldeo», nutrido de ciencia sumeria (y esto no hay que olvidarlo) —Abram, un «iniciado babilonio», rico en conocimientos exotéricos y esotéricos? ¡Oh, no!... Más bien uno de aquellos eternos errantes de las zonas desiertas, de mentalidad abierta e inteligencia sutil, eso sí; pero, también, sin duda, muy incapaz de leer o de trazar sobre un ladrillo de arcilla algunos signos cuneiformes.

Negamos nuestra adhesión a la tesis llamada «babilónica».

* * *

Según el arqueólogo británico Sir Leonard Woolley, el ciudadano Abram dejó voluntariamente la ciudad de Ur; abandonó una de aquellas casas que él, Woolley, descubrió entre los escombros. Obedeciendo a la orden del jefe de familia Teraj, Abram, en compañía de todos los de la casa, debió salir de la ciudad-estado, y emprender el camino de las estepas. Y, ¿no es acaso esto lo que nos dice textualmente el final del capítulo 11 del Génesis: «Dios les hizo salir de Ur de los Caldeos»? Ahora bien, la explicación de Leonard, aunque parezca seguir el texto bíblico, no obstante, resulta, a nuestro entender, difícil de aceptar.

Es que, a decir verdad, está en formal contradicción con las leyes de la geografía humana: un nómada está siempre llamado a convertirse, en época más o menos lejana, en un sedentario; pero nunca un sedentario se hace nómada.

Por consiguiente, ni en el plano psicológico, ni en el plano histórico, es posible suponer que Abram se hubiese decidido de súbito a abandonar, sin más ni más, su casa de Ur, sus habitaciones amuebladas con camas y cómodos almohadones, su piso fresco y sombreado en verano, confortable en invierno gracias a los braseros, su bodega bien provista, la cercana fuente de manantial directo... No, no puede concebirse que un ser humano, participante de un género de vida ya bastante evolucionado, lo hubiese abandonado repentinamente para volver a la civilización nómada de sus lejanos antepasados.

Por otra parte, aun cuando esta idea hubiese pasado

por la mente de Teraj y de su hijo Abram, la ejecución de aquel proyecto hubiera sido materialmente irrealizable. Para soportar la dura existencia de los campamentos ambulantes, en los que siempre se ha de estar montando y desmontando las tiendas, y para resistir el ritmo agotador de aquella terrible existencia, se ha de haber nacido en la estepa. Jamás las mujeres y los niños, educados en la ciudad de Ur, hubiesen podido sobrevivir a aquellas extenuantes pruebas.

Por otra parte tampoco es posible que Abram perteneciese a la clase de los *avilum*, funcionarios civiles y militares. El gobierno no hubiera autorizado nunca su partida, que, dentro de aquel socialismo de Estado teocrático, hubiera sido similar a una desertión. Y añadamos que la psicología de Abram (pronto aprenderemos a conocerlo) no corresponde poco ni mucho a una vocación administrativa o guerrera.

Imposible, igualmente, clasificar a nuestro personaje en la categoría de los esclavos libres. Pues, ¿cómo hubiese podido, un hombre de la clase servil, ahorrar un peculio suficiente para liberarse él y toda su familia, y convertirse en el jefe de un clan de pastores?

Hasta aquí, sólo sacamos conclusiones negativas. Será necesario llegar a una solución positiva.

* * *

7 • En el epígrafe bíblico que encabeza este capítulo del Génesis, no hallamos la menor información sobre la clase social a la que Abram debía pertenecer durante su estancia en Sumer. Pero, más adelante, el Antiguo Testamento nos brindará implícitamente, sobre este punto de la historia, una documentación de gran valor: si sabemos leer entre líneas, veremos frente a nosotros un

grupo humano estrictamente adaptado a aquel género de vida tan especial que se llama nomadismo. Todos los elementos de su organización —que comprende: jefe, pastores, mujeres y esclavos— asumen sus respectivas funciones, muy distintas entre sí, con una precisión tan rápida como eficaz. No hay la menor deficiencia en esa planificación del trabajo, no obstante, tan abrumador. No se vacila cuando se trata de tomar una determinación inmediata exigida por alguno de aquellos imperativos inesperados de la estepa o del desierto. Todo se cumple, se efectúa y se desarrolla con la reacción de nómadas bregados, que conocen a fondo su oficio, diestros ante las dificultades de la profesión, que saben cómo se lucha contra la sequía y cómo vuelve a encontrarse yerba para los rebaños.

Además, y esto hay que notarlo, jamás en tiempos de Abram, ni en tiempos de su hijo, ni de su nieto Jacob, jamás las primeras generaciones de la familia abrámica, experimentaron la menor tentación de volver a la vida urbana. Muy al contrario, todos los patriarcas y todos los hombres de su clan sintieron especial repugnancia por las aglomeraciones. Se les ve profundamente adictos a su remota herencia pastoril.

Así pues, cuando Abram y su padre decidieron abandonar el territorio de Ur, aquel pequeño grupo humano no estaba formado por ciudadanos, sino por pastores anómades, siempre en movimiento por la estepa.

8 • Abram: un errante, un nómada, hijo de nómadas, y cuyos antepasados, desde muchos siglos, desde milenios, vivían bajo «la casa de pelo». Tal será nuestra conclusión.

ABRAM - UN SEMITA

Abram era un semita: ya lo hemos dicho varias veces. Pero esta afirmación sólo adquirirá todo su valor acompañada de una explicación adecuada; y ésta tal vez no sea tan fácil.

9 • APARICIÓN Y EVOLUCIÓN DEL TÉRMINO «SEMITA»

10 • Los semitas, nos dice la Biblia, son los hijos de Sem, hijo de Noé.

11 • Recordemos que el constructor del Arca tuvo una triple descendencia masculina: Sem, Cam y Jafet. Como todos los hombres de la antigüedad, los hebreos estaban convencidos de que una agrupación racial había de tener un antepasado común. Por eso Sem era considerado como padre de los semitas; Cam, de los camitas, pueblos africanos, cananeos y egipcios; y Jafet, acaso engendrara hombres de la raza blanca (rama indo-europea).

La etimología moderna cree que el proceso de población de la tierra en general, y del Próximo Oriente en particular, se constituyó por vías muy complejas.

12 • Completamos la genealogía de Sem, que —según la tradición hebrea— tuvo, entre otros, como descendientes, a Abram, Asur y Heber; éstos fueron los «padres» de tres naciones semíticas: de los arameos, de los asirios y de los hebreos.

Hasta fines del siglo VIII, este concepto «familiar» de la historia fue admitido casi sin discusión declarada. No obstante, a medida que los etnólogos, y sobre todo los especialistas en lenguas orientales, multiplicaron sus observaciones, fue necesario revisar la tesis primitiva. Y, aunque no se ha llegado todavía a un acuerdo definitivo

entre las diversas escuelas de sabios, nosotros nos atrevemos a presentar a continuación la explicación que parece haber obtenido, en el momento actual, el mayor número de votos.

NO DEBIÓ EXISTIR «RAZA SEMÍTICA»

Ya se trate de indo-europeos, ya de semitas, de amarillos o de negros, es inútil hoy día buscar, en parte alguna del mundo, lo que se acostumbra a llamar una «raza pura». Desde las lejanas épocas de la prehistoria, las diversas agrupaciones humanas, de caracteres en otro tiempo bien definidos, se habían ido modificando mucho a causa de incesantes emigraciones y de continuos entreviros de sangre. Por eso, en la aurora de las épocas históricas (hacia el 4000, en el Próximo Oriente) no encontramos más que pueblos con caracteres hereditarios muy confusos.

Es que, en realidad, los semitas no constituyeron nunca un bloque étnico. En los años prehistóricos, en el plano de la Arabia septentrional, ya sólo hallamos grupos de pastores nómadas, de origen y caracteres diversos. Tribus de pastores, siempre en movimiento tras sus rebaños. Pero, al fin, imperativos geográficos y económicos casi idénticos, indujeron a aquellos gremios nómadas a adoptar las mismas costumbres sociales, la misma lengua, los mismos conceptos de legislación y de represión (la ley del talión). Como consecuencia, se imitaban mutuamente: un clan copiaba del otro los ritos religiosos de defensa, las divinidades protectoras, etc. Por etapas insensibles, todos esos elementos, de carácter heterogéneo, llegaron a presentar una misma fisonomía cultural.

No existe, por lo tanto, «raza semítica». Lo que existe es una «civilización semítica».

LA RELIGIÓN DE ABRAM EN UR

En el capítulo del Génesis que describe la vida de Abram, nada hay que pueda indicarnos la religión que debieron practicar el patriarca Teraj y su hijo Abram, durante su estancia en Ur, en el país de Sumer. La única información que se nos da respecto a esto, la hallamos en una obra muy posterior, en el «Libro de Josué»: «Vuestros padres, Taré, padre de Abraham y de Najor, habitaron al principio al otro lado del río y servían a otros dioses...» (Jos 24, 1-2). La afirmación es clara.

En realidad, para aquellos pastores nómadas, siempre en busca de agua y de hierba, el hecho de pasar del territorio de una ciudad-estado al territorio de otra ciudad-estado, del gobierno de un príncipe a la dominación de un *patési* vecino, no tenía gran importancia, como es de suponer. Los beduinos andantes debían sentir una devoción muy relativa respecto a la gran divinidad protectora, propietaria del país (Nanna, en Ur; Iana en Uruk; Utu, en Larsa; Enki, Eridou, etc.). En cambio, permanecían fieles —y se comprende— a las antiguas tradiciones religiosas, tan caras a los antiguos patriarcas de la Arabia. Así, los semitas del II milenio veneran a ciertos dioses, de personalidad muy marcada. Al sol, a la luna, por ejemplo. Y, de campamento a campamento, transportan piadosamente consigo los *téraphims*, pequeños ídolos domésticos, que son como una especie de dioses lares protectores de la familia.

Además, se daba culto a algunos árboles aislados, a las cavernas, a los manantiales, y a los fenómenos atmosféricos y telúricos.

Esto nos da a entender que, en resumidas cuentas, el verdadero rito de aquellas religiones primitivas era, no la oración que brota del corazón (propia de las religiones ya evolucionadas) sino la magia: mediante el arte hechicero, el hombre, sumergido en un ambiente hostil, intenta actuar, por coacción, sobre las fuerzas exteriores e invisibles.

Tales debieron ser, en su conjunto, las creencias religiosas de Abram. Para terminar, debemos añadir que, en el momento en que la pequeña caravana habitaba todavía «en la otra parte del río», sus miembros consideraban que la muerte del hombre no era asimilable a una anonadación. En el *cheol*, los difuntos continuaban viviendo una existencia semejante a la que habían vivido en la tierra; pero, de un modo más lento, en una atmósfera mucho más triste; todavía no se había promovido la cuestión de la remuneración moral.

En definitiva, forzosamente hay que admitir que Abram debió ir, al menos en algunas ocasiones, al *téménos* de Nannar, el dios luna, para participar públicamente, a título de súbdito de la divinidad, en los sacrificios y ceremonias obligatorias. Y en tales ocasiones, hubo de recorrer algunas calles de la ciudad de Ur, cuyo aspecto acabamos de evocar.

Tal era el extraño terreno espiritual donde muy pronto iba a caer la semilla del Eterno. Una tierra muy poco preparada, al parecer, para que germine el grano. ¿Cómo va a reaccionar el alma (verdaderamente rodeada de tinieblas) de aquel beduino ignorante, ante la llamada de un Dios, ante la palabra de un Ser sobrenatural, tan distinto de lo que Abram ha podido, hasta entonces, conocer y venerar?

CAUSAS DE UN DESPLAZAMIENTO

«Teraj sacó a su familia de Ur Casdim para dirigirse a la tierra de Canán» (*Gén* 11, 31).

¿Por qué esta partida? El Génesis no nos da ninguna razón. Pero no nos estará prohibido indagar el motivo de aquella decisión súbita que nada, en el texto bíblico, hacía prever.

«RESPECTO A ESA PARTIDA: NINGUNA CAUSA (ESPIRITUAL)»

En Ur, todo está confinado, según parece, dentro del dominio de las cosas humanas: la marcha de Teraj y su clan podría explicarse por motivos psicológicos o históricos, en los que una intervención divina, al menos expresada de manera visible, quedaría excluida.

Sin embargo, algunos autores demuestran cierta resistencia en aceptar la versión racional. Se basan, para defender su opinión, en dos pasajes del Libro: Son los siguientes:

El primero se encuentra en un capítulo posterior del Génesis (*Gén* 15, 7). Nos presenta a Abram, entonces instalado en la región de Hebrón (parte meridional del país de Canán) en el momento en que va a montar sus tiendas. El Señor, que ya se le ha aparecido por tres veces (en Jarán, en Siquem y en Betel), le revela, este día, el porvenir de su descendencia, y, como exordio, le recuerda algunos episodios de un pasado reciente: «Yo te saqué de Ur Casdim para darte esta tierra en posesión»... Reflexionemos: por parte de Dios, «hacer salir» no significa que se hubiese manifestado personalmente en aquella ocasión, de una manera visible, imperativa.

Parece más indicado admitir que Dios, señor de los hombres y de las cosas, pudo inducir al patriarca Teraj, jefe del clan —y esto por efecto de una acción psicológica, o quizás por un impulso subconsciente— a preparar su partida. Sea como fuera, podemos afirmarlo con certeza, ni Teraj ni su hijo Abram, antes de abandonar Ur, conciben la existencia del Eterno. Están todavía en el terreno de la religión idólatra de sus antepasados nómadas. Continúan adorando a los dioses del panteón de Sumer; y de esto van a darnos una prueba tangible: como piadosos sectarios del dios luna Nannar, Teraj y Abram tienen como objetivo, al término de la larga emigración que han realizado, la ciudad septentrional de Jarán, la única ciudad mesopotámica situada, como Ur, bajo la invocación de Nannar-Sin, dios lunar. Si nuestros dos pastores hubieran sido favorecidos, antes de su partida del bajo Éufrates, con la revelación y las órdenes del Eterno, imposible imaginar que hubiesen tenido tanto interés en permanecer bajo la protección del «dios sumerio».

El segundo texto, que desconcierta a algunos exegetas, proviene de los Hechos de los Apóstoles. En el mencionado pasaje se nos describe cómo compareció Esteban (que es, recordémoslo, el primer mártir cristiano), ante el sumo sacerdote y el sanedrín, encargados de juzgarlo. Al iniciar la defensa que presenta en nombre propio, Esteban proclama que «el Dios de la gloria se apareció a nuestro padre Abraham cuando estaba todavía en Mesopotamia, *antes de establecerse en Jarán* (subrayamos nosotros), y le dijo: Deja tu tierra y tu parentela y ve al país que te mostraré. Entonces Abraham salió del país de los caldeos y se estableció en Jarán.»

Ante el tribunal de Israel que, como presidente, va a condenarlo a la lapidación por «blasfemo», Esteban ha-

bla como abogado, como confesor de la fe, como vehemente predicador. No se le puede exigir que se exprese como documentado historiador. Narra aquí un episodio ocurrido más de dos mil años atrás. No le echemos en cara que su interpretación sea un poco glosada; tengamos en cuenta que podía ser eco de una tradición judía bastante tardía (*Jdt* 5, 6-9).

Conclusión general: a nuestro parecer, no hay razón sobrenatural que explique la salida de Ur, ya que Dios no le dio allí una orden terminante. Considerémosla más bien bajo su aspecto psicológico —e histórico.

EL VERDADERO MOTIVO DE LA SALIDA

17. El verdadero motivo de la partida será la historia social, y también la breve historia personal, las que nos lo van a manifestar.

18. Veamos la situación del clan de Teraj en medio de aquel barullo social de la Sumeria, conquistada por Akkad a principios del siglo XIX anterior a nuestra era.

Digamos antes una palabra respecto a la situación política de la región meridional de Mesopotamia. La tercera dinastía de Ur, cuya elevada civilización se había afirmado precedentemente de manera tan ostentosa, acaba de hundirse, en 1955 a. J. C., bajo las armas de un conquistador semita, que instala la capital de su reino en Isin. Al mismo tiempo, a 140 kilómetros de allí, en Larsa, una dinastía rival (también semítica) se yergue, amenazadora, frente al soberano de Isin. Entre aquellos dos estados se entabla una guerra de doscientos años (1955-1755): unas veces las ciudades del antiguo Sumer estarán sujetas a Larsa; otras, tendrán que rendir obediencia a Isin. Por esta razón, aquel largo período se designa por los orientalistas con el nombre de «período

de Isin-Larsa». Notemos, de paso, que la juventud de Abram, así como su partida, se sitúan en este agitado período de continuas hostilidades.

Tenemos, pues, que los semitas se consideran dueños absolutos de Mesopotamia. Lógicamente, el pequeño clan de Teraj, acampado en los alrededores de Ur, debería haberse mostrado muy satisfecho de aquella situación política, ya que se hallaba en medio de hombres de su raza.

A decir verdad, al sedentario, ya sea ciudadano ya agricultor, no le gusta ver desfilar a nómadas por los linderos de una sólida organización de Estado. Sabemos, por algunas inscripciones sobre ladrillos de arcilla, que los habitantes de las ciudades acostumbraban a tratar a aquellos eternos errantes, de «bandidos homicidas» y otros calificativos de este género. Ya tenemos una información sobre sus sentimientos.

Mal vistos de todos (incluso de sus consanguíneos), juzgados indeseables por el gobierno (¡hasta por el semítico!), entrañablemente odiados por los habitantes de las poblaciones instaladas por allí, aquellos nómadas, aquellos pastores, aquellos errantes, se deciden, un buen día, a dejar aquella tierra inhospitalaria de los reinos de Babilonia. Con mayor razón sabiendo, como saben, a dónde ir, como nos dice la Biblia: Teraj hará «salir» de Ur a todos los suyos para ir al País de Canán. Y ¿por qué se dirigen hacia aquel país? Es que saben muy bien que, allí, en aquella tierra del Mediterráneo, situada al otro extremo del fértil Creciente, se encuentran, a salvo de las ciudades, vastos espacios libres, donde la hierba es (en principio) abundante; allí pueden vivir los nómadas a sus anchas. Aquellas regiones del sur de Canán se encuentran entonces, es decir, en la época de Abram, bajo la tutela de Egipto. Un soberano a distancia, un

gobierno tolerante, bastante relajado. En Babilonia, Teraj y todos los arameos pastores, sus hermanos, a duras penas soportaban la ley de un Estado totalitario, teocrático. Mientras que, en el sudeste del Jordán, existe, según parece, una región sometida a un gobierno de los más transigentes. ¡Basta ya de escribas, amigos de cifras y de estadísticas; no más recaudadores de impuestos! ¡Vamos allá donde las ciudades estén lo suficientemente alejadas de los agostaderos para poder instalar en ellos las tiendas con toda tranquilidad! ¡Tendremos completa libertad para errar a placer: una soledad ideal!

Teraj y los suyos, nómadas recelosos (como todos los nómadas) escogen la libertad.

Las tablillas cuneiformes exhumadas de Babilonia, nos revelan, implícitamente, que la emigración del clan de Teraj no debe considerarse como un hecho histórico inusitado. Durante toda la primera mitad del II milenio, se registra un éxodo general de aquellos pastores arameos en dirección al noreste. Algunos grupos van a instalarse a la región que llamamos hoy la Siria. Otros se dirigen a Transjordania (al este del Jordán y del mar Muerto) y otros a Canán (la Palestina actual). Algunos llegarán incluso hasta los bordes orientales del delta del Nilo, donde los funcionarios egipcios les darán permiso para establecerse en los límites entre el cultivo y el desierto.

19 Abram: sabemos ahora —aproximadamente— «quién es». Lo suficiente, al menos, para seguirlo en su aventura mística.

Jarán: la revelación

DE UR A JARAN

De Ur a Jarán: más de 1.000 kilómetros, contando las innumerables y obligatorias desviaciones. Mil kilómetros que recorrer, al lento paso de las ovejas que, mientras caminan, van ramoneando la hierba corta, rasa, frecuentemente seca. Pero, no importa, nada apremia: estamos en Oriente.

EL CLAN DE TERAJ

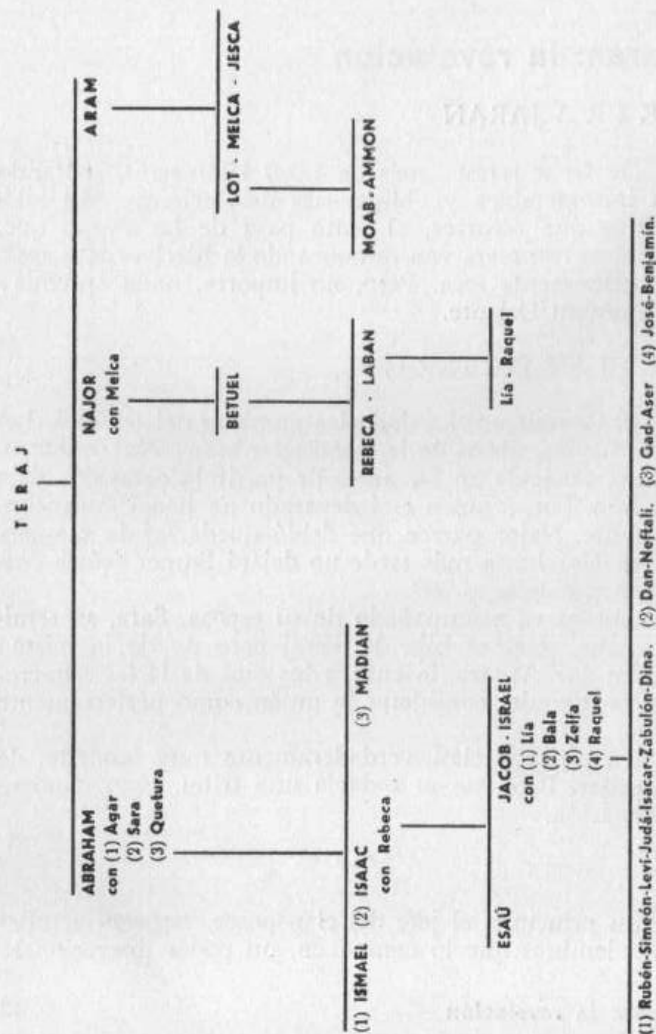
El Génesis nos ha dado los nombres del jefe del clan y de los miembros de la familia: Abram, Najor, Aram. Aram, fallecido en Ur antes de partir la caravana, deja un hijo, Lot, a quien está deparado un papel étnico importante. Najor parece que debió quedarse, de momento, en Ur: hasta más tarde no dejará Sumer (véase cuadro genealógico p. 46).

Abram va acompañado de su esposa, Sara, su semi-hermana, pues es hija de Teraj pero no de la misma madre que Abram, lo cual, a los ojos de la ley sumero-acadia, permite considerar la unión como perfectamente lícita.

Un pequeño clan, verdaderamente muy modesto, de nómadas. Pero, no es todavía una tribu. Esto requiere explicación.

* * *

En principio, el jefe del clan posee, respecto a todos los miembros que lo componen, un poder discrecional:



juzga, reprende; puede incluso condenar a muerte, si lo cree necesario, a sus hijos, a sus nietos y a sus colaterales. Le está igualmente permitido venderlos como esclavos. Ley habitual en el desierto... En la época de Abram, el patriarca reina como dueño y señor sobre los suyos. La prueba: en una circunstancia de las más trágicas, veremos a Abram dispuesto a sacrificar ritualmente a su hijo Isaac.

La esposa —y si se da el caso las esposas, pues la poligamia, sin ser obligatoria, está libremente admitida— es propiedad del marido; por eso éste, en lenguaje usual, en la intimidad de la familia, se llama el *ba'al*, es decir, el amo. La mujer, cautiva de guerra, u objeto de compra, apenas si interviene en la organización familiar de los antiguos semitas. Su misión: el trabajo. Con la costumbre legal de la poligamia y del concubinato, pronto se llega a constituir un núcleo familiar bastante considerable. Y los esclavos de ambos sexos, a su vez muy prolíficos, contribuyen, por su parte, al continuo crecimiento de la comunidad. Cuando los hijos llegan a ser demasiado numerosos, forman entonces nuevos clanes, aunque permaneciendo siempre unidos, por lazos sentimentales muy estrechos, al tronco étnico del que proceden. El conjunto de aquellos clanes, que descienden de un antepasado común, llega pronto a constituir una tribu. Si las condiciones geográficas lo permiten, los pastores apacientan sus rebaños en la misma región, con frecuencia a varios días de camino unos de otros; pero tienen un gran interés en permanecer unidos, más o menos directamente, con los diversos elementos de la tribu.

Durante las veladas veraniegas, bajo la tienda, el jefe del clan lee, ante los hombres apiñados a su alrededor, la genealogía de los antiguos patriarcas. Larga lista, a menudo salpicada de anécdotas, de hazañas históricas,

de hechos significativos que se transmiten así de generación en generación, bajo una forma estereotipada, que muy pronto se hace inmutable. Es de suponer el serio carácter de autenticidad que posee aquella tradición oral.

¿Quiere esto decir que todas las tribus de un mismo clan descienden siempre de un mismo progenitor? Los semitas lo afirmaban. Pero, en realidad, a cada uno de aquellos clanes primitivos se agregaron episódicamente otros pequeños grupos encontrados con ocasión de peregrinaciones por la estepa. Los contratantes, cada uno por su parte, consideraban el interés que podía reportarles la fusión. En caso de decidirse ésta, se procedía a una ceremonia simbólica muy simple: los dos jefes, representantes de los dos clanes allí presentes, se abrían una vena del brazo y se «intercambiaban la sangre»; y ya tenemos a los extranjeros convertidos en parte integrante de la gran familia; ya son entonces «de la misma sangre» que todos los descendientes naturales del antepasado.

De ahora en adelante, los miembros de un grupo étnico (clan, en el grado más simple; tribu, en el más extenso), se considerarán como miembros de un mismo cuerpo. Una injuria hecha a uno de ellos, es un ultraje con que todos se sienten agraviados. Si se derrama la sangre de un individuo del clan o de la tribu, enseguida circula el rumor entre los pastores procedentes del mismo grupo familiar, al grito de ¡«ha corrido nuestra sangre»!

Así se comprende que los hombres de la estepa estén animados de un sentimiento colectivo de venganza, o «vendetta».

Hijos y nietos del patriarca, mujeres y concubinas del jefe, sirvientas de las esposas, elementos asociados «artificialmente» mediante el rito del intercambio de sangre,

tales son los elementos constitutivos del clan. Y aún hay que añadir los esclavos y las esclavas.

RETRATO FISICO DEL CLAN DE ABRAM

Y, he aquí que, por un azar extraordinario, nos es posible tener una idea muy aproximada del aspecto físico de Abram y de los miembros de su clan. En un panteón egipcio, suntuosamente dispuesto para conservar la momia del gobernador Chnumhotep, los arqueólogos han descubierto un pequeño fresco, de colores vivos, que representa el desfile de 37 semitas nómadas, contemporáneos de nuestro patriarca. Documentación inapreciable para cuantos se interesan por la historia bíblica.

Este fresco, llamado de Beni-Hassan —es el nombre moderno de la ciudad donde fue descubierto el sepulcro del alto funcionario de Chnumhotep— lleva una fecha cierta; en un ángulo de la composición, un egipcio blande una hoja de papiro que nos da todas las indicaciones de la época en que fue plasmada aquella pintura mural: sexto año del faraón Sésostri II (XII dinastía) —es decir, en el año 1901 (o 1898, según algunos autores) antes de nuestra era.

Si aceptamos la fecha de 1850 para la edad madura de Abram, la obra de arte en cuestión sería, pues, anterior, de apenas cincuenta años, al período llamado religioso del patriarca. Podría, por lo tanto, con pocos años de diferencia, ser contemporánea de su juventud. Aquellos amorreos de la pintura de Beni-Hassan, pertenecen a una rama cercana a la que pertenecía Abram. Amorreos y arameos vivieron durante mucho tiempo bajo un mismo ritmo pastoril; y ya sabemos cómo aque-

lla existencia en la estepa marca tanto al individuo como a la colectividad.

Consideremos un poco más de cerca la mencionada obra. Al frente de la cohorte, el cheik. Los jeroglíficos nos dan su nombre: «el jefe Ibsha» (¡un apelativo muy semítico!). Su figura está iluminada por una sonrisa un poco inquietante. Rasgos originales, graciosamente modelados. Cabellos formando un gran tugo negro, cortados como un casquete. El ojo, de forma de almendra, centelleante de malicia y de inteligencia, bajo el arco de una ceja bien delineada. El labio superior rasurado, pero una fina barba, que marca ligero contorno a lo largo del maxilar, termina bajo el mentón, en pequeña y elegante punta. Ibsha y sus compañeros ostentan vestiduras de cortes diversos: algunos, desnudos de busto, llevan un taparrabo bastante largo, que va desde la cintura hasta la rodilla; los guerreros, provistos de arcos y lanzas, revisten una túnica corta, que deja al descubierto el hombro derecho o el izquierdo. Sobre los asnos que acompañan al cortejo, pueden verse otras armas, cuidadosamente empaquetadas: venablos, arcos y palos.

Con aire muy decidido, las mujeres, ataviadas con túnicas multicolor, avanzan en grupo: sólidas y fuertes matronas, de pecho robusto, admirablemente dispuestas para la maternidad. Hermosos cabellos negros descenden sobre los hombros, y también, trenzados, sobre el pecho. Por lo tanto, según este fresco, podemos estar seguros de que, en tiempo de Abram, las mujeres no llevaban velo sobre el rostro: las vemos aparecer aquí, con la cara al descubierto, sin temor alguno de mostrarse. Lo cual, por otra parte, nos permite constatar cuánto más acusado es el tipo semítico en el sexo débil: ojos grandes, estupendos por cierto; pero en cambio, nariz más maciza, cierta pesadez en las facciones, una

silueta netamente marcada por la obesidad. Los dibujantes egipcios, que saben captar al vuelo el menor detalle pictórico, han estampado allí una serie de croquis de lo más severo; no hay ni la menor sombra de caricatura.

Una inscripción nos informa sobre el oficio de aquellos extranjeros: «Llegada de la pintura negra para los ojos, transportada por treinta y siete asiáticos». Se trata, en este caso, de la mercancía destinada a las damas distinguidas del valle del Nilo. Los semitas que vemos aquí no pueden, por consiguiente, ser considerados como pastores; y tampoco son nómadas, que vivan como los pastores de Teraj y de Abram, bajo «casas de pelo».

Así pues, sin forzar las palabras, y cuidando de no ultrapasar los derechos de comentaristas de una obra de arte, séanos permitido pensar que el fresco de Beni-Hassan nos da una idea, verdaderamente muy aproximada, del aspecto físico del pequeño clan nómada de Teraj.

SOBRE LA PISTA DE UR A JARAN

La travesía de la región babilónica nos parece una aventura muy arriesgada para nómadas; y además, casi imposible de realizar sobre el plano topográfico. En aquella rica comarca, situada entre los dos ríos, surgen ciudades industriales, cortijos, e inmensos terrenos de explotación agrícola. A cada paso se tropieza con canales: y si bien algunos no son más anchos que una amplia zanja, otros pueden compararse a verdaderos ríos. Una red acuática de innumerables brazos, absolutamente infranqueable para un grupo de hombres cargados de equipajes y seguidos de rebaños.

Podemos, pues, deducir de ahí, que el clan hebreo

prefirió remontar el Éufrates bordeando su ribera derecha, contigua al desierto, y absteniéndose lo más posible de acercarse a aglomeraciones urbanas.

Durante la travesía, sin duda la caravana debió divisar, en lontananza, el enorme zigurat de Babilonia, «la Puerta del dios», formidable construcción que se eleva a más de sesenta metros por encima de la inmensa llanura, en la que ondulan las florestas de palmeras y los campos de cereales, movedizos como un mar. A lo largo del río, pudieron contemplar maravillados pequeños puertos fluviales diseminados, próximos a los grandes mercados, a los lugares de campamento de los beduinos y a los centros comerciales. Debió, seguramente, pasar ante su vista el bello zigurat, todo rojo, de Mari, ciudad orgullosa de su riqueza, pero, que en aquella época no le quedaban ya más que cien años de vida...

Hay que andar, andar sin cansarse. Todavía no hemos llegado a la gran etapa. Se avanza siempre. Aquí aparece Deir (Der, El-Der) centro agrícola y comercial, capital económica de la región. El Zélibi, la antigua Zenobia, encaramada en la cumbre de una roca, al pie de la cual desfilaban las caravanas que de Palmira se dirigían hacia Persia. Finalmente, en las proximidades del Nabr Belik (afluente del Éufrates), Rakka (que, más tarde, había de ser la capital del poderoso califa Haroun ar Raschin, contemporáneo de Carlomagno. En toda aquella región había vados que, en ciertas épocas, permitían a hombres y animales atravesar el Río. Fue así como, después de largo camino, y, seguramente también, de duras pruebas, el clan de Teraj remontó el Kara —afluente del Nahr Belik— en cuyas riberas estaba edificada la ciudad de Jarán, en la alta Mesopotamia.

JARAN: EL PAIS DONDE DIOS HABLO A ABRAM

«Y llegados a Jarán, se quedaron allí». (*Gén* 11, 31).

Hoy, el minúsculo pueblecito de Haran (el nombre bíblico está apenas modificado) se nos presenta bajo el aspecto de un grupo de casas blanqueadas, en las que cada pieza está rematada por un techo cónico en forma de enjambre. Una congerie miserable. En las afueras del pueblo, el tell, constituido por las diversas ciudades de ladrillo que surgieron en aquel lugar y que sucesivamente fueron derrumbándose unas sobre otras, generalmente a causa de las guerras. La alta grupa de la colina artificial formada por dichas ruinas nos da una idea de la antigua importancia de la ciudad de Jarán, uno de los grandes centros comerciales más frecuentados de aquella región denominada Aram-Naharaim (Aram de los dos ríos), o también Paddan-Aram, literalmente «llanura de Aram» —lo cual subraya el carácter fácil al tránsito, de aquella región.

JARÁN, CENTRO ARAMEO DE PASTORES

Si el clan de Teraj hizo en el territorio de Jarán una larga pausa, fue, naturalmente, porque tenía sus razones.

Ante todo, porque convenía —después de un trayecto tan penoso como hubo de ser el de Ur a Jarán— «rehacer» los rebaños, proporcionándoles un largo descanso y buenos pastos. Las pérdidas, en animales, debieron resultar, con seguridad, muy sensibles. Antes de emprender una nueva correría de mil kilómetros (es, más o menos, la distancia entre Jarán y el sur de la Tierra de Canán), veíanse obligados a reponer los rebaños por vía

natural. Esto supone varios años, pues la oveja no pare más que un cordero cada primavera.

Hagamos de paso una observación: en aquel país de Paddan-Aram, Teraj y los hombres de su clan, no debieron sentirse muy expatriados. En los herbazales cercanos a Jarán, estaban aún como en su país: continuaban hallándose bajo la protección de Nannar-Sin, el dios-luna de Ur. La elección del territorio de Jarán —la única región de la Mesopotamia del Norte acogida bajo la protección celestial de Nannar— no puede considerarse, por lo tanto, como resultado de una pura casualidad.

Por otra parte, es de notar que los arameos Teraj y Abram estaban, en el territorio de Paddan-Aram, en buena compañía; pues, según parece, en aquella época, grupos de «arameos nómadas» se habían ya instalado acá y allá, por toda la región de Jarán... Por todas partes se metían aquellos pastores ambulantes. Del delta del Éufrates al curso superior de los dos Ríos, se encontraba a cada paso alguno de aquellos pequeños clanes arameos⁶. Pero en torno a Jarán, el elemento étnico de origen arameo aparecía en gran mayoría. Sabemos positivamente que, en aquella provincia, la lengua aramea será durante mucho tiempo la usual; además, el culto de las divinidades arameas se conservará allí todavía durante siglos.

* * *

Cuando Abram divisó la ciudad, debió ver, al pie de la fortaleza, un conjunto de casas con los tejados en for-

6. Los arameos nómadas no se habían constituido todavía en agrupación histórica, como lo hicieron más tarde, por los alrededores del año 1000 anterior a nuestra era.

ma de terrones de azúcar (como aún se conservan en nuestros días). Curiosa arquitectura: ladrillos de carbón superpuestos, no unidos con cemento; esto para suplir un almacén deficiente; pues no se encuentra ni un solo árbol en aquella región.

Abram, que había frecuentado muy poco la ciudad de Ur, seguramente no debió circular mucho por las calles y plazas mercantiles de Jarán. Hay que admitir, no obstante que, de una manera episódica, tal vez se viera precisado a entrar en la ciudad para efectuar, ya una venta de lana, ya una compra de cereales. En realidad, el cheik y sus pastores tenían que hacer otra cosa, y no les quedaba tiempo para ir a rondar por las avenidas de los caravasares. No les faltaba trabajo: vigilar los rebaños, cuidar de los animales, cambiarlos de pradera, llevarlos al abrevadero... Entre Jarán y el curso, muy cercano, del Éufrates, se extiende la llanura de Servdj (nombre moderno) rodeada de un círculo de colinas cuyas últimas ondulaciones van a extinguirse sobre los escarpados márgenes del mismo río. Un pequeño enclave de apenas 30 kilómetros cuadrados, surcado de ríos que fluyen en la estación de las lluvias, y en el que se elevan una veintena de pueblecillos. Seguramente, Abram y sus pastores debieron recorrer de arriba abajo, con sus ovejas, aquel reducido sector.

Próximo al actual caserío de Jarán se encuentra el pozo al que las aldeanas y las mujeres de los nómadas van, todavía hoy, a buscar agua, por la mañana y por la tarde; ¡buena ocasión para charlar! Junto al brocal, están dispuestos los abrevaderos, de barro cocido, a los que, al atardecer, los pastores conducen a sus animales.

Es muy probable que los pastores de Abram se sirvieran de aquel mismo pozo⁷.

ABRAM SE CONVIERTE EN JEFE DEL CLAN

«Siendo Teraj de doscientos cinco años, murió en Jarán.» (Gén 11, 32).

Digamos antes una palabra sobre la cuestión de la longevidad de los patriarcas, cuya edad, hay que reconocerlo, disminuye regularmente a medida que nos acercamos a las épocas históricas. Los antropólogos especializados en el estudio de los esqueletos, creen que la duración de la vida humana no ha cambiado desde hace milenios. Pero entonces, ¿cómo explicar algunas cifras asombrosas que nos da la Biblia?

La explicación es muy sencilla. En la época que nos ocupa, en Oriente, la longevidad es considerada como una bendición concedida a los justos: cuanto más justo, más tiempo se ha de vivir. Así pues, cuando un hombre llega a una edad avanzada, es señal de que puede ser clasificado en la categoría de los justos. De ahí, el simbolismo de las cifras fabulosas...

* * *

7. No hoy que imaginar los pozos de aquellas regiones semi-desérticas como nuestros pozos modernos, estrechos, profundos, con alto brocal. El pozo del Próximo Oriente tiene una circunferencia de abertura de 10 a 15 metros de perímetro, lo cual permite que un gran número de pastores puedan pozar el agua a un mismo tiempo. La profundidad depende, evidentemente, del nivel de la capa preacuática. Está rodeado, por regla general, de grandes piedras sin escuadrar, formando una proyectura de 50 a 80 centímetros por encima del suelo (esto para evitar el desmoronamiento). Dichas piedras, gastadas por el roce secular de las cuerdas que suben los recipientes llenos, presentan series de surcos paralelos.

Para continuar nuestra narración, importa mucho tener en cuenta el advenimiento de Abram a jefe del clan. Teraj ha muerto; Abram, su hijo, le sucede al frente del pequeño grupo nómada.

Un jefe que no está solamente investido de una simple autoridad laica. Los semitas nómadas están de acuerdo en considerar al jefe, responsable de la política económica y militar, como dotado de verdaderos poderes sobrenaturales. Si se presenta el caso, es capaz —al menos de ello están persuadidos todos los suyos— de imponerse al sol, a la luna y, en circunstancias de sequía persistente, a las nubes. Por estas características, podemos intuir que aquel jefe-mago de los pastores nómadas, anunciaba ya, en las futuras tribus que habían de establecerse más tarde, la aparición de los sacerdotes-reyes del Oriente; y asimismo, mucho más tarde, en Occidente, la institución de los reyes de derecho divino, por ejemplo, de Luis XIV.

En cuanto al cetro que, más tarde, Salomón y muchos otros soberanos antiguos y modernos, sentados jerárquicamente en su trono, sostendrán en su diestra, descubrimos aquí, ya desde ahora, el prototipo: se trata simplemente, en su origen, del bastón de pastor, del cayado, atributo del jefe del clan. El báculo de nuestros obispos indica claramente su origen pastoral. Entre nuestros semitas nómadas, el bastón es la insignia de mando (Gén 49, 10; Jue 5, 14), lo mismo que para nuestros mariscales. El sentido del símbolo es de todos conocido. Prueba de ello es que en lengua hebrea, la misma palabra, *schébèt*, significa tanto la «tribu» como el «bastón».

El bastón que ostenta en su mano el jefe semita, también, a su vez, está dotado de un poder mágico. En plena

época israelita, veremos a jefes que «excavan pozos», es decir, que hallan la vena subterránea necesaria para la vida de los hombres y de los animales, gracias a su cayado, que hace entonces las veces de varilla zahorí. (Núm 21, 16-18).

Así pues, el día que Teraj desaparece, su hijo mayor, su heredero, se ampara con el cayado de jefe.

«DIJO YAVÉ A ABRAM...»

Y, he aquí que, de pronto, un Dios —desconocido, poderoso, del que nadie puede, entonces, tener la menor idea— «se revela a Abram». Le habla, le ordena que abandone Jarán, y se reserva para sí el indicarle exactamente la región hacia la que ha de encaminar sus pasos.

La Biblia nos relata este primer contacto entre el Eterno y Abram con una rapidez casi desconcertante. Ciertamente, en su simplicidad, la narración lleva el sello de una nobleza indiscutible. Leyendo este texto, de estilo tan sintético, nos damos cuenta de que el redactor de ese capítulo considera el episodio como una tradición religiosa y nacional, que basta con evocar en breves palabras. El historiador del siglo xx después de J. C., siempre ávido de reconstruir las acciones dentro de su marco social y espiritual, indica, evidentemente, en circunstancia similar, más pormenores que el israelita de la Palestina antigua. Pero, tal vez, con la preciosa ayuda de algunos capítulos posteriores de la misma Biblia, y a la luz de la historia de las religiones, nos será posible, no reconstruir al detalle aquel cara a cara inesperado entre Dios y Abram, pero sí, al menos, ilustrarlo un poco mediante algunas observaciones.

Aquella revelación, aquella formidable «revolución» espiritual, sobre la que se halla edificada, quierase o no, la organización moral y social de nuestro Occidente moderno, aquella revelación-revolución, puede, al menos a nuestro entender, resumirse en breves palabras: proclamación de un Dios único; proclamación de un Dios santo; fundación de una ley moral de carácter progresivo, que permitirá en adelante al hombre acceder, por grados sucesivos, a una moral cada vez más elevada, cada vez más depurada.

Triple afirmación, de la que los contemporáneos de Abram no tenían ni podían tener la menor idea. Detengámonos un instante para analizar aquel grandioso mensaje.

UN DIOS ÚNICO

Un Dios «único»: semejante concepto era entonces, en el mundo antiguo, absolutamente «impensable»... Por doquier, tanto en el Próximo Oriente como en otros países vecinos, e incluso en otros continentes, se declara, se afirma el politeísmo más caracterizado. Indios, sumerios, semitas de Arabia, de Babilonia y de Canán, egipcios, poblaciones de Africa y de Asia, lejanas civilizaciones de América... todos los hombres están acordes en invocar, en aquella época, a una infinidad de dioses. Para ellos, el árbol es un dios, la massebá es la morada de un dios. Igualmente la montaña, el río y el mar. Así también, el viento, la nube, el rayo. Y, por descontado, la tierra en sí, y cada astro. «¡Todo era dios, excepto Dios!», escribe la fulgurante pluma de Bossuet.

Y, he aquí que a aquel buen hombre, pastor ignorante e idólatra, desprovisto de todo conocimiento teológico, se le revela de pronto, sin preparación alguna, al

parecer, un Dios que se dice «único». Hoy día, cuatro mil años después de Abram, este concepto del «Dios único» es cosa familiar a la inteligencia. Pero, en la época del patriarca, era una noción absolutamente incomprensible, inaccesible a la mente humana... ¡Imagínemonos! cerca de cinco mil dioses en Babilonia; millares igualmente en Egipto; entre los semitas, obstinadamente inclinados al politeísmo, una bella colección de ídolos, fijos y portátiles, que pueden ser tallados e invocados a gusto de cada cual. Vemos cómo los colegios de sacerdotes se ingenian para poner un poco de orden entre aquella continua germinación, jerarquizando, más o menos, los innumerables elementos de aquellos panteones. Se llega así, en ciertas regiones, o en ciertas ciudades, a atribuir la preponderancia a tal o cual dios. Pero no se trata nunca de un «dios único»; no es más que una simple promoción dentro de la cohorte, que continúa siendo igualmente numerosa. Naturalmente, la evolución religiosa, o a veces una invasión, no tardan en aportar cambios radicales en esta planificación mitológica. Es una lista en continua revisión. De vez en cuando, nacen, acá o allá, otros dioses populares, como para aumentar el embotellado teológico.

Nos es difícil a nosotros —con nuestra mentalidad moderna, para la que el concepto del «dios único» es el único aceptable— hacernos una idea exacta de aquel «salto metafísico» —a saber: la revelación hecha a Abram y aceptada por él. Desde aquel momento, un abismo, un inconmensurable abismo, separa al patriarca de sus contemporáneos, incluidos los sacerdotes, aun los más avanzados de Egipto y de Sumer.

UN DIOS SANTO

Considerando las religiones del Próximo Oriente (y lo mismo sucede, en aquella época, en todas las partes del mundo), no podemos evitar un gesto de repugnancia ante aquellas divinidades de Sumer, Akkad, Egipto, en las que todo es vileza, materialismo, sensualidad e inmoralidad. Los dioses están casados, tienen hijos, muy poco respetuosos, es lo menos que se puede decir. En todos aquellos panteones reina el adulterio, el incesto, el asesinato, el parricidio, la mentira. Aquellos seres llamados «sobrenaturales», que imperan sobre los hombres, están animados de las más degradantes pasiones. En sus reuniones, muy semejantes a veces a las orgías, banquetean, se embriagan, complotan las más perversas acciones que pueda imaginarse. Dado que los habitantes de aquellas altas esferas ostentan el poder, importa sobre todo, al género humano, impedir que se enojen. De aquí, los sacrificios de animales ante sus altares. Un verdadero mercado: si me das, te doy. Yo te ofrezco un buey; tú, en compensación, me evitas tal prueba. Por su parte, el arte mágico no tiene otra finalidad que «apremiar» a la divinidad a que acceda a la demanda del fiel... Nada de compunción; el remordimiento y el amor son sentimientos muy poco corrientes. La religión, a fin de cuentas, está reducida a ritos, con la mayor frecuencia sanguinarios: a crímenes rituales. En algunos templos hay prostitutas sagradas, que se entregan a los visitantes; y también prostitutos, en masculino, no menos sagrados, evidentemente. Se les llama «santas» y «santos». Todo esto es muy primitivo. Nadie se inquieta por ello.

Sucede, pues, que, de súbito, en Jarán, Dios habla a Abram. Aquel Dios de Abram —el Eterno— al cual

también nosotros vamos a «ver»; no con nuestros ojos humanos, sino con nuestra mirada de historiador, a través de la obra moral que realiza en el hombre, en el clan, en el Pueblo que ha elegido. Y aparece solo, absoluto. Por regla general, invisible a sus fieles. Un ritmo existencial secreto, despojado de todo, muy poco comprensible al intelecto del hombre hundido en el materialismo. Un puro espíritu, el cual exigirá, cada vez más, una adoración en espíritu: un Dios santo.

Algunos detractores de la Biblia se han complacido en poner de relieve, espigando el texto del Antiguo Testamento, ciertos caracteres de antropomorfismo que parecen cuadrar mal con el concepto de «santidad». El Yavé bíblico se deja llevar a veces por accesos de cólera. Habla de «venganza», dice que «se arrepiente» de haber procedido de tal o cual manera. No olvidemos, con todo, que estamos en los orígenes de la historia del Pueblo elegido. No seamos, por lo tanto, demasiado severos con los actores y relatores de esos episodios; no han podido todavía desprenderse enteramente de aquel terrible e insinuante politeísmo, semítico y sumerio, con que fueron sellados nuestros pastores errantes desde milenios.

* * *

Un «Dios único». Ya se entiende que se trata, de momento, del «Dios único del clan abrahámico». Un Dios tribal, protector de aquel reducido grupo de nómadas.

Medio milenio después, en el Sinaí, alcanzamos una nueva meta espiritual: Yavé —siempre Dios único— será considerado como el Dios de Israel. Un Dios nacional.

Después de lo cual, en ese terreno así preparado, surgirá, en los siglos VIII y VII, el monoteísmo de los gran-

des profetas. Finalmente, aparecerá Jesús, que desgarrará el velo del Templo. Nos anunciará que el Padre es un Dios único y super-nacional, el Dios de todos los hombres.

Tres etapas que nos hacen comprender el carácter «progresivo» del Antiguo Testamento.

No le exijamos demasiado a Abram. Si su Dios no es todavía más que el Dios de su clan, no por eso es menos, a sus ojos y a los de su familia, un Dios «único». Esto es lo esencial. Es la extraordinaria novedad en la historia de las religiones. Es la fecunda originalidad aportada al espíritu y al corazón humano por el pequeño clan hebreo. No nos mostremos rigurosos con el pastor hebreo.

Consideremos, por el contrario, las enormes dificultades que tuvieron que vencer los hombres de aquella «prehistoria religiosa», para aceptar, comprender y describir nociones tan extrañas y tan nuevas.

No olvidemos, sobre todo, el carácter esencialmente concreto de la antigua lengua hebraica: no puede sugerir ideas abstractas más que por medio de imágenes y de simbolismos; esta es al mismo tiempo su belleza y su deficiencia. No puede describir la naturaleza y las propiedades de Dios más que usando términos que convienen a los hombres: de aquí, algunas expresiones antropomórficas que pueden chocar al lector poco prevenido. Pero al fiel se le hacían inteligibles. «Porque yo soy Dios, no soy un hombre» (Os 11, 9), declara el Eterno.

UNA RELIGIÓN PROGRESISTA

Los elementos de las religiones paganas son extraordinariamente estáticos en su comportamiento. Nada hay en ellas que nos permita esperar la evolución rápida y necesaria, deseada o deseable, hacia un ideal moral cada

vez más elevado. Si las religiones antiguas han evolucionado alguna vez un poco, deben sus cambios a ciertas codificaciones realizadas por los sacerdotes; sobre todo a capricho de la imaginación popular; y más aún, a la influencia de las creencias de naciones vecinas. De donde provienen ciertas novedades teológicas, fácilmente explicables por motivos históricos.

Nada semejante con la aventura religiosa de un Abram. Su celosa adhesión al Dios único, todo justicia y pureza, permitirá al hebreo internarse en la senda ascensional de una vida moral, religiosa y social cada día más noble. No faltarán las caídas, ciertamente, tendremos ocasión de constatarlo. Pero, el fiel de Yavé se levantará, cada vez, engrandecido por el remordimiento, con una noción más clara del deber, con un deseo ardiente de elevarse más. Esa sed de esperanza, esa aplicación de «buena voluntad», en vano las buscaríamos en las mitologías panteístas del mundo antiguo. Este dinamismo espiritual sólo existe en Israel. Constituye la fuerza interna, la originalidad, la potencia espiritual del Pueblo elegido. Todos los grandes imperios materialistas, que, en el curso de la historia, han parecido aplastar, aniquilar y destruir a Israel, todos han perecido. Se han hundido literalmente. Muchos de ellos han quedado reducidos a polvo. Ha sido necesario el zapapico de los excavadores y la lupa de los descifradores de textos para reconstruir pacientemente su existencia. Y en cambio, el alma de Israel, de aquel pueblo exiguo, vive todavía. Es más: aquella noción de perfectibilidad moral que forma la base de la religión de Abram, ha fecundado nuestro mundo occidental, lo vivifica aún a cada instante (las leyes modernas, llamadas «sociales», no son más que su viva prolongación), no cesa de preparar nuevas evoluciones para el porvenir.

Todo esto podremos observarlo si nos fijamos en esta corta frase que leemos en la Biblia: *Yavé dijo a Abram...*

¿CUÁL ES EL NOMBRE DEL DIOS DE ABRAM?

Al Dios que, en Jarán, acaba de revelarse a Abram, se le designa, con mucha frecuencia, en el Libro del Génesis, con el nombre de Yavé.

En el Éxodo, la Biblia nos explicará, con los más precisos detalles, cómo Dios, por primera vez, reveló su nombre de Yavé «a Moisés, en el Monte Sinaí» (*Éx 3, 13-15*). Fecha aproximada: 1230 antes de nuestra era.

Y la época de Abram se sitúa, como dijimos anteriormente, por los alrededores de 1850.

En estas condiciones, habiendo vivido Abram más de seiscientos años antes de Moisés, no podía conocer el nombre de «Yavé». Y, sin embargo, dicho nombre se encuentra a cada paso en la historia del patriarca.

* * *

Importa, ante todo, precisar cómo las redacciones primitivas llegaron a constituir el Pentateuco⁸. Intentemos pues, a gran velocidad, seguir el proceso formativo de las obras bíblicas, obras de varios colaboradores.

8. El Pentateuco, o los cinco Libros —que los israelitas llaman: la Ley, o Tora— comprende, como su nombre indica, cinco partes. 1) el *Génesis*, donde aparece, después de una explicación cosmogónica, la prehistoria y la protohistoria del evento religioso; 2) el *Éxodo*, que empieza con la salida de los hijos de Israel de Egipto, bajo la guía de Moisés; 3) el *Levítico*, donde se halla descrita la ley de los sacerdotes de la tribu de Leví; 4) los *Números*, donde se enumeran las tribus; 5) el *Deuteronomio*, o «Segunda Ley».

Actualmente, los historiadores están casi unánimemente de acuerdo en reconocer tres etapas sucesivas en la elaboración del texto del Pentateuco. Primera etapa: «la historia» antigua del clan, a partir de las tribus hebraicas, se conserva primero bajo forma oral. En los crepúsculos de verano, delante de la tienda, el jefe o algún relator de voz bien timbrada, recitaba, bajo una forma inmutable, estereotipada, las hazañas y las aventuras de los grandes antepasados. Y sabemos cómo, en Oriente, todavía en nuestros días, esas tradiciones recogidas de viva voz, pasan íntegramente de generación en generación.

Segunda etapa: estas narraciones, consideradas como sagradas, son escrupulosamente transmitidas de palabra, y a veces también por escrito, en los círculos de sacerdotes o de letrados que frecuentan determinados santuarios. Tercera y última etapa: los diversos ciclos, en curso por las distintas asambleas, se han reunido en una única y misma copia, constituyendo el texto del Pentateuco que hoy poseemos.

* * *

Acabamos de hablar de «diversos ciclos». ¿Qué significa esto? Los hebraizantes han llegado a encontrar, a discernir y a catalogar —y esto según el vocabulario y según el procedimiento literario propio de cada autor— cuatro fuentes principales, cuatro redacciones diferentes. Cada una de estas cuatro versiones ha sido compuesta en época también diversa. Se las distingue bajo los siguientes nombres:

Tradición *yavista*. En ella, para designar al Eterno, el redactor emplea casi exclusivamente el nombre de

Yavé. Narración viva, brillante, de estilo popular, de carácter ameno. El relato parece originario del Sur (reino de Judá). Fecha aproximada de esta última redacción: reino de Salomón (970-935 a. J. C.). Los historiadores de la Biblia designan dicha tradición mediante la letra J (Yavé).

Tradición *elohista* (llamada tradición E, por los exegetas), así denominada porque en su texto Dios es designado con el nombre de Elohim⁹. Relación constituida en el Norte de Palestina (reino de Israel), en una época un poco más reciente, al parecer, que la tradición yavista. Estilo más sobrio, moral elevada, y, como hace notar el padre Roland de Vaux «empeño en separar más a Dios del hombre».

Tradición *sacerdotal*. Así como los ciclos yavista y elohista apenas se preocupan de las instituciones legislativas, la tradición sacerdotal se especializa en la descripción de la ley concerniente a la organización del santuario, a las fiestas, a los sacrificios y a todo lo que atañe al ritual. Incluso los fragmentos narrativos reflejan un espíritu legalista. Estilo abstracto, muy acompasado; se cree que esta obra empezó a componerse en el curso de la cautividad de Babilonia (587-538); la redacción debió seguir poco después, cuando el retorno a Palestina. Los historiadores creen que ese ciclo fue obra de los sacerdotes del templo de Jerusalén; por eso se designa con la letra P. (Priestercodex = documento sacerdotal).

9. «El» es el término que se encuentra en todos los idiomas semíticos para expresar el concepto de Dios. Así tenemos: en hebreo, *El*, en Babilonio, *Llou*; en árabe, *Ilah* (Allah). Raíz proveniente, sin duda, del verbo «ser fuerte». El vocablo hebreo *Elohim* es un plural (=los Dioses, las Potestades divinas), destinado a reforzar la personalidad del poseedor del título. Es similar al «Nos» utilizado en los edictos de los soberanos modernos.

Tradición *deuteronomica*, conservada en los ambientes proféticos: volvemos a encontrar en ella el estilo parenético y la referencia habitual al amor de Yavé por su Pueblo. Esta tradición fue puesta por escrito en el siglo VII, pero su redacción definitiva data del VI (destierro a Babilonia): constituye el Deuteronomio.

• • •

En el Pentateuco y, más particularmente, en el Génesis (libro que en estos momentos más retiene nuestra atención), encontramos tres de estas «tradiciones» —yavista, elohísta, sacerdotal— yuxtapuestas y respetuosamente reproducidas en el texto bíblico, con el riesgo de algúns «duplicados», o sea, interpretaciones diferentes, al menos en el detalle.

• • •

Volvamos a Abram. No puede haber conocido ni pronunciado el nombre de *Yavé*. Admitir lo contrario sería continuar el anacronismo del escriba, el cual pertenece a una época muy posterior a la del patriarca.

En estas condiciones, ¿cuál pudo ser el nombre que Abram dio a su Dios? ¿Diremos: *Elohim*, el Dios, o, mejor, los Dioses? La expresión recuerda demasiado el politeísmo, la emplean todos los idólatras del Próximo Oriente antiguo para designar a los seres misteriosos que encantan las fuentes, los círculos de massebá, los altos lugares, las cimas de las montañas...

hallamos cinco veces en el Génesis. Usado en los otros ¿Diremos: *El Schaddai*, la Roca? Este apelativo lo

libros de la Biblia, la Vulgata¹⁰ lo traduce por la expresión «Dios omnipotente», lo mismo que la Biblia de los Setenta¹¹. La Escuela bíblica propone la traducción de «Dios el montañés», antiguo nombre divino, que data de la época patriarcal. ¿Vamos, pues, a adoptar, en nuestra historia de Abram, este apelativo de *El Schaddai*? ¡Oh no! es demasiado episódico.

En el transcurso del período que separa a Abram de Moisés, el Eterno, por regla general, para hacerse reconocer por los hijos de los patriarcas, se llama a sí mismo de la manera siguiente: «Yo soy el Dios de Abram, de Isaac y de Jacob». Podemos, por lo tanto, deducir que en tiempos del hijo de Teraj —y durante muchas generaciones posteriores— Dios es, y sigue siendo, el Innominado, aquel que habla, aquel que ordena, del cual se conoce la existencia y el poder, pero se ignora el nombre. Tradición que se ha reincorporado al cristianismo, en el que el Señor de todas las cosas permanece en el anónimo; tan sólo es designado bajo el nombre genérico de Dios —escrito con mayúscula.

Observemos, entre paréntesis, que los dioses de todos los panteones semíticos, babilónicos y egipcios, poseían un nombre propio: Marduk, Enlil, Nannar, Osiris, Set,

10. Vulgata: del latín *vulgatum* (de uso corriente). Es la traducción latina de la Biblia que utiliza la Iglesia latina, y cuyo texto fue declarado oficial por el Concilio de Trento.

11. La Biblia llamada de los Setenta es la primera traducción al griego del texto hebreo del Antiguo Testamento. Según una tradición histórica, dicho trabajo debió ser efectuado por los alrededores del año 200 a. J. C., a petición del rey Tolomeo Filadelfia, por 70 letrados judíos: de ahí su nombre bíblico de los Setenta. Hoy día, los especialistas de la Biblia creen que se trata de traducciones sucesivas, de las que ignoramos el orden y la cronología. La obra parece que debió terminar hacia fines del siglo II anterior a nuestra era. Texto muy verídico.

etcétera. En cambio, en Jarán, Dios quiere aparecerse a su profeta sin revelar su personalidad íntima. Grandeza y misterio.

ABRAM ABANDONA LA REGIÓN DE JARÁN

«Dijo Yavé a Abraham: «Salte de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre, para la tierra que yo te indicaré» (Gén 12, 1).

La orden es formal. Pero antes de examinar los profundos motivos de aquella necesaria partida, consideremos lo que, exactamente, Abram se dispone a abandonar.

«Su tierra», nos dice el texto. «Su parentela, y su casa». Su tierra es la frondosa región de Paddan Aram, el país de los Ríos, donde el patriarca cuenta, en todas las tribus arameas que pueblan aquellas praderas, innumerables primos y muchísimos deudos. Tendremos ocasión de constatar, en muchos capítulos de la Biblia, que todos aquellos arameos elegían mujer de entre las tribus pastoriles de la misma sangre que ellos. Pero, precisamente lo que importa (por motivos religiosos) es apartar cuanto antes a Abram de aquellos círculos idólatras con los cuales mantiene continuas relaciones. Lo que la Biblia designa con la expresión «casa de su padre», no puede asimilarse en este caso a un simple edificio de ladrillos; pues, Abram y los suyos siempre habitaron bajo la tienda. De hecho, esa «casa» es el país de Paddan Aram, la sociedad aramea, todos aquellos parientes que se encuentran por la estepa, junto al pozo o al borde del río, hacia donde, por las tardes, se conduce a los animales.

Por otra parte, no olvidemos que Jarán —lo mismo que Ur, allá lejos, en el otro extremo de Mesopotamia—

está también bajo la protección del dios luna Nannar, paladio de la ciudad. Un antro politeísta en el que hormigean dioses de toda clase e innumerables genios.

Para modelar a su gusto el alma de Abram, para hacer de él su «sacerdote», para permitirle abrir progresivamente los ojos y el corazón a su revelación, el Eterno parece haber decidido aislar lo más posible a Abram y su clan en una estepa lejana, en una región casi desierta, donde aquel electo vivirá en medio de una soledad, relativa indudablemente, pero propicia para una formación espiritual.

BENDICIONES Y MALDICIONES

«Yo te haré un gran pueblo», predice el Eterno a su siervo al ordenarle que emprenda el camino hacia el Sur.

«¿Un gran pueblo?» ¡Si Abram no tiene hijos! Su mujer, Sara, es estéril. Claro que su sobrino Lot puede, según las normas arameas, prolongar la estirpe, perpetuar el nombre. Pero, entonces aquel pueblo, puesto que pueblo lo hay, no podrá ser considerado como «salido» de Abram, al menos en el sentido literal de la palabra...

«Te bendeciré —añade el Señor—, y engrandeceré tu nombre, que será una bendición. Y bendeciré a los que te bendigan, y maldeciré a los que te maldigan. Y serán bendecidas en ti todas las familias de la tierra» (Gén 12, 2-4).

Fue así como Abram recibió la orden de salir de la región de Paddan Aram. Una vez más, el patriarca desmonta sus tiendas, arrea sus bestias de carga y se va con sus rebaños de ovejas. La caravana toma la dirección del país de Canán, nuestra Palestina actual. Dios ha hablado. El fiel obedece. La historia del Pueblo elegido comienza —bajo la segura protección del Eterno.

Siquem: la promesa

Así pues, bajo la orden divina, la caravana se ha puesto en camino hacia Ur, país de Canán.

LLEGADA DE ABRAM AL PAIS DE CANAN

«Fuese Abram conforme le había dicho Yavé, llevando consigo a Lot... Tomó, pues, Abram a Sarai, su mujer, y a Lot su sobrino y toda su familia, y la hacienda, y ganados que en Jarán había adquirido. Salieron para dirigirse a la tierra de Canán, y llegaron a ella» (*Gén 12, 4-5*).

De manera muy clásica, la caravana abrámica debió descender el curso del Balikh; luego remontó, costeando el curso del Éufrates, hasta el gran recodo o ángulo derecho formado por el río. Allí, el camino abandonaba bruscamente la estepa: tras un corto trayecto por el arenoso desierto, se llegaba, muy fácilmente, a nuestro Alepo moderno.

Después, siempre manteniéndose a respetuosa distancia de las ciudades y tierras cultivadas, el clan se dirigió hacia el Este de Gatna. Unas veces se detenía en alguna pradera para procurar descanso a las ovejas, otras, atravesaban, tan rápidamente como le era posible, las regiones más o menos desiertas que separan los dos oasis. Un trayecto arduo: extenuante para los hombres y muy peligroso para el ganado.

Si adoptamos una lógica geográfica, admitiremos que la entrada en Canán debió efectuarse por el norte del lago Kinnereth (hoy lago de Tiberíades), donde se atravesó el Jordán— cuyo curso de agua era escaso en aquel

paraje, y fácilmente vadeable. La caravana tuvo que hacer después un forzado rodeo hacia el Este, por la lindería del macizo montañoso de Samaria. Luego, el pequeño grupo abrámico, se internará por el fértil y bien resguardado valle de Siquem (95 metros tan sólo de altitud), encajado entre elevados picos: al Norte, el Djébel Tô (antiguo arizim; altura: 881 metros) y el Djébel el-Islâ-miyéd (antiguo Ebal, 940 metros). Siquem, un centro de pastoreo, situado en la línea divisoria de las aguas entre la vertiente mediterránea y el valle oriental del Jordán, en pleno centro del país de Canán. Región de una riqueza extraordinaria, con abundantes pastos por entre los que fluyen los pequeños riachuelos en los que murmuran las aguas procedentes de la cercana montaña. El pastor Abram había sabido escoger su retiro.

Siquem: un lugar elevado —situado a unos quinientos kilómetros de Jerusalén— donde va a proseguirse y precisarse el coloquio entre el Eterno y su profeta.

SIQUEM Y LA ENCINA DE MOREH

«Penetró en ella Abram (en la tierra de Canán) hasta el lugar de Siquem, hasta el encinar de Moreh» (*Gén* 12, 6).

Siquem —la encina de Moreh: dos términos que exigen ser precisados: pues, no hay que negligir el lugar que ocupan Siquem y la encina sagrada, en la historia de Israel.

* * *

«Siquem»: ¿dónde situarlo exactamente, desde el punto de vista topográfico?

Digamos, por lo pronto que, en los anales abrámicos,

este nombre de Siquem es atribuido «por anticipación»; ignoramos cómo se llamaba, en tiempo de Abram, aquel risueño valle del macizo samaritano. El término geográfico de Siquem no aparecerá hasta mucho más tarde: tal vez cuando Jacob vuelva de su larga estancia en Jarán, en casa de su primo Labán (hacia el 1750). El caserío fue edificado, según se cree, por Emor l'Hévvéen, el cual le dio el nombre de su hijo, Siquem.

Durante mucho tiempo se identificó la antigua Siquem con la ciudad de Naplusa, actualmente pueblo árabe de Nablus. Naplusa, primitivamente Neápolis, había sido reconstruida sobre el antiguo pueblo, por orden del emperador romano Vespasiano (7-79 d. J. C.), el cual, como es natural, la había rebautizado a la romana... En la Edad Media, los caballeros cruzados edificaron en ella una majestuosa Iglesia gótica, actualmente transformada en mezquita.

Hoy, los historiadores, arqueólogos y geógrafos de Palestina, creen que el emplazamiento del campamento elegido por Abram no puede localizarse en Siquem-Naplusa, sino más bien en un cantón vecino, exactamente donde está el pueblecito de Balâtâh, «la ciudad de la Encina» —un nombre bien apropiado, en la presente circunstancia. Es una pobre aldea, de una veintena de casas con bóvedas y azoteas.

Alrededor del pueblo, algunos bosquecillos de encinas, que una tradición local venera como retoños del antiguo «encinar» de Abram, de que nos habla la Biblia. Un poco hacia el Norte, se yerguen las cúpulas que indican el emplazamiento de la tumba donde reposa el patriarca José. En el término del pueblo, puede verse, en un jardín, el famoso pozo de Jacob: allí se situará el poético encuentro de Jesús y la Samaritana.

* * *

TIERRA DE CANAN, PAIS DE LOS CANANEOS

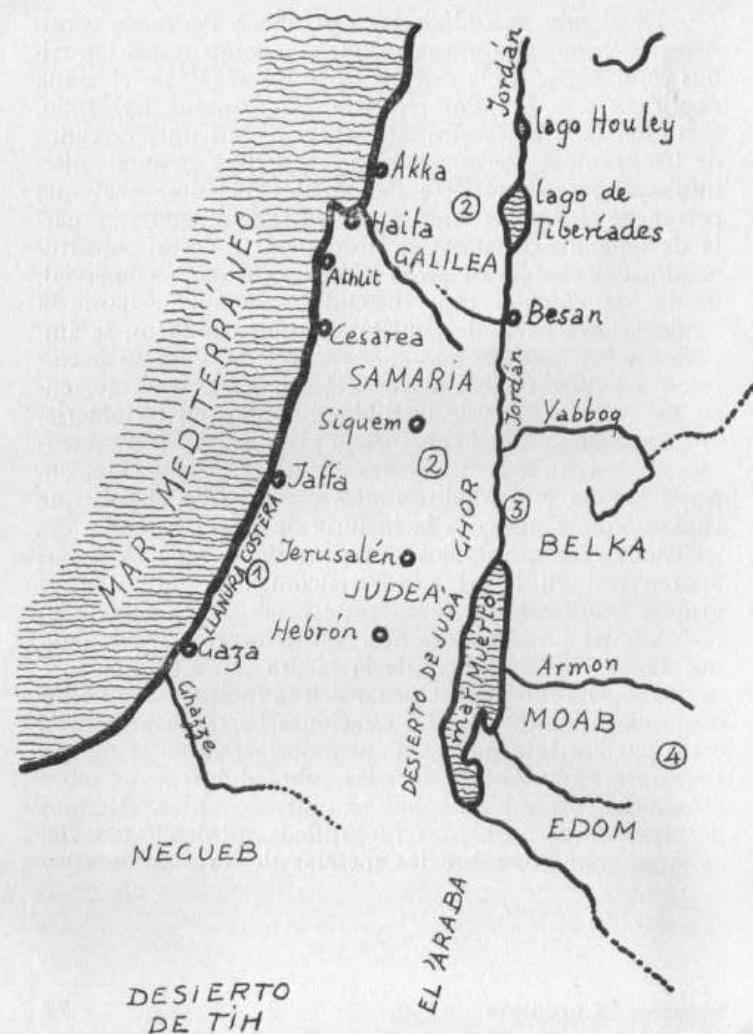
«Entonces estaban los cananeos en la tierra» (*Gén* 12, 6).

Como nos informa la Biblia, Abram llegó al país que hoy llamamos de Palestina; territorio ocupado en aquella época por los cananeos. Pues bien: por la frase que sigue inmediatamente a la cita indicada más arriba, sabemos que el Eterno se propone precisamente «dar» la tierra de Canán a la posteridad del patriarca. Es, en verdad, todo un programa. Con las imponentes fortalezas que han edificado, en puntos estratégicos, para su defensa, los cananeos, como es de suponer, no van a dejarse despojar de su dominio y de sus riquezas agrícolas, por aquellos miserables pastores nómadas, que van de un prado a otro, con sus pobres tiendas y sus rebaños, generalmente esqueléticos a causa de la sequía. En consecuencia, sin ser un gran profeta, pueden preverse luchas encarnizadas entre aquellas dos civilizaciones: Canán, Israel. Es de temer igualmente, entre aquellas dos corporaciones, un combate, indudablemente más insidioso y más peligroso todavía: el combate sobre el terreno religioso. Costumbres idólatras y ritos cananeos, no dejarán, en cuanto se presente la ocasión, de insinuarse en el clan de los fieles de Yavé, profanando así la mística atmósfera de la religión revelada a Abram, vertiendo costumbres materialistas e inmorales en los ambientes populares de Israel, los cuales, por la fuerza de las circunstancias, se encuentran de vez en cuando en contacto con los cananeos.

* * *

¿De dónde procedían los cananeos? Podemos considerarlos como una rama oriunda —como todas las tribus semíticas— de la estepa siro-arábica. (Véase el mapa explicativo, p. 78). Por eso, son, étnicamente hablando, si no del todo hermanos, al menos primos muy cercanos de los arameos, de aquel grupo de tribus errantes, diseminadas por gran parte del fértil Creciente, y al que pertenece el clan de Abram. Hacia el año 3000, una parte de aquellos cananeos se instala en la costa, constituyendo una especie de federación marítima y comercial, unida con vínculos muy distendidos, y que se llama la Fenicia. Otra parte de aquellos mismos cananeos, se ampara en los macizos montañosos y en las llanuras costeras, formando la Palestina clásica. Es costumbre, entre los historiadores de la Biblia, adoptar, en la materia, la terminología del Libro: Bajo el nombre de cananeos sólo se designa a los invasores semíticos, establecidos entre el Jordán y el Mediterráneo, es decir, en el país que va a servir de marco a la historia de Israel.

Cuando, a principios del III milenio, los cananeos aparecieron en aquel sector, encontraron allí algunos grupos neolíticos, de razas muy diversas. Efectivamente, las hojas prehistóricas nos han demostrado que algunos de aquellos hombres de la piedra pulimentada, procedían —sobre todo en Guezar— a la incineración de los difuntos. Mientras que en estaciones bastante próximas, otros pueblos inhumaban a sus muertos, ya en la misma tierra, ya en tumbas colocadas sobre dólmenes o sobre crómlechs, y también sobre menhires o antas. Algunos de aquellos monumentos megalíticos subsisten todavía, en gran número, sobre las mesetas de Trasjordania; y



ESQUEMA GEOGRÁFICO DEL PAÍS DE CANÁN

Palestina antigua

Dimensiones exiguas del país de Canán.

Un país muy pequeño: no más de 25.000 kilómetros cuadrados (si se le adjuntan algunos territorios estépicos del este del Jordán).

Podemos distinguir cuatro principales regiones naturales:

1. La llanura costera del Mediterráneo, desde el afluente Ghazzé al cabo terminal de la cordillera del Carmelo.
2. Entre el Mediterráneo y el Jordán: las colinas de la Galilea (al norte); las cuales, después de la llanura de Jezrael (en el Esdrelón), se prolongan al sur por el macizo montañoso de Samaría (o montaña de Efraim) y por el macizo de Judá.
3. El Ghor, o valle del Jordán.
4. Al este del Jordán, entre el Jordán y el desierto arábigo, el macizo montañoso de Bajan, Galaad, Moab (en conjunto, las montañas y estepas de la Jordania actual).

1. La llanura costera.

Desde el Monte Carmelo hasta el afluente Ghazzé, una costa baja, rectilínea (salvo la rada que se esconde tras el promontorio del Monte Carmelo). A lo largo, frente al mar, una franja de dunas; al este de ellas, llanura de aluviones fluviales, la región más rica de Palestina. Esta riqueza del terreno contrasta en gran manera con la austeridad de toda la próxima Judea.

2. Al norte, la Galilea, país de colinas, de manantiales y de bosques. Esa lozana región, está separada, por dos macizos, de la fértil plana de Jezrael (o Esdrelón).

—Al sur de la plana de Jezrael, el macizo de Samaría (con Siquem). Relieve variado, fuentes abundantes, ricos pastos.

—Al sur del macizo de Samaría, el macizo de Judá. La meseta se extiende de Hebrón a Jerusalén: tierra elevada, terrible clima en invierno, escasez de aguas corrientes (pero el hombre ha excavado pozos por doquier). Poco bosque, precario cultivo. Estepas donde los rebaños de corderos y de cabras pueden hallar su alimento.

—Al oeste, entre la Judea y el Mediterráneo, la Séfela, terreno bien regado para el cultivo de cereales.

—Al este del Jordán, el desierto de Judá con pendiente hacia el Mar Muerto.

—Al sur de la Judea, el Negueb, región seca, desértica.

3. El Ghor (o «agujero», «hueco»).

Largo paso que se extiende del lago de Tiberíades al Mar Muerto. Su punto más bajo se halla a la entrada en el Mar Muerto: nivel de 395 m. bajo el Mediterráneo. El Ghor es un desierto por el que fluye el Jordán; no obstante, en la estrecha llanura aluvial, crece una abundante vegetación.

4. Meseta del este (Transjordania).

—Al este del Ghor, dominando la falla de 1.500 a 1.600 metros, se eleva bruscamente una alta meseta, que después, progresivamente, va bajando hacia el desierto oriental. Podemos distinguir aquí tres regiones principales, de las que habla la Biblia en alguna ocasión:

—Al norte, el país de Galaad, que recuerda la tierra de Judea.

—En el centro, Moab, muy fértil.

—Al sur, Edom, casi un desierto.

Según Vidal de la Blanche y L. Gallois.

en número más restringido, en este lado del Jordán. La tradición israelita atribuía aquellas construcciones ciclópeas, a una raza legendaria de gigantes: a los *Rephaïm*. Los prehistoriadores no creen que aquellos pueblos precananeos fueran semitas. Ciertamente, sería más indicado reconocer en ellos a indo-europeos.

Sea como fuere, en el 2500 —por lo tanto, medio milenio después de su llegada al país— los cananeos habían eliminado prácticamente aquellas poblaciones primitivas, ya por destrucción, ya por asimilación.

* * *

Los cananeos habían desbordado allí como una oleada guerrera de nómadas, habitantes de las tiendas. Lo cual no les impidió transformarse rápidamente en sedentarios. Tal vez algunas tribus, atávicamente adictas a sus tradiciones pastoriles, quisieran continuar viviendo bajo las «casas de pelo» y apacentando sus rebaños. Pero, en general, los nuevos invasores optaron por la vida urbana o agrícola. Los vemos edificar ciudades, sólidamente fortificadas, bastante alejadas unas de otras, y a su alrededor, centros de cultivo y criaderos destinados a subvenir a las necesidades alimenticias de los ciudadanos. De hecho, entre aquellas ciudades, distantes unas de otras, quedaban campos libres, y pastos que todavía no pertenecían a nadie. El clan de Abram iba a encontrar allí, en aquella región, inmensos espacios libres, donde podría llevar a su gusto la vida de nómada según las necesidades de sus rebaños.

No podemos olvidar que los cananeos son semitas. Más aún que sus parientes los acadios —los cuales han asimilado el panteón y el culto de Sumer— los cananeos, incluso después de establecidos en terreno fijo, permane-

cen adictos a la religión primitiva del nómada. Conservan los dioses de sus antepasados, la idolatría semítica, la religión naturalista a base de ritos sexuales característicos de los cultos de Arabia.

Por eso, el pastor nómada Abram, no tardará en descubrir un peligro permanente en la proximidad de los cananeos: la presencia de los ídolos. Es necesario proteger a los hebreos, a los hombres de la nueva fe, contra la tentación, siempre temible, de volver a abrazar la religión del desierto. Todos aquellos pastores, todos aquellos esclavos de Abram son semitas, todavía muy inclinados a vibrar, como semitas, ante las innumerables divinidades, públicamente veneradas entre los cananeos. En realidad, todavía durante muchos siglos, los israelitas no dejarán de experimentar un indecible atractivo por aquellos cultos inmorales y orgíacos. Es muy comprensible que, para aquellos primitivos descendientes de la estepa, la elevada y espiritual religión de Yavé —sin templos, sin estatuas, sin ritos frenéticos— fuera menos fascinadora que las ceremonias sensuales y espectaculares celebradas en los santuarios cananeos, y más frecuentemente sobre las alturas sagradas, junto a los manantiales, o a la entrada de las grutas misteriosas.

Además, se puede escoger entre varios «ciclos». Allí está Baal (el Amo), el dios de la tempestad, de la borrasca, del rayo. A su lado, su esposa, Astarté, diosa de la fecundidad, cuya estatua —desnuda como es de suponer— presenta, bien marcados, todos los atributos femeninos. En otro lugar se encuentra 'El (el Fuerte, el Poderoso), otra entidad celestial, escoltado por su compañera, también celeste, Aserá, de la que a menudo nos hablan los redactores de la Biblia con un temblor de cólera en el estilete. Vemos también a Adonis (Adonai, el Señor), un dios joven, radiante de belleza, símbolo de

la vegetación: a fines de otoño, muere; pasa el invierno en el secreto de la tumba; al llegar la primavera, resucita, más seductor que nunca. Tales son las principales divinidades cananeas, las cuales, además, tienen el privilegio de cambiar de nombre y de atributos según las ciudades. Así por ejemplo, Anat y Astarté aparecen a veces como benévolas protectoras de la naturaleza renovada; otras, bajo el aspecto de arpías salvajes, complaciéndose en los horrores de la guerra, no viviendo más que para la carnicería y la mortandad. Su emblema es el león, animal sanguinario.

En torno a esos altos personajes, gira una multitud de dioses, provenientes unos de Mesopotamia y otros de Egipto.

Todo esto se mueve, se combina, se transforma. Según los lugares, tal divinidad cananea puede adoptar otro nombre, otro sexo. No faltan anécdotas pictóricas para explicar sus metamorfosis y sus parentescos, sus odios y sus crímenes, sus adulterios y sus pasiones desencadenadas. Como para reforzar más todavía el lado tan bajamente material de esta religión, el sacerdocio ha adoptado los sacrificios humanos, y también, como en los santuarios mesopotámicos, la institución oficial de la prostitución ritual.

Según esta reseña, podemos imaginar, de antemano, las dificultades que Abram y, más tarde, sus hijos, los patriarcas, tendrán que superar para preservar de este contagio moral a los hombres de su clan, para inducirlos hacia el concepto religioso del Dios único, invisible, y de una exigencia espiritual ya elevada.

LA PROMESA HECHA POR EL ETERNO A ABRAM BAJO LA ENCINA DE MOREH

«Se le apareció Yavé a Abram y le dijo: A tu descendencia daré yo esta tierra» (Gén 12, 7).

Aquel árbol, cuyo nombre hebreo —'elôn Morèh— puede traducirse por la expresión «encina de los adivinos», debía sin duda este epíteto a su reputación de «manifestar oráculos». En principio, los adivinos eran capaces de interpretar el ruido del viento en sus ramas, mediante el cual las divinidades cananeas dictaban su voluntad o daban su opinión. Y he aquí que el Eterno va a aparecerse a Abram bajo aquel árbol venerable —y venerado— para confiarle un mensaje inesperado: «A tu descendencia daré yo esta tierra».

«A tu descendencia». Por consiguiente, no se trata tan sólo, en este caso, de una protección divina concedida, de manera episódica, a un hombre, o a una familia de pastores, o a un pequeño clan de arameos nómadas. El Eterno revela su plan, todo él grandioso y simple: bendición sobre el patriarca, pero especialmente, podríamos decir, bendición sobre sus hijos, sobre los hijos de sus hijos, sobre toda su futura descendencia¹². Digámoslo claramente: aquí el Pueblo predestinado es elegido; de un modo más bien alusivo, sí, pero intangible. Toda la historia de Israel —una nación conducida

12. Tendremos ocasión de observar que se trata, durante cerca de dos mil años, de la descendencia humana; la cual, más tarde, con Jesús, se transformará en descendencia espiritual. Véase, especialmente, la violenta discusión que cita san Juan. A los israelitas que se proclaman *hijos de Abraham*, Cristo les responde: *Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham* (Jn 8, 30-59). Y en el Evangelio de san Mateo leemos esa nueva afirmación de Jesús: «No penséis en vuestro

por Dios— está ya en germen en estas palabras pronunciadas en el valle de Siquem. Desde este momento, el Señor posee, en la tierra, un núcleo que le pertenece, mediante el cual se realizará la ascensión religiosa y moral del hombre. Aventura larga, dolorosa, ardua, de la que aquí tenemos el inicio.

En resumen, bajo la encina sagrada, el Eterno expresa dos ideas fundamentales: El Pueblo escogido queda elegido (será la descendencia de Abram). La Tierra de promisión queda prometida (será el país de Canán, que actualmente llamamos Palestina)¹³. Empieza la historia de Israel.

* * *

A esta nueva revelación del Eterno, sucede, por parte de Abram, una ceremonia de acción de gracias: el primer sacrificio, según parece, que el patriarca ofrece a aquel Dios que le guía. «Abram, nos dice el Génesis,

interior: tenemos por padre a Abraham. Porque yo os digo que de estas piedras Dios puede hacer surgir hijos de Abraham». En Siquem, claro está, en la alborada de la historia bíblica, no puede tratarse más que de una descendencia familiar.

13. La Palestina: nombre, en verdad, caprichoso. Etimológicamente, Palestina designa «el país de los filisteos (pula-sati). Dichos filisteos —probablemente cretenses, habitantes de las islas o de las costas del mar Egeo—, ni semitas ni indoeuropeos, difíciles de catalogar según el plano etnológico— son aventureros que irrumpieron sobre los países sirios y sobre el delta egipcio, hacia el año 1200. Los antiguos designaban a aquellos invasores con el nombre de «pueblo del Mar». Olas guerreras bien armadas, de espíritu militar. Se ampararon de algunos países de Canán y pronto manifestaron la intención de imponer su dominio a las tribus nómadas. La lucha entre los hijos de Israel y los filisteos, se nos presenta como un es-

erigió allí un altar a Yavé, que se le había aparecido». Y esto, como reconocimiento, mediante un acto ritual, de la señoría de «El Shaddai» sobre su clan.

Nos es posible reconstruir el altar «edificado» por Abram, gracias a algunos elementos que nos proporcionan varios pasajes posteriores de la Biblia, y que, naturalmente, se refieren a los tiempos primitivos en que la tradición nómada se mantenía aún muy viva. No podía tratarse, en aquella circunstancia, de desbastar piedras, de cimentar, y de construir en el sentido moderno de la palabra, ya que el pastor errante en general, y el hebreo antiguo en particular, sienten un horror instintivo ante la idea de proceder a una edificación sólida, con materiales pulidos. Es muy probable que Abram erigiera, o bien una plataforma de tierra amontonada y compacta, o bien una especie de mesa de ofrendas, a base de piedras naturales, trabadas unas con otras. Allí se degollaba o se quemaba la víctima. Si esperamos un momento, la Biblia nos dará detalles más circunstanciados todavía, al explicarnos una curiosa ceremonia en la que Abram oficia como sacerdote.

Digamos por el momento que el oficiante, el sumo sacerdote es, por definición, el patriarca de la comuni-

pectáculo terriblemente dramático. Ante aquellos temibles adversarios, el Pueblo elegido se halló, varias veces, a pocos pasos de su perdición. Se llamó «Palestina» la región costera donde estaban instalados los filisteos. Desgraciadamente, poco a poco, se fue designando con este mismo nombre —por una especie de aberración geográfica— a todo el país interior, no conquistado por los filisteos. Los griegos adoptaron aquella errónea apelación (Herodoto, 450 a. J. C.) y los romanos les siguieron... Y así, por una cruel ironía, tenemos al país del Pueblo de Yavé designado con el nombre de su más cruel enemigo, cuya dominación jamás, en realidad, se estableció sobre el país de Canan.

dad. No hay clase sacerdotal jerarquizada en las civilizaciones pastoriles. Los colegios de sacerdotes no se organizan, en la historia, más que en los centros de sedentarios, sólidamente establecidos en el territorio por una organización social que ha ideado, ya sea un sistema de irrigación, ya sea una planificación de plantaciones de árboles frutales. En cambio en la estepa, en las praderas, en las zonas semi-desiertas, el cheik beduino es a la vez jefe de guerra, jefe político, gran juez, y, por este último atributo, único habilitado para ofrecer a Dios la víctima sacrificial.

Si nos remitimos a la liturgia de los antiguos nómadas, de la que la Biblia nos revela en distintos pasajes algunas modalidades, nos es fácil reconstruir —en globo, claro está— la ceremonia de Siquem, que, según lo poco que conocemos, debió empezar por un llamamiento a Dios. Se «clama a Yavé». Nueva pincelada antropomórfica, muy excusable en aquellas remotas épocas: conviene llamar a la divinidad, atraer su atención con «clamores», hacerle acudir a la cita...

Y cuando llega la divinidad, invisible, pero presente ante la mesa de las ofrendas donde va a ofrecérselo el animal, no es cuestión de hablarle en voz baja, sino de una manera expresiva e inteligible. Es más, podemos admitir, según ciertas anotaciones escripturísticas, que, en el curso de la ceremonia sacrificial, la asistencia gritaba, y tal vez danzaba. Era así como se acostumbraba a hacer entre los árabes paganos. Y en la historia bíblica asistimos a veces, en circunstancias semejantes, a curiosas escenas tumultuosas, de ensordecedor vocerío. En este caso preciso, la aclamación —ruidosa, exaltada— es designada, en el Libro Sagrado, con la expresión *hillel*, que deriva directamente del verbo *yálal*, chillar. En la liturgia hebrea, el momento en que los fieles lanzaban

sus más discordantes clamores, es denominado el *hallelouya* (traducción: aclamación a Yavé); sobre esta palabra, el cristiano ha forjado el vocablo: aleluya.

Al principio de la reunión religiosa, la asamblea, asociándose a las súplicas y acciones de gracias formuladas por el patriarca Abram, de pie, inmóvil, frente al altar, con los brazos en alto, ha recitado salmos en alta voz. Actitud que se conservó durante mucho tiempo en el ritual hebraico y cuyo origen conocemos: es sumerio. Las estatuas primitivas del delta del Éufrates nos presentan con frecuencia a las «orantes» en esta actitud implorante, reveladora de humildad, de temor y de esperanza.

* * *

Era necesario detenernos unos instantes considerando el carácter sagrado de aquel valle de Siquem, primera pausa prolongada del patriarca Abram a su entrada en Tierra de Canán, lugar elevado, donde, de boca del Eterno, recibe la Promesa.

De campamento en campamento

Ya estamos otra vez en marcha. El clan llega a Betel, pero no se detiene mucho tiempo allí. Vuelve a partir. Largos rodeos, extraños incidentes. Por dos veces se atraviesa el desierto de Negueb, se pisa la tierra de Egipto, para volver a Betel.

Parece haber una especie de entreacto desde la primera estancia en Betel hasta la segunda. El Eterno no se manifiesta. Una pausa muy larga entre lo Divino y lo humano. Un compás en la vida pastoril, durante el que podremos observar a Abram en su conducta como pastor errante.

DE SIQUEM A BETEL

«Y saliendo hacia el monte que está frente a Betel, asentó allí sus tiendas, teniendo a Betel al occidente y a Haí al oriente, y alzó allí un altar a Yavé e invocó el nombre de Yavé» (*Gén* 12, 8).

¡Tan bien como parecía que estaban en el encinar de Moreh! y de pronto, se desmontan las tiendas. Un desplazamiento más... La razón es siempre la misma: si Abram se decide a abandonar el valle de Siquem, es porque la hierba está ya demasiado seca. ¡A cambiar, pues, de cerro! De la montaña de Samaria se pasa a la cercana montaña de Efraim. A dos pasos, apenas 120 ó 150 kilómetros, contando las desviaciones de los caminos y senderos. Un corto paseo para aquellos infatigables andantes. La verdad es que Efraim goza de gran reputación entre los pastores nómadas: pastos sustan-

ciosos, regados por abundantes lluvias. (Todo es relativo: nada de una Normandía...).

¡Adelanta, pues, hacia la montaña de Efraim! El campamento, nos dice la Biblia, se estableció entre Betel y Haí. En el camino que llega directamente de Siquem. Nos encontramos a 18 kilómetros, a vuelo de pájaro, al norte de un peñasco en el que se eleva una ciudad llamada Urushhalim, la futura Jerusalén.

* * *

Betel, en hebreo: *Bêth'El*, Casa de Dios.

Cuando Abram llegó, con sus hombres y sus animales, a aquella pedregosa meseta, el pueblo de Betel todavía no existía. Mejor dicho, el citado lugar no llevaba aquel nombre, y tal vez ningún otro. Como veremos, el apelativo de *Bêth'El* le será impuesto cien años más tarde por Jacob, nieto de Abram, después de la famosa noche pasada bajo el estrellado firmamento en un campo desierto, próximo al pueblecito de Luz.

Por lo tanto, el abuelo Abram no podía conocer, bajo el nombre de Betel, el lugar que será llamado de esta manera, un siglo más tarde, por su nieto Jacob.

Pero, naturalmente, el escriba necesitaba un nombre propio para designarnos, aunque no fuera más que de una manera aproximada, la situación del campamento abrámico. Este lugar se sitúa a poca distancia de la vieja aldea de Luz (o Luza), que permaneció durante mucho tiempo distinta (aunque muy próxima) del pueblo de Betel¹⁴.

14. Hoy, la antigua Luz y la antigua Betel, no forman más que un solo y mismo pueblo, designado con el nombre de Betul.

Algunos historiadores pretenden situar el campamento del patriarca (fundándose en unas ruinas muy antiguas que indican una tradición que se mantiene viva) sobre la colina hoy llamada Khirbet el-Bordy, a unos setecientos metros del actual pueblo de Beitin, antaño Betel. Desde aquellas alturas se ofrece a la vista un grandioso espectáculo: hacia el este, se funde el valle del Jordán, resguardado en su ribera izquierda por la sombría muralla de los montes de Moab y de Galaad; se divisan también las costas septentrionales del Mar Muerto; mientras que, hacia el oeste y el sur, la mirada descubre las blancas colinas de la Judea, y también algunos rincones de las rocas de Jerusalén.

* * *

En cuanto a Haí (o Ai) —«la Ruina», o «el Montón de piedras»— era, precedentemente, una poderosa ciudad antigua, que databa de los alrededores del 300. Pero había sido destruida a principios del segundo milenio; en la época de Abram, quedaban aún en pie imponentes ruinas —de ahí su nombre¹⁵.

* * *

No podía responderse al reciente mensaje divino más que con acciones de gracias. Por lo cual, ya tenemos un nuevo altar erigido en Betel (*Gén* 12, 8-9) por Abram,

15. Cuando estudiemos las diversas fases de la conquista de la Tierra prometida, al regreso de Egipto, por Josué, veremos a los cananeos utilizar esta especie de baluarte para oponerse al avance de los israelitas (hacia el 1200). Las ruinas, aún imponentes, de Haí, fueron descubriéndose, de 1933 a 1935, en las colinas de Et-tell al este de Betel.

igual que el que había erigido en Siquem. El pastor hebreo invocó entonces el nombre del Eterno, según la liturgia de la que acabamos de describir algunos aspectos rituales, conforme a la documentación que poseemos actualmente.

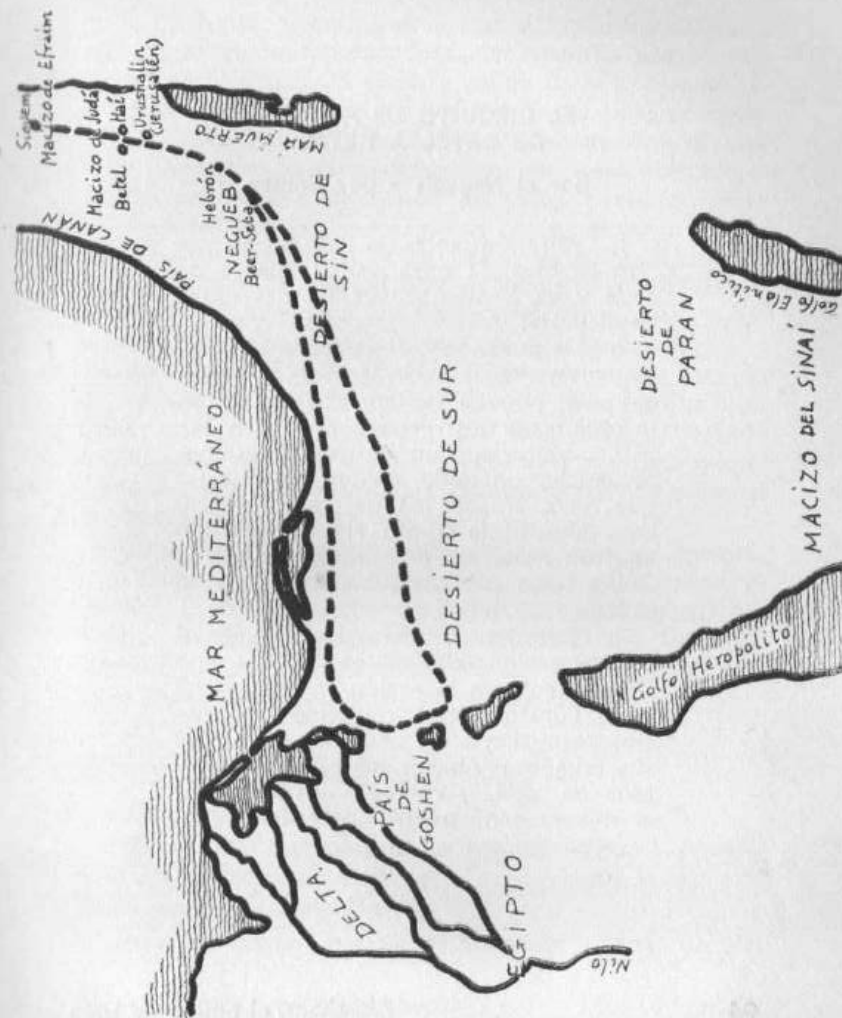
Después, continúa la Biblia, de campamento en campamento, Abram se fue a Negueb.

Negueb, el «país seco», el «país del sur», la «región del Mediodía». ¿Cuál es, pues, exactamente esa región por la que los patriarcas —de Abram a Isaac y Jacob— parecen tener una preferencia tan particular?

Negueb es un país pobre. Algunos territorios se nos presentan bajo un aspecto pétreo, francamente inhospitalario. Hay lugares rocosos, montañosos, nunca o casi nunca regados. Esta hostil y áspera acogida, se descubre, sobre todo, en las pendientes del macizo que descienden hacia el Mar Muerto. Hacia el lado del este, por el contrario, las colinas del Shephelâh aseguran la unión con las del costero Filisteo, flexiblemente onduladas. Pues bien, en la vertiente oriental del mencionado macizo, el país de Negueb ofrece numerosos valles, a veces muy largos, provistos de manantiales, y donde se encuentra fácilmente agua excavando pozos.

En épocas antiguas, los grupos de habitantes eran, al parecer, muy numerosos en aquel «desierto» relativo, que se llama Negueb. Algunos nombres se repetirán con frecuencia en la historia de los patriarcas: Berseba, en primer lugar, sin duda a causa de su famoso pozo; y Cades, con su sonriente oasis, tan práctico para las caravanas camino de Egipto.

Acaso podríamos preguntarnos por qué secreta razón los patriarcas bíblicos, teniendo al norte y al centro del país de Canán, tanto en la montaña de Samaria como



EL CIRCUITO DE ABRAM: DE BETEL A BETEL,

por el Negueb y por Egipto

1. Abram (yendo de Siquem al macizo de Efraím) pasa por el macizo de Judá y va a plantar sus tiendas entre Betel y Haf.

2. Después, de campamento en campamento, avanza hacia Hebrón, en la región del Negueb (estancia probable en la región de Beer-Seba).

3. Sobreviene un «hambre» (a consecuencia, sin duda, de un tórido estío que ha quemado los pastos). Descienden, pues, hacia Egipto. Hemos indicado aquí un trayecto aproximado, ya que la Biblia nada precisa sobre el recorrido exacto.

4. Después de una estancia, más o menos prolongada, no en Egipto, sino simplemente en la región fronteriza del Delta (único territorio donde los egipcios permitían a los beduinos apacentar sus rebaños), Abram regresa a la montaña de Judá, y vuelve a instalarse en el mismo campamento precedentemente ocupado: entre Haf y Betel.

en la de Judea, buenos pastos a su disposición, sintieron una predilección tan marcada e inesperada por el «desierto» de Negueb. A nuestro modo de ver, esto se explica por un motivo religioso. Dentro del país, demasiadas ciudades cananeas, demasiados campamentos de pastores cananeos. Pues las relaciones con los idólatras entrañan un peligro constante, un peligro evidente para los pastores hebreos —los cuales debían tener una tendencia innata a volver a los ídolos de sus progenitores semíticos. Los patriarcas han de alzar una barrera de separación, o al menos han de procurar disminuir el contacto entre ambas civilizaciones. A lo largo de la historia del pueblo elegido, tendremos con frecuencia ocasión de constatar cuán caprichoso resulta, para el mantenimiento del nivel religioso de los hombres de Israel, el intercambio de ideas entre los cananeos, antiguos poseedores del país, y los hijos de Abram, recién llegados al territorio.

Pero, por otra parte, tanto por su situación geográfica, como por el carácter semi-desértico del terreno, el Negueb parecía un sector tranquilo, un lugar apenas habitado. En él, la mística judía encontrará una benéfica soledad, propicia a un aislamiento favorable y muy indicado para la meditación de la palabra de Dios.

ENTRADA DE ABRAM EN EGIPTO

«Pero hubo un hambre en aquella tierra, y Abram bajó a Egipto para peregrinar allí, por haber en aquella tierra gran escasez» (*Gén 12, 10*).

Inmediatamente después de habernos hablado de Ne-

gueb, la Biblia nos informa de que Abram tomó la determinación de «descender» a Egipto¹⁶.

Este proceso pastoril, conviene considerarlo como una operación clásica; poseemos, respecto al particular, varias pruebas arqueológicas e históricas. No se trata, evidentemente, de asimilar el desplazamiento de Abram a la caravana de Ibsa y de sus treinta y siete asiáticos, de que antes hemos hablado. Distinto es el motivo del clan hebreo de Abram. En las épocas de las grandes sequías que agotaban los pozos de la Palestina meridional y provocaban la desaparición de la hierba, los pastores nómadas se dirigían hacia la frontera oriental del delta del Nilo para solicitar su admisión temporal. Había allí, en el límite entre Egipto y el desierto arábico, espaciosos herbazales, a los que las aguas de infiltración del Nilo proporcionaban una perenne fertilidad. El gobierno del faraón aceptaba sin gran dificultad a aquellos extranjeros, quienes, según la expresión corriente, iban a «implorar el agua». Los infelices, no pedían permiso para entrar «en Egipto» (como el texto bíblico, tan elíptico en esta circunstancia, podría hacernos creer); de hecho, les era sistemáticamente negado el avance en medio de tierras cultivadas. Ya se sabe que la llegada de un rebaño de ovejas o de cabras representa una catástrofe para cualquier agricultor... Pero se permitía instalar las tiendas de aquellos pastores en el extremo limítrofe de los campos, en torno a los territorios agrícolas, tal como vimos a los nómadas, en Mesopotamia, apacentar su ganado en la franja de la estepa. En realidad, no había

16. Ya se llegue de Mesopotamia ya de Egipto, se «sube» hacia Jerusalén. Y, en consecuencia, por la constitución misma del relieve geográfico, se «desciende», cuando se va desde el macizo de Judá hacia el delta del Nilo o hacia el curso superior del Eufrates.

ningún inconveniente en acoger a aquellos pastores, pues estaban vigilados por los funcionarios egipcios y, después de todo, contribuían a alimentar el tesoro faraónico, al menos durante algún tiempo.

Poseemos varias pruebas de aquellos desplazamientos de semitas a las orillas orientales del delta. En tiempos de los reyes de Heracleópolis (IX y X dinastías, 2300-2160), el Papiro llamado de Petersburgo nos habla de «nómadas que intentan descender a Egipto (se trata, claro está, de la zona fronteriza) para implorar el agua, según su costumbre, y para abreviar a sus rebaños». En época más tardía, leemos en el Papiro Anatasio (VI-4, 15), que, bajo el reinado de Merneptah (1224-1210), un oficial egipcio carabinero en la frontera de Roumilat (en el país de Goshen, al este del delta), cuenta haber permitido pasar al Pitom a algunas tribus de Sasou (beduinos), oriundos del país de Edom (meseta de Moab) «con el fin de hacerles vivir», a ellos y a sus rebaños, en la tierra de los faraones. Dos ejemplos perfectamente típicos: uno anterior a Abram aproximadamente 350 años; el otro, más de seis siglos posterior al desplazamiento del patriarca, descrito por el Génesis.

Este pasaje bíblico del Génesis, definitivamente consignado por escrito en el siglo V antes de nuestra era, en una época en que Israel ya había perdido todo recuerdo de los cotidianos episodios de la vida nómada, nos prueba, de manera indiscutible, el lejano, el remoto origen del relato, y, por vía de consecuencia, su evidente autenticidad.

ABRAM, SARAI, EL FARAON. LA AVENTURA EGIPCIA

A causa de la gravedad del problema moral que parece plantearse con motivo de la incursión de Abram

en Egipto, vale más dejar que la Biblia nos relate los hechos.

«Hubo un hambre en aquella tierra, y (Abram) bajó a Egipto para peregrinar allí, por haber en aquella tierra gran escasez. Cuando estaba ya próximo a entrar en Egipto, dijo a Sarai, su mujer: Mira que sé que eres mujer hermosa, y cuando te vean los egipcios, dirán: «es su mujer», y me matarán a mí, y a ti te dejarán la vida; di, pues, te lo ruego, que eres mi hermana, para que así me traten bien por ti, y por amor de ti salve yo mi vida. Cuando, pues, hubo entrado Abram en Egipto, vieron los egipcios que su mujer era muy hermosa, y viéndola los jefes del Faraón, se la alabaron mucho, y la mujer fue llamada al palacio del Faraón. A Abram lo trataron muy bien por amor de ella, y tuvo ovejas, ganados y asnos, siervos y siervas, asnos y camellos. Pero Yavé afligió con grandes plagas al Faraón y a su casa por Sarai, la mujer de Abram; y llamando el Faraón a Abram, le dijo: ¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué no me diste a saber que era tu mujer? ¿Por qué dijiste: es mi hermana, dando lugar a que la tomase yo por mujer? Ahora, pues, ahí tienes a tu mujer; tómalala y vete. Y dio el Faraón órdenes acerca de él a sus hombres, y éstos lo condujeron a él y a su mujer, con todo cuanto era suyo.» (Gén 12, 10-20).

Es escabroso el episodio, al menos para un lector moderno no advertido. ¡Poco podía pensarse hallar, en el Sagrado Libro, un relato de este género!

Desde Filón, de Teodoreto a Procopio de Gaza, de Orígenes a san Juan Crisóstomo, de san Ambrosio a san Agustín, numerosos son los Padres de la Iglesia que han intentado dar una explicación plausible, y... aceptable, a este pasaje de la Biblia. Hoy, instruidos por la historia de las civilizaciones antiguas en general y de las

religiones primitivas en particular, estamos mejor situados que los teólogos del pasado para comprender las dificultades y la lentitud de la evolución de la conciencia humana en los siglos remotos. Estamos mejor armados que nuestros predecesores para captar el carácter progresivo del ideal moral de aquellos milenios lejanos a nuestros días; lo cual evitará que nuestro juicio histórico caiga en el anacronismo.

A aquel «justo», a aquel «amigo de Dios» (*el-Khâlil*, como los árabes llaman, todavía en nuestros días, al patriarca Abram), a aquel elegido del Señor, nos desagrada, indudablemente, verlo consentir en la indignante acción de entregar a su mujer para asegurar su vida. Es cierto que su esposa Sarai era también su hermanastras: hija del mismo padre, no de la misma madre; ya advertimos este detalle. Pero la explicación no es suficiente para hacer admitir a los hombres de los primeros siglos cristianos, y, a fortiori, a nuestros contemporáneos, el comportamiento del jefe beduino. Pero, hay que advertir aquí, que aquella manera de resolver el problema no chocaba en la época de Abram, época en que la conciencia moral estaba todavía en un nivel muy bajo. En la sociedad de aquellas épocas, la mujer, incluso la legal, no ocupaba —hay que tenerlo en cuenta— más que un lugar sin importancia. La organización de la tribu se basaba casi únicamente en la primacía masculina. El elemento femenino era, simplemente, como una especie de ganado superior; destinado, eso sí, por las leyes de la naturaleza, a suministrar la prole necesaria para la continuidad de la familia; pero una vez asegurado esto, sólo tenía derecho a un mínimo de consideración. Por otra parte, la institución de la poligamia inducía al hombre primitivo a conceder muy poca importancia a

una esposa, por lo demás tan fácil de multiplicar o de reemplazar.

Precisamente, si el Eterno quiso revelarse a un individuo, a una familia, a una nación, para ayudar, por último, a la humanidad a subir hacia la luz, fue porque dicha humanidad se hallaba en un estado inquietante respecto a los principios morales.

Por otra parte, podemos afirmar en este caso la tranquila conciencia de Abram. Sus contemporáneos, e igualmente, durante muchas generaciones, los hombres de su estirpe, consideraron su comportamiento perfectamente admisible. Es más, este episodio causaba a los relatores hebreos y a su auditorio alegre diversión y sincera admiración. Al anochecer, sentados delante de la tienda, una vez pasado el terrible calor del día, los jefes de familia repetían, sin cambiar una palabra, y tal como lo habían oído contar por boca de su padre y de su abuelo, el relato de Abram y Sarai en el país del Faraón. La estratagema era genial: el patriarca había engañado al egipcio, adorador de los falsos dioses; había sabido evadir los múltiples peligros suspendidos sobre su cabeza; y todo había terminado bien —a saber: con el aumento de sus riquezas: del ganado menor y mayor, de los asnos, de las esclavas, de los siervos, de los jumentos, de los camellos...

Aquella elegante manera de salvar su vida entregando a su propia esposa, y asegurando que ésta no es su esposa sino su hermana, fue juzgada como una ocurrencia tan acertada y tan graciosa, que la misma anécdota, referida por el ciclo yavista, aparecerá poco más tarde en la narración de aquella misma vida de Abram, apenas modificada por el ciclo elohista. Según esta segunda versión —que es casi idéntica— Abram se encuentra entonces en Gerara, en la futura Filistim meridional,

entre el Mar Muerto y el Mediterráneo, a poca distancia de la costa. Allí induce a error al rey de la región Abimelec haciendo pasar a Sarai por su hermana. Pero, esta vez, Yavé se cuida de advertir en sueños al rey Abimelec, el cual, asustado, devuelve inmediatamente a Sarai a su verdadero esposo, acompañando esa restitución —¡conviene dar vivacidad a la historia!— de ganado mayor y menor, de siervos, de esclavas... Verdaderamente, al episodio no le falta astucia: ¡se repetirá por tercera vez! Se tratará entonces de Isaac (hijo de Abram) y de su mujer Rebeca. No se cansaban de aquella ingeniosa anécdota.

* * *

Creemos conveniente notar aquí que este extraño relato, de carácter un poco liviano, constituye una excelente prueba de autenticidad del texto bíblico. En efecto, cuando, después de varios centenares de años de tradiciones orales, escrupulosamente conservadas en algunos centros religiosos y laicos, se empezaron a poner por escrito los diversos ciclos, la escabrosa aventura se encontró referida por triplicado: un ciclo la situaba en Egipto, y otros dos en el país de Gerara. Ahora bien: el escriba que, en el siglo V antes de nuestra era, estaba encargado de efectuar la fusión de los diversos textos tradicionales (textos llamados a formar el Libro que denominamos Pentateuco) habría podido unir en un solo relato las tres anécdotas repetidas, o simplemente silenciarlas... Pues, en aquella época tardía, la conciencia moral, muy evolucionada desde la época de los patriarcas, no permitía ya aprobar la conducta de Abram, ni la de Isaac, con sus respectivas esposas. Pero, no obstante, el responsable del texto demuestra ser un historiador leal. No

solamente se guardará muy bien de suprimir el capítulo «inmoral», sino que pondrá especial interés en referirnos *in extenso* las tres versiones que así han llegado hasta nosotros. No podría pedirse una prueba más evidente de autenticidad escripturística. Podemos estar bien seguros de que el texto bíblico se nos presenta aquí en su pureza primitiva, sin haber sufrido las modificaciones que tal vez hubiera hecho un redactor escrupuloso y sobre todo bien intencionado desde el punto de vista de la moral pública...

ABRAM SALE DE EGIPTO: UNA EXPULSION «MANU MILITARI»

El Faraón, tal como el relato nos lo da a entender, se disgustó de la estratagema del jefe nómada. No se nos dice cómo fue descubierto el engaño. La policía egipcia de aquel Estado totalitario estaba, como sabemos por la historia del valle del Nilo, muy bien organizada, y era bastante indiscreta. El caso es que, por lo que podemos leer entre líneas, la repulsa debió ser seria: «¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué dijiste: es mi hermana, dando lugar a que la tomase yo por mujer? Ahora pues, ahí tienes a tu mujer, tómala y vete. Y dio el Faraón órdenes acerca de él a sus hombres, y éstos lo despidieron a él y a su mujer, con todo lo que era suyo».

Abram se va de Egipto. Y no volverá más —cosa que no ha de extrañarnos... Ya lo tenemos camino de Negueb. Llega a Betel, donde encuentra todavía el altar que había erigido al Eterno. Allí, otra vez invoca a su Dios, al que ha permanecido indefectiblemente fiel durante su estancia en el país idólatra del Faraón.

ABRAM - UN PASTOR NOMADA

«Subió, pues, de Egipto Abram con su mujer, toda

su hacienda, y con Lot hacia el Negueb. Era Abram muy rico en ganados y en plata y oro, y se volvió desde el Negueb hacia Betel... Lot, que acompañaba a Abram, tenía rebaños, ganados y tiendas, y no podían habitar juntos en aquella tierra por ser muy grandes sus haciendas para poder habitar juntamente. Hubo contiendas entre los pastores del ganado de Abram y los del ganado de Lot... Dijo, pues, Abram a Lot: Que no haya contiendas entre los dos, ni entre mis pastores y los tuyos, pues somos hermanos. ¿No tienes ante ti toda la región? Sepárate, pues, de mí, te lo ruego; si tú a la izquierda, yo a la derecha; si tú a la derecha, yo a la izquierda». (Gén 13, 1-9).

Aquí, por primera vez, la Biblia nos da, sobre la vida pastoril de Abram, algunos pormenores circunstanciados. Esto se explica por el hecho de que el pobre pastor de ayer, cuyos rebaños debían haber quedado diezmados por la terrible sequía hace poco mencionada, vuelve hoy del delta del Nilo con una aparcería considerablemente aumentada. Estos detalles no podían pasarlo en silencio, en medio de una civilización de pastores, los relatores, guardianes de la tradición histórica. En adelante, Abram y su sobrino Lot aparecen, en la narración bíblica, como jefes importantes, ricos en ganados y en metales preciosos.

Aprovechemos la parada momentánea de esos pastores en su recorrido, para documentarnos acerca de las costumbres de aquellos nómadas, para observar su vida cotidiana, para seguir su existencia día por día.

COMO IBA VESTIDO EL PATRIARCA ABRAM

Directamente sobre la piel, el hebreo de los tiempos

nómadas —e igualmente sus contemporáneos, los sedentarios, instalados en las riberas del Éufrates y del Nilo— lleva una especie de calzón corto: el *saq*, pieza grosera y tosca, tejida de pelo de carnero, de cabra o de camello, sujeto al talle por un cinturón. El recuerdo de aquel *saq* antiguo permanecerá vivo durante mucho tiempo en la memoria de los hijos de Israel: vemos reaparecer periódicamente aquella prenda arcaica, en días de luto o de penitencia.

Así, pues, en la época de Abram, el pastor nómada se reviste con una pieza que le cubre, a partir de la cintura, el vientre y los muslos.

No lleva camisa. El *sâdîn*, usado en una época muy posterior, estará siempre reservado a la clase rica, y, de manera más particular aún, a las mujeres elegantes.

Sobre el calzón, el hebreo del período abrámico, puede ponerse, a su elección, dos clases de vestido. Los más pobres, o los que han de dedicarse a un trabajo fatigoso, se ponen una especie de falda, ceñida a la cintura, y que descende hasta un poco más abajo de las rodillas; así el torso queda al descubierto. Los demás visten una túnica, a base de una gran tela en cuadro, que baja desde el cuello hasta la pantorrilla. Ordinariamente, esta túnica va cosida por un lado, sobre el hombro izquierdo, descendiendo después, transversalmente por encima del pecho y va a pasar por debajo del brazo derecho, de manera que éste quede con libertad de movimiento. Es de lana, con frecuencia jaspeada y adornada con bordados. Los jóvenes de ambos sexos la llevan más larga, casi hasta el tobillo.

La capa constituye la vestimenta exterior. Al principio, se presenta con frecuencia bajo la forma de una simple pieza de lana. Es probable que en tiempo de Abram se la pudiera ya agujerear para pasar la cabeza

y los brazos. De todas maneras prefigura el albornoz de nuestros árabes modernos. Absolutamente indispensable para protegerse contra las bajas temperaturas de la noche, ya que se duerme a la serena o bajo la tienda. Tanto es así que, en épocas más cercanas a nosotros, la ley prohibía al acreedor retener el manto, entregado como prenda, después de la puesta del sol; el prestamista tendrá que devolver, al menos para la noche, aquella capamantón con la que era costumbre envolverse para dormir. En el período arcaico que nos ocupa, es muy verosímil que se sirvieran de pieles del propio ganado, puesto que, hablando de Esaú (tercera generación después de Abram) el Génesis nos confía que era *pelirrojo como un manto peludo* (Gén 25, 25).

El traje de las mujeres se distinguía del de los hombres por un corte mucho más amplio y un tejido más tupido. Por regla general, la mujer se cubría la cabeza con un velo, pero la ley no le obligaba a bajárselo. A menudo veremos en la Biblia que se presenta con el rostro descubierto, incluso ante los extraños.

En cuanto al calzado, llevan suelas de madera, de cuero, de mimbre y a veces de palmera. Un sistema de correas de cuero las ajusta al pie, como nos lo da a entender la alusión del Gén 14, 23.

Abram y toda su familia están equipados, desde el punto de vista del vestuario, contra el sol del estío, contra las lluvias del invierno, contra el frío de la noche. Están provistos de calzado, para las largas caminatas, tanto a través de extensiones rocosas, como sobre la ardiente arena del Negueb, o bien para ir en busca de agua, de un punto a otro de las hostiles pistas del desierto.

LA TIENDA DE ABRAM

El nómada se enorgullece, como de un hecho excepcional, de vivir bajo su «casa de pelo», símbolo de absoluta libertad, de completa independencia.

En tiempo de los primitivos pastores errantes, se unían varias pieles de animales para obtener una tienda impermeable. Pero en la época de Abram, ya las mujeres hilaban y fabricaban largas tiras de tejido, tan largas como lo permitían los telares en uso, obteniendo así un género basto, ciertamente, pero muy resistente, de un color marrón tirando a negro. De ahí la expresión de la Amada, en el Cantar de los Cantares: «Soy morena, como las tiendas de Cedar» (*Cant* 1, 5).

Carecemos de datos exactos respecto a las tiendas de los patriarcas, pues la Biblia se muestra sobria en detalles sobre este punto. Seguramente no debían diferenciarse mucho de las que usan aún hoy día los beduinos. El toldo que la forma se mantiene elevado a un metro y medio o dos del suelo, mediante algunos postes. Las dimensiones de la tienda dependen, evidentemente, de la importancia y de la riqueza del que la habita. En principio, presenta dos partes distintas, separadas por una tupida cortina, que hace las veces de tabique. En la parte delantera habitan los hombres: en tiempo normal esa parte está abierta casi en la totalidad de su longitud. La habitación interior es la reservada a las mujeres y a los niños, y está, por el contrario, bien cerrada, completamente sustraída a las miradas indiscretas. A veces, en las tiendas más espaciales, este gineceo está todavía compartimentado por un sistema de cortinas que forman varias celdas de tela: habitación para las esclavas y para las sirvientas, cocina y excusados.

Esta casa de piel, los nómadas la montan con una destreza indescriptible, al mismo tiempo que con vertiginosa rapidez; y, no obstante, el esfuerzo que supone es arduo... He aquí las diversas fases de la operación: El toldo está extendido en el suelo. Unos cuantos hombres, provistos cada uno de una estaca, se deslizan por debajo de él. La parte superior de las estacas se aplica a una parte reforzada del tejido, y se alza, de manera que pueda clavarse en el suelo la parte opuesta. Sólo falta entonces sujetar aquel edificio flotante. Por las anillas dispuestas previamente a lo largo del ribete, se pasan en seguida largas cuerdas que se amarran en sólidas estaquillas, de antemano plantadas sobre el terreno. En cuanto al desmonte, es más rápido todavía...

BAJO LA TIENDA DE ABRAM: EL MOBILIARIO

Ni sillas, ni mesas. Es costumbre sentarse, o mejor, ponerse en cuclillas como los canteros, sobre alfombras de lana, sobre esteras o sobre pieles curtidas. Para comer, se reúnen todos, en torno a una gran carpeta de cuero cortada en redondo, y se sientan, siempre con las piernas entrecruzadas, frente a un enorme plato, del que cada uno puede comer, a voluntad, con... los dedos.

Hagamos mención de un utensilio de cocina: el molino de harina, el cual, en tiempos antiguos se compone de dos piezas: Una losa de piedra muy dura (por regla general, de basalto), de forma ligeramente cóncava; y una piedra lisa, de dimensiones medianas, que se aprieta y ajetrea con ambas manos, para aplastar el grano, cosa que requiere gran esfuerzo. Trabajo muy duro, y, por lo mismo, destinado a las mujeres.

Dentro de la tienda, se encuentran también, sujetos a los postes (y esto sobre todo en las habitaciones de

detrás, reservadas a las mujeres), odres llenos de agua, evidentemente, pero también de vino, de leche y de aceite. Utensilios de aspecto muy curioso, pues son recipientes de piel, que conservan la forma animal de la bestia utilizada: cabra, macho cabrío, o también cerdo. Naturalmente, se corta la cola y las patas cuidando de unir los extremos y recubrirlos con una capa de pez, a fin de asegurar que el agua quede bien estancada. El gollete lo forma el cuello (previamente se ha cortado la cabeza); el orificio del cuello, cuando se trata de tapar el odre después de hacerlo servir, se encordela.

Una palabra sobre la lámpara, que nunca queda olvidada en los desplazamientos de los patriarcas. Se presenta bajo una forma muy simple en aquellos tiempos de la antigüedad: una tacita de arcilla, redonda u ovalada, con una simple hondura en un punto cualquiera del borde. Esta deformación, apenas insinuada en los tipos arcaicos, se transformará más tarde, insensiblemente, en un verdadero pico. A guisa de mecha, lino, cáñamo, o bien un junco descortezado.

LOS REBAÑOS DE ABRAM

Ante todo, conviene precisar entre qué clase de nómadas debemos catalogar a los patriarcas. No podemos, bajo pena de incurrir en un contrasentido, asimilarlos a los nómadas del gran desierto de Arabia, los cuales se nos presentan como traficantes de camellos: errantes infatigables, y, por regla general, ladrones sin escrúpulo. Nomadismo truculento, épico, terrible, sin ninguna moralidad. Totalmente distinto del nomadismo de ritmo tranquilo, pacífico y casi burgués osaríamos decir, adoptado por el pastor Abram y sus descendientes.

Entre el mundo de los etnólogos, se ha convenido de-

nominar a aquellos beduinos errantes, tipo Abram, «ganaderos de ganado menor». Con sus ovejas y sus cabras, acampan, ya en la herbosa estepa situada al lindar de los campos cultivados (como vimos en el país de Sumer), ya en los pastizales naturales que no pertenecen todavía a nadie (así lo hicieron, como acabamos de constatar, en el país de Canán, su nueva residencia). Cuando los animales han ramoneado ya la hierba de un centro de pastoreo, la caravana parte hacia otros terrenos herbosos, obligatoriamente dotados de una fuente o de un pozo, donde puedan abrevarse hombres y animales. Muy pronto los pastores organizarán una especie de circuito, que conduzca de los mismos oasis a los mismos pastos, de las mismas surgentes a los mismos valles. De esta manera llegarán a tener pistas de recorrido, sobre las que considerarán (según la legislación habitual de los nómadas) que poseen derecho de pasto.

* * *

«Ganaderos de ganado menor» hemos dicho. Esta expresión de «ganado menor», parece eliminar a los rumiantes, vacas y toros, incapaces de soportar largos trayectos a través de la zona semi-desértica —tres días sin beber—, como pueden pasar sin perjuicio las ovejas y cabras. Pero, sin embargo, la Biblia nos habla de los sacrificios de bueyes y de toros que Abram ofrece al Eterno. ¿Cómo explicar esta anomalía?

Acabamos de ver que el clan de Abram (importante a su salida de Egipto) pronto organizó sus trazados pastorales: una transhumancia regular, en fechas y lugares ya determinados, con retorno periódico a los diversos centros de agua. Ahora bien: cerca de cada uno de éstos, se establece un pequeño poste de guardia, encargado

de impedir que los bandoleros destruyan las instalaciones. Al guardián de cada facción, se le dejaban eventualmente algunas vacas y algunos toros. Allí, junto a los abrevaderos, los bóvidos se alimentaban de los verdes pastos de aquellos alrededores, y con ayuda de una pequeña provisión de heno, previamente almacenado durante el buen tiempo, llegaban, con más o menos dificultad, a subsistir... Así se explican las alusiones del texto bíblico a las vacas y toros pertenecientes a un grupo de nómadas. Se trata, pues, en definitiva, de una especie de instalación fija, verdaderamente muy rudimentaria, gracias a la cual, el clan pastoril, siempre en movimiento, puede, si le conviene, procurarse rumiantes.

Naturalmente, aquella pequeña granja permite a los ocupantes sembrar y segar algunos cereales, aunque, en principio, la tierra de trigo y la de pasto no presentan los mismos caracteres. De todas maneras, en aquella organización tan primitiva, nunca se vio la menor tendencia a la vida agrícola propiamente dicha. Estamos, continuamos estando, en pleno ritmo pastoril y nómada. La plantación de árboles frutales, es lo único que constituye la señal de estabilidad verdadera y definitiva del hombre en aquel terreno.

* * *

«Nosotros tus siervos, somos ganaderos, y lo mismo fueron nuestros padres» (Gén 47, 3).

Pastores, ganaderos y guardianes de ganado menor. Por esta expresión «ganado menor» se ha de entender ovejas y cabras.

Las ovejas de Abram, las ovejas de los hebreos de la época patriarcal, son *Oves laticaudatae* (de larga cola sebosa), cuya raza podemos descubrirla todavía actualmen-

te en Palestina. Algunos pasajes del Génesis y del Levítico, nos dan las características de ese apéndice caudal cargado de grasa. Precisiones más netas aún nos las proporcionan, sobre aquel animal del país de Canán, el historiador Herodoto y el naturalista Aristóteles: aquella cola, en extremo grasienta, tiene el aspecto de una masa adiposa capaz de suministrar agua al organismo durante los períodos en que el animal no puede ser conducido al abrevadero. Órgano enorme; además, hartamente enojoso para la pobre bestia; su peso llega a ser hasta de doce kilos.

Según se dice, dicha cola constituía para los beduinos un plato muy apreciado. Los nómadas están orgullosos de manjar tan succulento: la cortan a lonjas y la fríen. Sobre el altar de Yavé, la cola de oveja (o de morueco) será con frecuencia presentada, en el curso de los años, como don sacrificial. La materia sebosa de aquel apéndice se utilizaba también para usos culinarios, así como para alimentar la llama de las lámparas.

Las ovejas de Abram raramente serían de color negro, pero tampoco enteramente blancas. Acostumbran a ser «salpicadas», es decir, una mezcla de blanco y negro; pero, en los animales adultos, el vellón adquiere un tinte decolorado, que se generaliza cada vez más a medida que avanzan en edad.

¿Cuántos ovinos podían contar los rebaños de Abram? El texto nos deja entender que, a la salida de Egipto, las cabezas de ganado eran en número considerable; pero no nos da ninguna cifra. En nuestros días, el occidental que visita el Próximo Oriente, queda estupefacto ante aquellos rebaños inmensos que se encuentran en Transjordania.

¿Quiere esto decir que el pastor Abram, ya que posee una aparcería tan importante, va a dedicarse al con-

sumo de carnes? ¡De ningún modo! La oveja es criada, al menos en principio, en vistas a la producción lanera. El velloncino le servirá al jefe para proporcionar la primera materia con que han de confeccionarse los vestidos de los pastores y de su familia. Las mujeres hilan continuamente; trabajan también, de manera muy activa, en el telar, donde tejen. El mismo material se usa para la fabricación de las tiendas. Además, la lana es la base de la corriente comercial establecida (con hartos pesar por parte del pastor itinerario; pero, ¡la necesidad es ley!) entre el nómada y los ciudadanos del país de Canán. Por sistema de cambalache, se cambian fardos de lana por sacos de cereales, u objetos manufacturados, o bien por lingotes de oro y de plata, que se atesoran bajo las tiendas. La oveja, productora de riquezas, no será, pues, utilizada como alimento de carnicería. Evidentemente, se la ofrecerá, en ciertas circunstancias, a Yavé, como víctima sagrada. Pero para ofrecer sacrificios al Eterno, Abram preferirá el carnero o el cordero (siempre macho, naturalmente). Sólo se cuenta en la fábula de La Fontaine que el campesino mata a la gallina de los huevos de oro...

En realidad, el régimen de los patriarcas era a base de leche (de oveja o de cabra) y de cereales (comprados a los cultivadores sedentarios). Tenía que ocurrir un acontecimiento extraordinario (la llegada de un huésped, por ejemplo, aunque fuese desconocido), para que el jefe diese la orden de matar una o más cabezas de ganado.

La finalidad del rebaño era proporcionar, no su carne sino su lana. Por eso, para aquellas tribus de pastores que apacentaban miles y millares de ovinos, la gran fiesta popular era, siempre y por doquier, el esquileo de las ovejas.

¿Nos será permitido hablar de carneros? La ley pro-

híbe expresamente ofrecer, sobre el altar, animales castrados, «eso no lo haréis nunca en vuestra tierra» (*Lev* 22, 24), prescribe el Levítico. Y ¿es solamente la ofrenda de un animal castrado lo que así se prohíbe? ¿Es la mutilación en sí? Una fuente extra bíblica —Josefo, el historiador judío— nos permite, al parecer, optar por la segunda proposición. Según el analista, toda castración de animales estaba severamente prohibida en Israel (*Ant. judaicas* IV-8, 40). Probablemente aquel edicto respecto a los animales domésticos había sido sugerido por el horror de los israelitas a lo concerniente a la castración humana. Volviendo a nuestros carneros, concluyamos que es más prudente no pronunciar este nombre cuando se habla de los rebaños de los pastores de Israel.

* * *

Al lado de las ovejas, las cabras. Esas dos razas de animales, las encontramos mezcladas, sin inconveniente alguno, tanto en las largas caminatas de transhumancia, como en las praderas, como en los abrevaderos. Según algunos detalles bíblicos muy característicos, parece que la cabra de los hebreos nómadas era la *Capra membrica*, que fácilmente se reconoce por sus fuertes cuernos, su talla elevada, y sobre todo porque le cuelgan las orejas. Es negra, como dijimos antes; y el poeta, sin forzar mucho la imagen, pudo comparar los cabellos de la Esposa, sueltos sobre sus hombros, a «...un rebaño de cabras / que ondulantes van por los montes de Galad.» (*Cant* 4, 2).

En la piel de las cabras cananeas, se distinguen dos clases de pelo. El de encima, es un vellón áspero, que sirve especialmente para fabricar el tejido destinado a las tiendas. El de debajo, es más fino, aunque bastante corto; flexible y lanoso.

Las hilanderas tienen gran aprecio a la cabra. Las cocineras también, pues proporciona una leche excelente, con la cual, ya en tiempo de los patriarcas, se sabían hacer quesos. En cuanto al cabrito, podía prepararse con él, cuando se presentaba la ocasión, un plato succulento.

* * *

¿Y el camello? Conviene clasificar las dificultades.

Al salir de Ur. La Biblia no nos detalla de qué se componían los rebaños pertenecientes a Teraj. Seguramente, en la civilización sumeria, los comerciantes debían utilizar caravanas de camellos para comercio de exportación-importación, muy importante en la región del Bajo Eúfrates. Pero nada nos permite suponer que, en aquella época, el clan de Abram fuese lo suficientemente rico para contar, entre sus animales, camélidos de carga. Por consiguiente, no nos avancemos demasiado.

A la salida de Egipto. Al abandonar el delta del Nilo, Abram se había convertido, como sabemos, en un rico pastor, poseedor de numerosos rebaños y de valiosos lingotes de metales preciosos. En la enumeración de sus animales, el texto cita entonces el camello. Los arqueólogos objetan que éste no está representado en los monumentos faraónicos hasta una época muy posterior. De todas maneras, el camello debía desempeñar su función clásica en las franjas semíticas del delta; y, precisamente, el campamento de Abram se aísla en aquella región fronteriza. Sin ningún inconveniente podemos, pues, admitir que el clan hebreo, recientemente enriquecido, cuenta con algunos dromedarios (camélidos de una jiba).

En los desposorios de Isaac. Cuando se trate de buscar esposa para su hijo Isaac, Abram —que ya habrá instalado sus tiendas en Palestina meridional— enviará

a su esclavo Eliezer, con algunos camellos, a Jarán, junto al Alto Eúfrates, al «país de los padres». Aquel largo trayecto (más de 1.500 kilómetros, ida y vuelta), será recorrido al trote de los animales de largas patas.

* * *

Los pastores: una vida dura; para proporcionar a los rebaños hierba suficiente, las diferentes praderas deben estar alejadas unas de otras. Por lo tanto, la existencia del hombre que asume la custodia de los animales transcurre en la soledad. Siempre ha de estar alerta: una oveja que se descarria, una cabra que se hiere, una madre que ha de parir, un cordero que enferma. El pastor es responsable del rebaño; ha de defenderlo contra los ladrones, y también contra las bestias feroces que abundan y van siempre a la caza de una buena presa: lobos, muy temibles en aquella época; leones, cuyas guaridas se hallaban en la espesura impenetrable del Jordán; zorras, osos también...

El perro: una raza cruzada de chacal. De la talla de un perro lobo. Una bestia salvaje, apenas domesticada, dispuesta a atacar a las fieras. No teme en absoluto entablar combate con el león. Su misión es asegurar la defensa más que la custodia.

Al atardecer, el pastor conduce a su rebaño de la pradera al abrevadero hecho a base de artesas de madera o de tinajas de arcilla, instaladas en las proximidades del pozo. Para llegar al nivel del agua, se ha de cavar hasta la capa preacuosa, a veces muy profunda.

Como hemos dicho, el brocal no se parecía en nada al de nuestros pozos europeos: es muy ancho: diez, quince, veinte metros de circunferencia, está casi a ras de tierra, con un pequeño muro, muy bajo, para impedir

que los animales caigan dentro. El pozo de Beer-Seba, excavado por Abram, y que desde aquellos tiempos remotos no ha sufrido serias modificaciones en su estructura general, nos muestra lo gastadas que están las paredes de aquella abertura, a causa del roce de las cuerdas que suben y bajan odres y cántaras. Una vez levantado el campamento, volvía a taparse la boca del pozo con grandes losas, echando por encima una ligera capa de tierra, a fin de que pasara desapercibido a los beduinos salteadores, siempre prestos a destruir o a ensuciar, por pura maldad. Si la boca del pozo era de dimensiones reducidas, se tapaba durante el día con una piedra grande, que se apartaba por la tarde al llegar los rebaños.

Los animales van hacia el pozo en apretadas filas. Los pastores los mantienen a distancia, pues cada rebaño ha de acercarse al abrevadero por turno y a una orden de su respectivo guardián; no pueden mezclarse sin provocar aquellas disputas y discusiones tan propias de los orientales. Cada pastor, por supuesto, ha de pozar el agua para su rebaño, con una cuerda, y llenar las pilas: un trabajo agotador. Realmente, la vida pastoril era muy dura, por no decir extenuante...

UNA REFECCION BAJO LA TIENDA DE ABRAM

Si bien nos es imposible reconstruir el orden exacto de una refección en los tiempos nómadas, podemos, no obstante, enumerar los alimentos básicos, lo que se comía y lo que se bebía en las tiendas del clan abrámico.

Muy poca carne, en la minuta cotidiana. Salvo, naturalmente, con ocasión de una fiesta religiosa, y también cuando se presentaba un huésped insigne. Se mataba entonces, según la importancia del visitante, una cabra o un cordero, una oveja o algún bóvido. Si la re-

cepción quería revestir aires de suntuosidad, se sacrificaba, con cierta ostentación, el becerro cebado.

En algunas circunstancias, la caza proporcionaba una ayuda nada despreciable. La ley deuteronomica permite, como alimento, el ciervo (que ya no se encuentra hoy día en Palestina), la gacela (su nombre: *cibeyá* —la graciosa— se daba, como requiebro, a las hijas de los israelitas); el gamo (aunque éste no puede designarse con mucha seguridad, pues es un cuadrúpedo que parece haber sido raro en Canán); el corzo (algunos arqueólogos se inclinan más bien a pensar que se trata de una especie del antílope).

La carne va acompañada de diferentes legumbres: cebollas, crudas o cocidas, puerros, lentejas, garbanzos, habas. Y todo junto salpicado de ajo. Después las famosas «hierbas amargas»: simplemente, ensaladas (achicoria, lechuga, escarola) con las que se mezclan berros, perejil y cardos.

Por lo que se refiere a los volátiles, la Biblia nos habla a menudo de la tórtola, que es el nombre poético de la paloma. En Palestina se distinguen varias especies de aves. La más apreciada es la codorniz; en otoño emigra de Europa a África, y en primavera hace el trayecto de retorno. Durante esos vuelos, las codornices a veces se dejan caer y entonces se las puede coger fácilmente con la mano. En los clanes de nómadas, se cazaba también la perdiz roja (llamada de los peñascos) abundante en el macizo montañoso de Judá; y la perdiz amarilla (llamada: de las arenas) que habita generalmente en las riberas del Mar Muerto.

La pesca tenía lugar, sobre todo, en el Norte del país: en el Jordán y sus afluentes, en el lago de El-Hule, y especialmente en el lago de Tiberíades. Los pastores acantonados al Sur del país no podían, por lo tanto, re-

cibir pescado de agua dulce; y muy difícilmente de mar; pero, ambos, una vez secos, llegaban a ser objeto de un intenso tráfico en toda la comarca.

Y he aquí otro alimento muy apreciado por los nómadas, y que no es... ni carne, ni pescado: el saltamontes. Como para compensar el hambre que provocan con sus destrozos en los campos de cultivo, los saltamontes eran comidos con evidente satisfacción por los pastores. Salían a buscar aquellos insectos, en cuanto amanecía, y los cogían a capazos, cuando todavía estaban entumecidos por el frío de la noche y aún cargaban sobre sus alas el peso del rocío de la aurora. Seguramente Abram debió regalarse con buenos platos de saltamontes: hervidos o tostados (después de cortarles la cabeza y las alas); a veces se disecaban al sol, y después las mujeres los reducían a polvo, obteniendo así una pequeña provisión de harina, cuyo gusto variaba según se añadiera una buena porción de miel o de sal.

El azúcar era desconocido en aquella época. Se suplía con la miel. Para aquellos pastores nómadas, sólo podía tratarse, evidentemente, de miel salvaje, extraída de las peñas del desierto de Judá donde las abejas edificaban sus primitivas colmenas. Aquel alimento servía para hacer pasteles: se mezclaba con leche, con manteca... Sus cualidades medicinales no eran ignoradas.

Pero el alimento básico era la leche, con sus derivados clásicos. El pastor hebreo, ganadero de ganado menor, propietario de innumerables cabras y ovejas, bebe todo el día leche. Con frecuencia el nómada ofrece con más facilidad una escudilla de leche que un jarro de agua. El Génesis nos detalla las diferentes clases que se consumían en las tiendas: leche de oveja, de came-

lla¹⁷, de vaca, de burra... Se conservaba en odres de cuero; allí, el calor la transformaba en líquido agrio: bebida refrescante, que para el nómada era como una golosina. Para transformar la leche en manteca, se vertía en otro odre suspendido de una rama de árbol, o de tres estacas formando pabellón; allí se batía, obteniendo así un producto designado en hebreo con el nombre de *hém'ah*, que se traduce por «mantequilla», pero, que podría también designar requesón o crema.

Juntamente con la leche, el pan constituye la base de la alimentación de los patriarcas y de sus hombres. Es el alimento habitual, el que se considera como indispensable. Por eso hallaremos el pan en el lugar de honor en todos los ágapes mencionados en el Génesis. La fabricación de aquel alimento esencial se efectuaba mediante procedimientos muy sumarios. Por la mañana, de madrugada, las mujeres trituraban el grano. Se desleía en agua aquella harina poco refinada, se salaba la pasta, y se colocaba luego sobre piedras ya calientes dentro de un pequeño foso. También podían cocerse aquellos panes —de forma redonda, de volumen mediano— sobre brasas; en este caso, era preciso darles vuelta frecuentemente, con ayuda de un palo, para evitar que se quemaran aquellos panecillos tan pequeños.

Dicho producto de panadería, no tiene ni miga ni corteza. Caliente, es muy bueno. Duro, debía resultar insípido. Además, recordemos que en las regiones semi-desérticas recorridas por el clan hebreo, apenas se encuentran árboles; por lo cual, no hay otro remedio que servirse, a guisa de combustibles, de los excrementos de

17. Parece ser que en la época abrámica el camello todavía no era considerado como un animal impuro. Más tarde será clasificado como tal: entonces, la leche de camella, como bebida, estará prohibida entre los hebreos.

animales, que, aunque previamente se han dejado secar, con frecuencia comunican al pan un gusto muy poco agradable.

Se añadía levadura a la pasta, pero tan sólo cuando había tiempo de proceder a esta operación, o bien cuando se tenía intención de conservar parte de la hornada para el día siguiente. Pero, casi siempre los pastores se comían el pan sin fermentar (pan ácimo). Por regla general, se utilizaba harina de cebada, pues la de trigo sólo se reservaba para las grandes ocasiones.

Y llegamos así, como por turno, al capítulo de los postres. El Antiguo Testamento se muestra muy prolijo respecto a este tema; nos informa con precisión acerca de la pasta empleada, de la forma que se daba a las tortas y de las diferentes maneras de cocerlas. El ama de casa no ignora la importancia primordial de la primera materia: la flor de trigo es la más apreciada. Las galletas sin levadura se amasan con miel o aceite. Se cuecen, igual que el pan, sobre piedras previamente calentadas en un brasero, o también bajo el rescoldo de la ceniza. Debía resultar como una especie de hojaldre.

Pepinos, sandías, melones: el pueblo de Israel siempre tuvo —y lo conserva todavía en nuestros días— un gusto muy marcado por las cucurbitáceas acuosas, de sabrosa pulpa.

La fruta. Dispongámonos a ver servir a la reunión de familia, en cuclillas sobre la estera de cuero, higos y granadas, manzanas y uva, y también aceitunas —productos adquiridos o sustraídos de los cultivadores sedentarios. Naranjas no las hay: no fueron introducidas en Palestina hasta después de la conquista musulmana (siglo vii de nuestra era). En cuanto a los dátiles, no se mencionan en ninguna parte, ni en el Antiguo Testamento, ni en el Nuevo (salvo, tal vez, en 2 Sam 6, 19 y

en 1 Par 16, 3) aunque la palmera era un árbol del que el Próximo Oriente estaba muy poblado.

El vino ocupa un lugar de honor en la Biblia. ¡Los especialistas de las Escrituras han contado que estaba mencionado 141 veces! Lo canta el Salmista, lo alaba el Libro de los Justos, lo encomia Zacarías. Pero, ¡alerta con el anacronismo!: el vino es una bebida de sedentarios, de campesinos establecidos en una región. Bajo la tienda de los pastores se bebe leche o agua.

* * *

Antes de terminar esta breve incursión culinaria en la vida privada de Abram, examinemos la delicada cuestión de los animales «puros» e «impuros», tal como está definida por el Levítico. Aquella ley fue dictada, hay que recordarlo, mucho después de la época de Abram. Podía, por lo tanto, formular interdicciones que no conoció el patriarca. Ciertamente, el Levítico nos da una idea de conjunto de reglamentaciones rituales muy antiguas (Lev 3; A, B, y C), y es probable que Abram conociese sus principales artículos.

Diremos aquí, en resumen, que no están admitidos al altar (y por la misma razón, tampoco a la mesa familiar): la liebre, el cerdo, el perro, el gato, ni, más tarde, el camello. Entre los habitantes de las aguas, sólo son comestibles los que tienen escamas y aletas (es decir, el clásico pez). Las aves proscritas son sobre todo las carnívoras: águilas, cuervos, etc. Quedan igualmente eliminados todos los reptiles; y todos los insectos, a excepción de algunos saltamontes.

Hoy día, los etnólogos creen que aquellos «interdictos» —tanto en el pueblo hebreo, como en todos los demás pueblos de todas las latitudes— deben explicarse por

la noción del tabú. ¿Qué es el tabú? Un medio práctico de protegerse contra los peligros espirituales. Y, los primitivos (los de la época prehistórica, y también los de la época actual) consideran que ciertos animales están penetrados de una fuerza, ya divina, ya diabólica. Creen que comiendo un alimento, se asimilan al mismo tiempo los principios espirituales de la carne consumida. Considerado así, hay algunos animales que son juzgados peligrosos y por lo tanto no pueden comerlos los hombres de la tribu. Simple cuestión de prudencia.

* * *

Unas palabras sobre la cocina, es decir, sobre la manera cómo se verifican, bajo la tienda, las comidas de los pastores.

La orden es determinante: no se puede comer un animal sin que haya sido previamente desangrado. Pues la sangre es asimilada al «alma» del animal, lo cual significa que es la sede de la vida: Y la vida sólo pertenece a Dios. Por eso, la sangre del animal debe ser derramada por tierra u ofrecida a Dios.

Muerto el animal (generalmente por un hombre), era desollado, y llevado en seguida a las mujeres encargadas de su preparación.

Cuando tenía que ser asado, se fijaba a la bestia entera sobre un enorme asador, encima de un buen fuego de leña. Si se tenía que preparar carne de cocido, el matador descuartizaba la pieza empezando por el codillo derecho; y luego, entregaba los pedazos a las cocineras.

No quedaremos ciertamente muy sorprendidos de la simplicidad y del escaso número de los utensilios culinarios empleados en las tiendas. Vemos, atados a unas estacas, odres que contienen agua, leche, aceite, manteca

derretida. En el suelo, algunas vasijas de arcilla, modeladas de manera muy rudimentaria. Tinajas, también de barro, que las mujeres llevan, con un gesto lleno de distinción y de gracia, sobre el hombro, cuando van a buscar agua a la fuente. También puede verse algún cestillo de mimbre, para el pan y la fruta. Por otro lado, el nómada, muy opuesto a los refinamientos de la vida diaria, dejará el uso de los utensilios metálicos (cobre, estaño, bronce) a los habitantes de las ciudades cananeas y a los ricos cultivadores ansiosos de comodidad. Nuestros pastores están resueltos a no usar más que su vajilla de barro cocido.

Para conservar ciertos líquidos, se emplean cuernos —vaciados de antemano— de toro o de carnero, tal como hacemos con nuestras botellas modernas.

La carne se corta con un cuchillo de cobre o de bronce. Una forca, del mismo metal, fuerte y larga, sirve para extraer los pedazos del recipiente.

Cereales y legumbres se cuecen sazonados con sal (proviniente generalmente del mar Muerto), o con especias, dentro de un recipiente de agua. Para platos refinados, la comida se prepara con leche. También con aceite, o con manteca líquida. En tiempo normal, es decir, fuera de las épocas de hambre debida a la sequía, dichos alimentos nadan, literalmente, en una salsa grasa y abundante.

Antes de comer, todos los miembros de la familia se lavan las manos. Después de lo cual, los vemos sentados sobre la gran alfombra de cuero extendida en el suelo, en torno a los platos que van sirviéndoles. En una gran cazuela, carne y legumbres. En una especie de marmita, el cocido. Cada comensal recibe su porción de pan. Ceremoniosamente, el jefe de familia distribuye los pedazos. Ni cuchara, ni tenedor, ni cuchillo: se come con los

dedos. El pan sirve a la vez de plato (para la vianda) y de cucharón (para tomar la salsa del recipiente donde se halla; allí cada uno moja a su gusto).

ABRAM Y LOT SE SEPARAN

Después de aquel largo circuito y de las aventuras de Egipto, Abram vuelve a establecer su campamento en Betel. «Allí, dice la Biblia, Abram invocó el nombre de Yavé» (*Gén* 13, 4). Frase cargada de sentido.

«Abram invocó el nombre de Yavé». Esto significa que, durante su viaje al país del Faraón, Abram ha sabido guardar constantemente la fe en el Eterno; no se ha dejado contaminar por el terrible politeísmo egipcio; no ha adorado a los animales ni a los monstruos divinizados. Aquellos dioses del valle del Nilo, Abram debió verlos, en las puertas de los santuarios, o en las avenidas a ellos dedicadas; pudo contemplar sus monumentales esfinges, esculpidas en las entradas de los templos y en las fortalezas que se yerguen hasta la zona fronteriza del delta.

Por eso, de vuelta a Betel, conviene demostrar la estricta fidelidad que ha conservado al Eterno. En cuanto llega al antiguo campamento, «Abram invoca el nombre de Yavé». Podríamos traducirlo así: el misionero quiere manifestar que ha sido fiel a su misión; ha conservado celosamente el mensaje que se le confió. ¡No ha transigido con el politeísmo!

* * *

Por otra parte, nuestro pastor ha sabido sacar partido del asunto. Los rebaños del jefe beduino se han multiplicado, y sus tiendas (o sea, sus pastores, sus sirvien-

tes, sus esclavos) han aumentado extraordinariamente en número. Lo mismo le ha sucedido a su sobrino Lot, el cual, según el contexto bíblico, parece poseer, al menos de un tiempo acá, una aparcería propia. Pronto se presentan —era de esperar— las clásicas dificultades: insuficiencia de pastos para alimentar tan excesivo número de cabezas; y sobre todo, peleas entre los pastores en los pozos. Cuando es cuestión de esperar la tanda para acercarse a los abrevaderos colocados en torno al pozo, empiezan las disputas. La separación se impone.

Proceso normal. Cuando un clan resulta demasiado numeroso, se divide. Así van constituyéndose, poco a poco, las tribus; va formándose la federación de clanes procedentes (al menos en principio) de un origen común.

Como gran señor, Abram va a dejar a Lot la elección de las praderas. Desde aquel mirador natural de Betel, la vista abarca todo el país circundante. A lo lejos, el valle del Jordán; y, más cerca, las costas del mar Muerto, y las llanuras que lo bordean por el Sur; y, como cortina de fondo, la masa montañosa, toda negra, del Moab. Que sea Lot quien decida. «Que no haya contiendas entre los dos, ni entre mis pastores y los tuyos —le dice Abram—, pues somos hermanos... Sepárate de mí. Si tú a la izquierda, yo a la derecha. Si tú a la derecha, yo a la izquierda». ¡No podría pedirse mayor espíritu de conciliación!

Lot no se lo hace repetir dos veces: puesto que su tío le permite elegir, se guardará bien de optar por la peor parte; escogerá para sí los pastos del valle de Sidim, al Sur del mar Muerto, hacia las ciudades de Sodoma y Gomorra.

Realmente, es necesario que Lot, el sobrino, desaparezca, no, ciertamente, de los anales hebraicos, pero sí, al menos, del clan de Abram; éste queda así único jefe

de la familia, frente al Eterno. Está disponible. Ha llegado el momento en que, en aquella tierra de Betel —que por diversas razones religiosas, en el curso de la historia, el pueblo de Israel considerará como lugar eminentemente santo— ha llegado la hora, decimos, en que, por tercera vez, el Eterno va a manifestarse a Abram.

En Siquem, el Señor reveló su plan general con una gran nobleza de expresión, ciertamente, pero de una manera todavía poco explícita: «A tu descendencia daré yo esta tierra».

Se concibe que semejante don pueda o deba ser confirmado solemnemente. Será en el macizo pastoral de Betel, donde el Eterno hable con más precisión. Hemos notado —y era conveniente hacerlo para la comprensión de lo que va a seguir— que, desde su campamento, Abram podía divisar un panorama inmenso que abarcaba los valles, las praderas y las llanuras del Sur. El Señor va a revelar al patriarca que todo aquello constituye el futuro dominio de sus hijos.

«Alza tus ojos —le dice Yavé— y desde el lugar donde estás, mira al norte y al mediodía, al oriente y al occidente. Toda esa tierra que ves te la daré yo a ti y a tu descendencia para siempre. Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; si hay quien pueda contar el polvo de la tierra, ese será quien pueda contar tu descendencia.» (Gén 13, 14-16).

Pero, falta todavía el sello al pie del pergamino. Se estampillará en Hebrón, mediante la solemne ceremonia de la Alianza eterna, concedida por Dios a su pueblo.

A este efecto, la voz del Eterno recobra su acento de mando: «Anda y camina por esta tierra a lo largo y a lo ancho... Levantó, pues, Abram sus tiendas, y se fue a habitar al encinar de Mambré, cerca de Hebrón...» (Gén 13, 17-18).

Mambré: la alianza

Ur: punto de partida del pequeño clan hebreo, de aquella «gente del otro lado del río», hacia la sublime y misteriosa aventura.

Jarán: escenario pastoril de la revelación del Eterno.

Siquem: la encina de Moreh, lugar de la Promesa.

Betel: paraje donde la Promesa es confirmada, explicada.

EN LA ENCINA DE MAMBRE

«Levantó Abram sus tiendas, y se fue a habitar al encinar de Mambré, cerca de Hebrón» (Gén 13, 18).

Betel, situada al Norte de la futura Jerusalén, se halla, realmente, demasiado cerca de las grandes rutas comerciales, y demasiado vecina, también, de aquellas ciudades cananeas en las que se perpetúan los cultos idólatras y sensuales. Para nuestros pastores nómadas, nada puede compararse a las vastas mesetas herbosas del desierto de Judá, donde la escasez de población permite un aislamiento casi completo.

Nuevo desplazamiento, nuevo campamento... Se instalará a unos treinta kilómetros al sur de las peñas donde se eleva ya la ciudad cananea, que ha de convertirse un día en la ciudad santa de Jerusalén. El paisaje parece, esta vez, muy bien elegido, puesto que Abram se establecerá en él por largo tiempo, y allí volverá para morir.

En cuanto a la encina de Mambré, hay que considerarla sin duda —al igual que la encina de Siquem—

como uno de aquellos numerosos árboles sagrados venerados por los idólatras, reputados como mansión de una divinidad, y que, en determinadas ocasiones, pronunciaba oráculos. Estaba plantada aquella encina a unos tres kilómetros al norte del pueblo de Hebrón, en el lugar llamado actualmente: Remêt el Khâlil, «la altura del Amigo».

LA CONTRA-OFFENSIVA DE ABRAM

Un beduino, agitado todavía por la emoción, corre a llevar al patriarca una dramática noticia. Cuatro reyes de Mesopotamia —de quienes la Biblia nos da los nombres y títulos¹⁸— han invadido el sur del país. Se han dirigido hacia Sodoma y Gomorra, y los «reyes» de dichas ciudades han entablado combate contra ellos, pero los jefes cananeos han perdido la batalla. Después de una victoria completa sobre los habitantes de las costas del mar Muerto, los mesopotámicos han emprendido el camino de regreso, llevando consigo, según costumbre, prisioneros y botín. Y el salvado de la refriega notifica también al patriarca que Lot y su clan, precedentemente instalados, como sabemos, en Sodoma, forman parte de la columna de cautivos en camino hacia el Éufrates.

Sin tardanza, el jefe beduino arma a trescientos dieciocho de sus hombres —«nacidos en su casa», precisa

18. Amrafel, rey de Senaar (Sinear); Arioc, rey de Elasar; Cadorlaomor, rey de Elam; Tadal, rey de Goyim. Los historiadores modernos, no han podido hallar —al menos hasta el presente— ninguno de estos nombres en las listas reales de Mesopotamia; pero pertenecen a la onomástica mesopotámica o elamítica de aquella época antigua. Esos «reyes de Mesopotamia» nos hacen el efecto... de reyezuelos (patesi), o bien, simplemente, de jefes beduinos.

el Libro— y, con ayuda de sus «aliados», se lanza a la persecución de los raptos. En los alrededores de Dan, al norte del país de Canán, junto a las fuentes del Jordán, cae de improviso sobre la retaguardia de los vencedores, los cuales, ebrios de su triunfo, no han pensado siquiera en la posibilidad de un retorno ofensivo. Abram consigue libertar a Lot y conducirlo hacia el Sur «con sus bienes, sus mujeres y su pueblo». Digámoslo en una palabra: con su clan.

Los exegetas bíblicos han de reconocer que este capítulo no pertenece ni al ciclo yavista, ni al ciclo elohista. Relato más bien guerrero, pero que no ha de sorprender en una historia de nómadas.

EL MISTERIOSO ENCUENTRO DE ABRAM Y MELQUISEDEC

«Melquisedec, rey de Salem, sacando pan y vino, como era sacerdote del Dios Altísimo, bendijo a Abram, diciendo: Bendito Abram del Dios Altísimo, el dueño de cielos y tierra. Y bendito el Dios Altísimo, que ha puesto a tus enemigos en tus manos. Y le dio Abram el diezmo de todo». (*Gén* 14, 18-20).

Penetramos ahora en un capítulo impregnado de misterio. Abram vuelve entonces a la región septentrional de Palestina, después de haber libertado a Lot y «derrotado» a los «cuatro reyes de Mesopotamia». Para llegar a su campamento de Hebrón, atraviesa el «valle de Shawé, que es el valle de los Reyes». El historiador judío, Josefo, sitúa este lugar geográfico a menos de 400 metros de las peñas de Jerusalén.

Y sucede que, de repente, en el camino de vuelta que sigue el patriarca, aparece —sin que nada nos haya preparado a este encuentro— un extraño personaje: Melquisedec, rey de Jerusalén.

Según la opinión de los exegetas, estos versículos del Génesis no se insertaron hasta más tarde en el presente capítulo, que es de por sí un documento particular muy antiguo. He aquí el sentido literal:

Melquisedec, rey de Salem (muy probablemente, Jerusalén), va a felicitar a Abram por su reciente victoria. Melquisedec, gracias a la operación guerrera de Abram, se ve libre de una angustia cierta, y, además, se ha dado cuenta de que éste representa una fuerza considerable. Su gesto, al acercarse al patriarca vencedor, tiene como finalidad trabar amistad con él. A este efecto, lo regala con un abastecimiento selecto —pan y vino— para sus hombres extenuados por los combates de las jornadas precedentes. Abram no quiere ser menos, y ofrece a aquel generoso personaje una parte del botín obtenido. Recíprocas felicitaciones al «Dios Altísimo» (*El elyôn*): este calificativo es atribuido por Melquisedec a su dios, Shalém, considerado como el gran dios de la región. Y Abram, que sólo reconoce al único y verdadero Dios, no cree oportuno entablar una controversia teológica; acepta las bendiciones de Melquisedec, pero atribuyéndolas a Yavé. Después de aquella refección, Melquisedec desaparece de los anales de Israel tan bruscamente como ha entrado en ellos.

Esto es todo —según el sentido literal.

Pero, el caso es que asistimos, en esta circunstancia, al primer contacto de Israel (en la persona de su padre Abram) con Jerusalén. Y eso nos explica por qué el autor sagrado ha conservado con tanto celo este antiguo recuerdo.

Aquí comienza todo el simbolismo de este episodio que hallaremos repetidas veces, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. De tal manera que David, después de la toma de Jerusalén, llegará a ser, por este he-

cho, representante, es decir, sacerdote, del verdadero Dios, reconocido como el único «Altísimo», sacerdote según el orden de Melquisedec, porque es rey de Jerusalén.

Posteriormente, Melquisedec ha sido considerado por los teólogos como la propia figura del Mesías: esto según los textos del Génesis y de los Salmos, cuya redacción se remonta a cerca de un milenio antes de nuestra era.

Después de aquel intermedio bélico, Abram vuelve a su campamento del encinar de Mambré.

LAS TRES APARICIONES DEL ETERNO EN LA ENCINA DE MAMBRE

En el elevado encinar de Mambré, Yavé va a manifestarse por tres veces. Cada vez confiará un mensaje, cuya resonancia será considerable en la historia de los hijos de Israel.

Primera aparición: alianza entre Dios y su pueblo. A Abram le nacerá un hijo. Donación del país de Canán a la posteridad del jefe hebreo.

Segunda aparición: Confirmación de la alianza perpetua. Institución de la circuncisión. Anuncio del nacimiento del hijo de Abram y Sarai; según la voluntad expresada por el Señor, recibirá el nombre de Isaac.

Tercera aparición: llegada de tres misteriosos personajes al campamento de Abram. Yavé es el jefe de aquel pequeño grupo. Confirmación del nacimiento de Isaac al cabo de un año. Abram aboga para desviar el castigo que se cierne sobre Sodoma y las ciudades malditas.

Por lo tanto, tres manifestaciones divinas, separadas entre sí por algunos acontecimientos sociales, cuya importancia es digna de consideración.

PRIMERA APARICION DEL ETERNO BAJO LA ENCINA DE MAMBRE: LA ALIANZA (Gén 15).

Según la Biblia, una «visión» de Abram. Pero, de hecho, una verdadera entrevista.

Dos puntos van a quedar establecidos: la promesa de un hijo; y la promesa reiterada de la tierra de Canán. Y, como conclusión, un extraño sacrificio, de carácter arcaico, destinado a sellar la Alianza.

Ante los anuncios, siempre muy generales, y en realidad bastante imprecisos, del Eterno, Abram va a demostrar por primera vez, si no incredulidad al menos cierta inquietud racionalista. Pues Dios le habla siempre de su posteridad, y sabe que Sarai, su esposa, es estéril. ¿En quién recaerá la sucesión? Tal vez uno de los esclavos del jefe hebreo —probablemente Eliezer— será su heredero. ¿Cómo puede Abram, en estas condiciones, contar con una «recompensa», cuando sabe la importancia social que da el Oriente a la continuidad de la estirpe directa?

El Eterno responde rectificando: no, el heredero del patriarca no será el esclavo en cuestión, sino un hijo nacido de la sangre de Abram... Asentado esto, Dios conduce al beduino fuera de su tienda: «Levanta los ojos al cielo, le dice, y cuenta las estrellas, si es que puedes contarlas... ¡Así será tu posteridad!» Y, no obstante, miradas las cosas humanamente, la realización de esta promesa parece imposible. La verdadera fe.

* * *

El Elohíim acaba de predecir al anciano, al muy anciano patriarca, el nacimiento de un hijo. Y ahora va

a otorgarle, como propiedad personal, para sus descendientes, el país de Canán. Pero, ¿cómo puede concebir Abram, que aquella región, en la que se elevan acá y allá imponentes ciudadelas fortificadas y defendidas por fuertes guarniciones, llegue a caer en sus manos?, ¿cómo ha de creer el nómada hebreo, que su clan pueda ampararse de aquellas prósperas alquerías, de aquellas ciudades defendidas por una aristocracia militar hábilmente organizada? Esto sobrepasa el entendimiento...

Teniendo en cuenta todo esto, debemos admitir aquella reacción tan comprensible del cheik beduino. Las promesas, sí, es verdad... ¡Pero una prueba, sería tan bien recibida! El Eterno va a dársela —metafísicamente hablando— mediante la ceremonia ritual de la Alianza.

Aquella Alianza que el Eterno otorga, magnánimamente, y de una manera unilateral, al Pueblo elegido, ha de ser promulgada solemnemente, y durante el curso de un suntuoso sacrificio.

A este efecto, Yavé da sus órdenes: «Elígeme una vaca de tres años, una cabra de tres años también, y un carnero igualmente de tres años, y una tórtola y un palomino.» Abram toma los animales, los parte por en medio, y coloca las dos mitades una frente a otra, pero separadas por una especie de camino por el que se puede pasar. Es este un antiguo rito sumero-acadio: los contractantes avanzan juntos por entre las carnes partidas, aceptando de antemano la suerte de aquellas víctimas si un día violaran el compromiso adquirido por ambas partes.

Y entonces Abram se sumerge en un profundo sueño. Yavé se le aparece, y le anuncia que sus descendientes se trasladarán a un país extranjero (futura emigración del clan de Jacob a Egipto); allí sufrirán una opresión que

durará cuatro siglos; la cuarta generación volverá al país de Canán.

El sol se ha puesto, llega la noche. Para sellar el pacto al estilo de Mesopotamia, Yavé se dispone a pasar por entre las víctimas cuyos cuerpos han sido divididos en dos, como se ha explicado antes. Pero en esta circunstancia, Yavé pasa solo, pues el pacto es unilateral. Dios no puede tratar de igual a igual con el Hombre: él «da», por propia voluntad, sin que la criatura tenga el menor derecho a reclamar. Es él quien establece, quien ordena. Él se compromete consigo mismo.

¿Cómo va a manifestarse el Eterno? Abram, en el sueño profundo en que ha quedado sumergido, ve «una hornilla humeando y un fuego llameante» que pasa entre las mitades de las víctimas. Y así establece Yavé su Alianza, definiéndola como sigue:

«A tu descendencia doy esta tierra, desde el Río de Egipto hasta el Gran Río, el Éufrates».¹⁹

Después de esto, bajo las tiendas del aduar, la vida continuará con sus trabajos y sus preocupaciones cotidianas. Pero en la tienda del cheik junto a Hebrón, ya podemos adivinar hacia dónde se dirigirán en adelante las meditaciones del beduino Abram.

DISPUTAS DE MUJERES (*Gén 16*).

Entre la grandiosa aparición que acabamos de evocar

19. La frontera meridional de la futura Palestina, está muy correctamente indicada: El Torrente de Egipto (el afluente el-Gazze, al sur de Gaza). Pero en lo que concierne a la limitación septentrional, es posible que el estilete del escriba se dejase llevar de su énfasis: nunca las fronteras de la Tierra prometida llegaron al Éufrates; se detuvieron, modestamente, en la región de las fuentes del Jordán.

con la ceremonia de la Alianza, y la segunda aparición. a la que seguirá en breve una tercera también en la encina de Mambré, tiene lugar un incidente provocado por el comportamiento de dos mujeres de la familia abrámica: la esposa (Sarai) y la concubina (Agar).

Sarai, la mujer de Abram, es, como hemos dicho, estéril sin esperanza. Y, en el Próximo Oriente, es una vergüenza para una mujer no ser capaz de asegurar la continuidad del linaje. Afortunadamente, la ley sumeria le ofrece un medio legal de tener un hijo propio: le permite elegir de entre sus esclavas, una, que puede prestar, como concubina, a su marido. Si la esclava en cuestión procrea, dará a luz «sobre las rodillas de la esposa»; y el recién nacido será entonces considerado, según el derecho mesopotámico, no como hijo de la concubina, sino como hijo de la mujer legítima. En suma, una sutil modalidad de la adopción, en la que los derechos del padre quedan salvaguardados.

Pero pronto aparece la discordia dentro del recinto familiar de Abram. Agar, la esclava egipcia que Sarai ha dado como concubina al patriarca, está encinta; y no tarda en mostrarse muy desagradable con su señora, la cual, a su vez, no debía estar dotada de un carácter muy paciente. En una palabra: entre las dos mujeres se entabla ya la guerra. Sarai va a contárselo a Abram, quejándose amargamente de ser tratada con desprecio por aquella insignificante esclava. Hay que tener en cuenta que la ley sumeria permitía a la esposa legítima proceder según su voluntad con la concubina, mientras esta no hubiera parido. Consultado Abram, responde en consecuencia: «Haz con ella como bien te parezca». No hay cobardía por parte del marido; su comportamiento es conforme a las prescripciones del código mesopotámico. Entonces Sarai se goza en el desquite. «De tal manera

maltrató a Agar, nos revela el texto bíblico, que ésta huyó»...

Agar huye en dirección a su país natal, Egipto. Pero, para alcanzar las riberas del Nilo, tiene que atravesar los desiertos del Negueb y del Paran. Loca tentativa para una mujer sola. Tiene la muerte segura. Cerca de la fuente de Shour, a poca distancia de la frontera, el Eterno se le aparece. Diálogo conmovedor, por su grandeza, por su dramática simplicidad.

«Agar, esclava de Sarai, ¿de dónde vienes y a dónde vas? —Voy huyendo de Sarai, mi señora. —Vuelve a tu señora, y humíllate bajo su mano». Sigue una serie de promesas relativas a la descendencia de Agar, cuyo hijo, Ismael, será el progenitor de la «raza» árabe. «Agar, yo multiplicaré tu descendencia de tal manera que no podrá contarse».

Y Yavé recita esta estrofa profética que describe ya todo el salvajismo del árabe del desierto:

«Has concebido y parirás un hijo, y lo llamarás Ismael. Porque ha escuchado Yavé tu aflicción. Será un onagro²⁰ de hombre; su mano contra todos, y las manos de todos contra él²¹. Y habitará frente²² a todos sus hermanos» (*Gén* 16, 11-12).

20. El onagro: guardémonos de traducir «el asno salvaje». Zoológicamente hablando, el onagro es el hemiono (semi-asno), especie de jumento, que por sus caracteres morfológicos tiene algo del caballo y algo del asno.

21. Exactamente como el onagro, animal indomable, casi imposible de domesticar, Ismael —hijo de Abram y de la esclava egipcia Agar— será un ser belicoso, medio salvaje, o al menos muy poco sociable. Sus descendientes, los grandes nómadas del desierto, ganaderos de camellos, seguirán sus huellas.

22. «Al frente de todos sus hermanos». Aquí resalta, de una manera psicológica, la reivindicación del árabe nómada, rencoroso, xenófobo, enemigo declarado de todo cuanto no es «él».

Entonces Agar dio a Yavé y al pozo de Shour unos nombres cuyo sentido nos es difícil apreciar. Según los Dominicos de Jerusalén, el texto está aquí alterado: y la localización del pozo (junto a Berad, lugar no identificado) parece muy incierta.

Regresó, pues, Agar al campamento. La historia no nos dice cómo fue acogida por su señora Sarai. El hijo que después vino al mundo recibió, según la orden divina, el nombre de Ismael.

SEGUNDA APARICION DEL ETERNO BAJO LA ENCINA DE MAMBRE

La alianza había sido proclamada en Hebrón, bajo la encina de Mambré. Poco después será confirmada bajo aquel mismo árbol sagrado. ¿Por qué esas repeticiones? ¿Hay que considerarlas como «duplicados» procedentes de ciclos diversos —yavista o sacerdotal? De ningún modo.

No olvidemos que el Señor tiene ante sí a un beduino, hace poco idólatra, politeísta, al parecer sin gran vocación metafísica, y de un valor moral bastante mediano. No esperemos que, bajo una sola orden recibida de manera misteriosa, aquel pastor transforme instantáneamente y por completo sus conceptos religiosos, tan profundamente anclados en su interior por un atavismo semítico de varios milenios. Aunque al primer llamamiento Abram respondiese con fe, no por eso aquellas «confirmaciones» sucesivas han de ser consideradas como inútiles repeticiones.

* * *

LOS CUATRO PUNTOS PRECISADOS POR EL
ETERNO EN SU SEGUNDA APARICION BAJO
LA ENCINA DE MAMBRE (Gén 18).

Primer punto

Yavé recuerda los términos del contrato que, por su propia voluntad, él mismo ha establecido.

De Abram saldrán dos pueblos; y también, dos reyes.

A los descendientes de Abram les será otorgado el país donde reside, en aquel momento, el patriarca: a saber, el país de Canán. Posesión asegurada a perpetuidad.

* * *

Segundo punto

El Señor cambia el nombre del patriarca y el de su esposa. «Ya no te llamarás Abram sino Abraham... Sarai, tu mujer, no se llamará ya Sarai, sino Sara.» Los hebraizantes, que han examinado la cuestión como lingüistas, son muy explícitos sobre este punto. Abram y Abraham se traducen de manera idéntica: «Es grande por su padre», o sea: «Es de noble linaje». Y lo mismo puede decirse respecto a Sarai. Sarai y Sara constituyen dos variantes apenas diferenciadas. Traducción: «Princesa». Siendo así, ¿por qué esta doble modificación que, en realidad no lo es?

Conviene observar que, en el Próximo Oriente, sobre todo en los tiempos antiguos, el nombre de un personaje no es, como en nuestro Occidente, una simple etiqueta social destinada a establecer una distinción entre los diversos miembros de una familia. Posee en sí mismo una

fuerza, que comunica al individuo que lo recibe cualidades físicas y morales muy especiales. Por eso, en una circunstancia determinante de su vida, puede un hombre adoptar otro nombre, ya sea por propia elección, y ya sea porque un poder sobrenatural se lo imponga. Cambio que marca e indica su nueva vocación. Por ejemplo, cambia de nombre un laico o un sacerdote a su entrada en ciertas órdenes religiosas. Podríamos alegar igualmente la elección que hace el Papa de un nuevo prenombre, cuando es elevado al supremo pontificado.

Así pues, para el semita, el nombre expresa alguna cosa de su naturaleza íntima. En consecuencia, conocer el nombre de un individuo es conocer lo más profundo de su naturaleza. Es poder ejercer sobre él cierta influencia. Por lo tanto, *dar* un nombre, es, ante todo, manifestar el conocimiento que se posee de la naturaleza de un hombre, de un animal o de una cosa (ejemplo: Adán *da* a cada animal su nombre); y es, al mismo tiempo, tomar, en cierta manera, posesión de aquel ser o de aquella cosa, ejercer, sobre él o ella, un dominio.

El cambio de nombre operado aquí por Yavé significa, pues, que Dios conoce muy bien a Abram y a Sarai (cosa evidente); pero, mucho más significa que toma posesión de ellos, que en adelante aquella pareja le pertenece de una manera especialísima: son los efectos propios de la Alianza.

* * *

Tercer punto: la circuncisión

«Esto es lo que has de observar tú y tu descendencia después de ti. Circuncidad todo varón. Circuncidaréis la carne de vuestro prepucio, y esa será la señal del pacto

entre mí y vosotros... Y llevaréis en vuestra carne (marcada) la señal de mi pacto por siempre...» (Gén 17, 10-13).

La circuncisión: es una cuestión muy compleja. Para comprenderla, hay que trasladarse al medio ambiente antiguo del Próximo Oriente.

Probablemente originaria del África negra, la circuncisión parece que fue muy pronto adoptada por los pueblos nubios del Alto Nilo, y más tarde por los egipcios; y esto, desde una época muy lejana. Nos dan prueba de ello ciertas pinturas hipogeas que datan de las primeras dinastías (2.400 antes de nuestra era); y también las momias de aquella misma época.

Durante mucho tiempo los historiadores creyeron que, en Egipto, la circuncisión estaba reservada a los soldados, a los sacerdotes y a los sabios. Creencia inexacta. Hoy podemos asegurar que aquella costumbre se extendía a todas las clases sociales.

Tenemos, pues, que el rito africano había penetrado primero por el curso del Nilo, y se había difundido después por algunas regiones del Próximo Oriente. Si los babilonios y los asirios lo ignoraban, la mayoría de los vecinos de Israel (canancos, fenicios, edomitas, amonitas, madianitas), lo practicaban de una manera corriente. La costumbre egipcia fue adoptada por una parte importante de los semitas, de aquellos nómadas de la región siro-arábica, y, por ellos, se extendió a numerosas regiones de Levante.

El procedimiento de la circuncisión lo hallamos también en varios círculos del Próximo Oriente que profesan creencias muy diferentes. Prueba de que el rito no procede de un dogma teológico. Según nuestra opinión, pertenece más bien al dominio de la magia sexual. Acto de iniciación, de carácter social.

En definitiva, en la época de Abram, sabemos que

la práctica de la circuncisión es muy antigua y de origen africano: la hallamos casi por doquier en el Próximo Oriente; procede más de conveniencias de las tribus que de rito religioso.

En estas condiciones, ¿cómo explicar que el Eterno eligiese como señal de la alianza con su pueblo, aquella «marca» tan poco original, ya adoptada desde siglos, o desde milenios, por tantas religiones idólatras de la región?

Es que en la Alianza decretada por el Eterno bajo la encina de Mambré, la circuncisión está destinada, en la historia religiosa de Israel, a ser figura de la iniciación espiritual y moral. La mutilación ritual no puede ser asimilada a la marca exterior con que se señala una oveja o una cabra. La circuncisión hebraica es más bien un signo, imprimido en la carne, y destinado a recordar constantemente al hombre que hay en él algo que debe abandonar, que debe rechazar: sus malas inclinaciones, la impureza de sus sentimientos, su corrupción espiritual. Moisés será el primer profeta que explique a los israelitas que es otra cosa y no sólo una parte de su cuerpo lo que han de circuncidar. «Circuncid vuestros corazones y no endurezcáis más vuestra cerviz» (Dt 10, 16). Y más tarde, hará este comentario: «El Señor tu Dios circuncidará tu corazón y el de tu descendencia, a fin de que ames al Señor tu Dios con todo tu corazón». Mediante la circuncisión espiritual, hay que eliminar todo lo que supone un obstáculo al amor divino y a la observancia de la Ley.

Debemos admitir que la mutilación ritual fue fielmente observada en tiempo de los patriarcas. Veremos, por numerosos ejemplos, que tendrá también lugar en la época nómada. Pero parece que, después del gran período pastoril, los hebreos, entonces instalados en Egipto,

primero a título de emigrantes voluntarios y después como esclavos, sujetos a los inhumanos trabajos de edificación, parece, decíamos, que los hijos de los patriarcas olvidaron insensiblemente aquella costumbre, la cual cayó en desuso. El mismo Moisés era, y permaneció, incircunciso. Pero, en cuanto el Pueblo elegido, libre finalmente del yugo faraónico, pudo efectuar su regreso masivo a Canán, Josué, sucesor de Moisés y guía de los hebreos, exigió la circuncisión de todos los varones, de cualquier edad que fuesen; y esto, en cuanto entraron en la Tierra Prometida. Desde aquel día, la costumbre ritual —verdadero recuerdo, en la carne del fiel de Yavé, de la ceremonia de la Alianza— no ha cesado de ser practicada, por los judíos ortodoxos, en los ambientes hebreos.

* * *

Cuarto punto

El Eterno le anuncia a Abraham el próximo nacimiento de un hijo, que será su heredero.

Sin aceptar las cifras que el escriba nos propone respecto a la edad de Abraham y de Sara, debemos admitir que el jefe beduino y su mujer eran de edad avanzada. Ancianos, sin la menor duda. Por eso se comprende la reacción —¡tan humana!— del cheik ante la inesperada predicción de Yavé: «Bendeciré a Sara, le dice el Eterno, y te daré de ella un hijo, a quien bendeciré, y engendrará pueblos, y saldrán de él reyes de pueblos». Abraham considera la imposibilidad material de semejante realización. Se prostra, con el rostro en tierra, para manifestar su deferencia. No obstante, ante aquella insólita profecía, sin poder evitarlo, «ríe» en su interior: porque

es viejo, demasiado viejo, para alimentar la esperanza de tener un hijo; y Sara igual; hace ya mucho tiempo que le pasó la edad de concebir.

¿Un hijo? Sin duda, el Eterno debe hacer alusión a Ismael, al hijo de la esclava egipcia Agar, al heredero del patriarca, ya que la ficción legal de Babilonia permite considerarlo como hijo propio de Sara. Y, sin embargo, el Señor habla... en futuro: «Te daré un hijo». A la oriental, Abraham intenta poner las cosas en claro, y responde insidiosamente al Eterno: «¡Ojalá que viva a tus ojos Ismael!»

Pero no, no se trata ahora de Ismael; éste, por el momento, no entra en juego. Ha sido bendecido. Engendrará doce hijos; será «padre de una gran nación». (Recordemos que los árabes lo consideran como el progenitor de su «raza»). Dejémosle seguir su destino...

Y el Eterno precisa, claramente esta vez, que el hijo que dará a Abraham y a Sara, será realmente un hijo según la carne. Su nombre, ordena Elohim, será: Isaac. Traducción: «Se ha reído» —alusión a la risa interior de Abraham, que tanto indicaba incredulidad (ante aquella promesa humanamente irrealizable) como alegría (ante la esperanza de una felicidad tan inmensa, tan inesperada).

Y Dios prosigue: «Estableceré mi Alianza con Isaac y con su descendencia después de él».

* * *

Así, bajo la encina de Mambré, en el mismo lugar donde había sido precedentemente establecida la Alianza entre Yavé y su fiel, quedan definitivamente concretados cuatro puntos:

Confirmación de la Alianza.

Cambio de nombres del patriarca y de su esposa.
Institución de la circuncisión en el clan hebreo.
Promesa del próximo nacimiento de Isaac.

BAJO LA ENCINA DE MAMBRE: TERCERA VISITA DEL ETERNO (Gén 18).

«Abraham, nos dice la Biblia, estaba sentado a la puerta de su tienda a la hora del calor». Y de pronto, alzando los ojos, ve venir a unos hombres hacia el campamento.

Tres desconocidos. Y Abraham todavía no ha penetrado el incógnito. El jefe de aquel grupo es Yavé en persona. Su autoridad y su poder se revelarán, como vamos a ver, en la menor de sus palabras. Pero aún no ha dicho nada... De momento, camina en dirección a la tienda del patriarca, seguido de sus dos servidores —«ángeles», como nos informa, un poco más adelante, el sagrado texto—, ángeles, es decir, espíritus que sirven a Dios.

A la vista de aquellos extranjeros que se dirigen hacia él, Abraham se levanta al instante y, sin saber todavía de quién se trata, corre a su encuentro, pues la ley de la estepa le impone imperiosos deberes respecto a los peregrinos que pasan por el lindero de su campamento de nómada.

Según costumbre milenaria de los pastores, el viajero que bordea el aduar, tiene derecho a la hospitalidad bajo la tienda del jefe. Siempre, un desconocido que pasa cerca de las tiendas, es instado a detenerse. Se le recibe con una solicitud revestida de cierta ostentación: al jefe beduino le gusta que el forastero admire la riqueza de sus rebaños, el lujo de su mobiliario, el número de sus esclavos... Y el extranjero, que con frecuencia viene de muy

lejos, también disfruta dando noticias políticas, y explicando anécdotas vividas. Luego, durante la velada, después de cenar, se le pide que evoque recuerdos y narre las amenas rondallas de su tribu. La hospitalidad, no sólo impone deberes, sino que proporciona a veces profundas satisfacciones...

Decíamos, pues, que Abraham se levantó. «Corrió», nos precisa el texto bíblico, al encuentro de los tres hombres. Conviene mostrarse diligente para con aquel que pronto va a ser vuestro huésped, aunque no se le conozca de nada. Al estilo oriental, con el énfasis adecuado a la circunstancia, el patriarca se prosterna, con el rostro en tierra. Y, dirigiéndose al jefe —cuya identidad todavía ignora—, formula esta petición, poetizada por aquella hipérbole verbal, tan cara a los semitas: «Señor mío: si he hallado gracia a tus ojos, te ruego que no pases de largo junto a tu siervo; haré traer un poco de agua para lavar vuestros pies y descansaréis debajo del árbol; traeré un bocado de pan y os confortaréis; después seguiréis, pues no en vano habéis llegado hasta vuestro siervo...»

Lenguaje florido, lenguaje del tiempo. Juzgarlo exageradamente obsequioso, sería cometer un caracterizado anacronismo. Ante todo, importa lavar los pies al viajero, extenuado por una larga caminata. E, inmediatamente después de esta ceremonia obligatoria, invitarlo a comer; cuidando, naturalmente, de ofrecer, como muestra de humildad, un menú bien sencillo: pan... (aunque *léhem* significa a la vez pan y algún otro alimento).

«Haz como has dicho», responde el desconocido a quien se han dirigido esas palabras.

* * *

Preparación de una comida improvisada —de una suntuosa comida. El patriarca empuja a Sara: ¡corre! tres medidas de harina, tres pozales (unos 36 kilos: ¡decididamente, se trata de un verdadero festín!). Y nada de cebada ni de harina ordinaria, sino trigo puro. «Amasa, y cuece al rescoldo unos panes». Después, «él corre» al redil, elige un ternero «tierno y cebado», lo lleva a la tienda y da orden a un siervo de que lo mate y prepare.

Abraham se reservará el honor de servir por sí mismo a los extranjeros, a los que ha acomodado ya a dos pasos de la tienda, a la sombra de la encina. Les presenta la vianda aderezada, al mismo tiempo que leche y requesón. Y, mientras los tres hombres, sentados en el suelo, meten el pan en el plato, Abraham se está ceremoniosamente en pie delante de ellos. Los tres viajeros comen en silencio. De pronto, el jefe de los desconocidos interroga: «¿Dónde está Sara, tu mujer?» Pregunta verdaderamente sorprendente en labios de uno que no pertenece al clan. Debe ser alguien bien informado acerca de la familia del patriarca... «En la tienda está», responde Abraham. Las mujeres se hallan confinadas, mediante tabiques de piel de cabra, en la parte trasera de la tienda. Pero gracias a algunos intersticios hábilmente disimulados, tienen costumbre de no perder nada de lo que pasa entre los hombres. Sobre todo en días de recepción.

El huésped continúa, dirigiéndose a Abraham: «El año próximo, por este tiempo, volveré sin falta. Y ya tendrá un hijo Sara, tu mujer.» Desde su escondite, Sara sigue con curiosidad aquella extraña conversación: «¿Yo, se dice, voy a tener un hijo ahora que soy tan vieja, y siendo también viejo mi señor? Y Sara rió en su interior.»

El Jefe del grupo (es Yavé, lo sabemos, y Abraham ahora ha adivinado la personalidad de su huésped) está de espaldas a la tienda. Pero no tiene necesidad de ver con los ojos para saber lo que pasa detrás de él. Continúa dirigiéndose a Abraham, y le pregunta: «¿Por qué se ha reído Sara, diciéndose: de veras voy a parir, siendo tan vieja?» Al oír estas palabras, a Sara, que continúa tras la pared de piel, le entra temor. Ese hombre que no la ha visto nunca y que conoce su nombre, ese hombre que no ignora que ella está allí escuchando de una manera tan indiscreta la conversación, ese hombre que acaba de penetrar su pensamiento y que ha oído su risa silenciosa, ¿quién será, sino un ser sobrenatural? Es fácil de concebir la turbación de la beduina. Intentará salir del paso con una mentira. Interviniendo entonces en el diálogo, a través de la cortina, lanza con descaro este mentís: «Si no me he reído.» Pero Yavé repite: «Sí, te has reído.»

Ya Abraham había reído cuando, en la segunda aparición del Eterno, bajo la encina de Mambré, le fue anunciado el próximo nacimiento de un hijo. Ahora le ha tocado el turno a Sara; también una risa de incredulidad, o al menos de sorpresa. Sabemos ya que el Eterno impuso un nombre al niño que había de nacer: Isaac —es decir: que Dios sonría, que Dios le sea favorable. Continuamos bajo el signo de la risa.

Por fin Abraham acaba de reconocer a El Elohim bajo la forma humana con que éste ha querido revestirse en la presente circunstancia. Con la fe que le caracteriza, el patriarca admite la confirmación de la profecía: «El año próximo, por este tiempo, volveré sin falta. Y ya tendrá un hijo Sara, tu mujer.»

EL RELATO BIBLICO DE LA DESTRUCCION DE SODOMA Y GOMORRA

Terminada la refección, los tres personajes, acompañados de Abraham, emprenden el camino que conduce a Sodoma y Gomorra, dos ciudades muy cercanas, situadas en el valle de Siddim, y que, por sus disolutas costumbres, son consideradas como símbolo de la depravación. Mientras caminan, Yavé conversa con Abraham como un amigo (*¡el Khâlil!*)... El Eterno hace una confidencia al patriarca: se propone destruir aquellas ciudades y todo el territorio cananeo, donde tienen lugar tan terribles abominaciones. Con marcada deferencia, y también con sostenida insistencia, el pastor hebreo intercede por los culpables; intenta demostrar al Eterno que, destruyendo sistemáticamente aquellas aglomeraciones humanas, el Señor podría castigar a los justos que residen en las ciudades condenadas a desaparecer; hace resaltar que los hombres que no han participado del pecado no merecen la pena de muerte. Sigue un regateo de misericordia, de carácter muy oriental, y en el que se revela, en el alma humana, la luminosa noción del amor al prójimo. Por el mismo conducto se nos descubre la eficaz misión de los santos en la salvaguardia del mundo. Dejamos que el lector guste por sí mismo esas páginas de la Biblia, demasiado largas para ser reproducidas textualmente aquí, y demasiado bellas para ser resumidas (*Gén* 18, 16-33).

Yavé se separa después de Abraham, y éste regresa a su campamento, a Hebrón. Entre tanto, los dos «ángeles» del Eterno, han proseguido su camino. Entran en Sodoma, donde, como sabemos, está instalado Lot, sobrino de Abraham, desde la separación de los rebaños; y los servidores del Señor reciben la hospitalidad del

joven jefe hebreo. Y, he aquí que, durante la noche, unos sediciosos asaltan la casa de Lot, exigiendo, a grandes gritos, que se les entreguen los dos recién llegados: «¿Dónde están los hombres que han venido a tu casa esta noche? ¡Sácanoslos, para que los conozcamos!» (*Gén* 19, 5). Lot intenta parlamentar, pero la refriega amenaza. Por un hecho milagroso, aquella turba de depravados quedó de súbito herida de ceguera, lo cual permitió a los sitiados abandonar rápidamente la casa. Después de lo cual, los ángeles previnieron a Lot del inminente castigo que iba a caer sobre la ciudad. «Vamos a destruir este lugar, le dijeron al hebreo, pues es grande su clamor en la presencia de Yavé, y éste nos ha mandado para destruirla», ya que Yavé no ha podido hallar los diez «justos» que hubieran permitido a Abraham obtener un perdón general. En cuanto despunta la aurora, los siervos de Yavé insisten de nuevo para que Lot apresure su partida: «Levántate, coge a tu mujer y a las dos hijas que tienes, no sea que perezcas tú también por las iniquidades de la ciudad». Lot todavía se entretiene. Entonces los ángeles, cogiéndolo de la mano a él y a los suyos, los llevan a todos fuera de la ciudad. «Salva tu vida», le dicen. «No mires atrás, no te detengas en parte alguna del contorno, sálvate en el monte.» Pero el monte está todavía lejos... Lot pide que le dejen refugiar en una pequeña ciudad más cercana. Concedido: y aquella ciudad, en principio también condenada, quedará a salvo a causa de Lot; éste podrá así hallar refugio en ella.

Comenzaba a salir el sol, cuando Yavé «hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego; destruyó aquellas ciudades y todo el contorno, con todos sus habitantes y hasta las plantas de la tierra. En aquel momento, Lot entraba en Segor: se había salvado de la catástrofe.

Uno de aquellos celestes personajes, había recomen-

EL MAR MUERTO

Algunas cifras curiosas.

Dimensiones del Mar Muerto: De norte a sur: 75 kilómetros. La mayor anchura es de 16 kilómetros. Superficie: 926 kilómetros cuadrados.

El nivel del Mar Muerto se sitúa, según las estaciones, entre 392 y 393 metros más bajo que el Mediterráneo.

Las fosas más profundas son de unos 400 metros aproximadamente.

El Mar Muerto es una de las extensiones acuáticas del globo más ricas en sal: 242,6 por 1.000. La densidad del agua varía según las profundidades: de 1.160 a 1.230. Ningún pez, ningún animal puede subsistir en aquella agua saturada de sal.

La aportación del Jordán (seis millones y medio de toneladas por día) y la aportación de los diferentes cursos de agua (seis millones y medio de toneladas, igualmente), se hallan compensadas por una intensa evaporación.

Los diversos nombres del Mar Muerto.

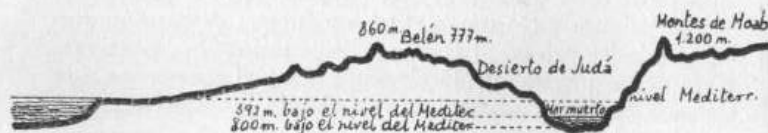
La Biblia lo llama generalmente: *yām hammélah* = mar de Sal, o mar Salada. A veces: mar de la Soledad; o bien: mar de la Plana. Por oposición al mar Mediterráneo, es también denominado: mar Oriental.

En los Talmudes, se encuentran los nombres de mar de Sal y mar de Sodoma. El historiador judío, Josefo (hacia el 37-100 d. J. C.) lo llama: lago Asfáltico (por el asfalto que encierra) y también: lago de Sodoma.

Fueron los griegos, y a imitación suya los latinos, quienes le atribuyeron el nombre de Mar Muerto.

En el siglo XIII de nuestra era, el geógrafo árabe Idresi, lo designa con el nombre de mar (o lago) de *Za'ra* (Zoer); añade, que lleva igualmente el nombre de lago de *Sādūm* (Sodoma) y de *Ghāmura* (Gomorra).

Por los árabes islámicos, nuestro Mar Muerto es conocido bajo el nombre de mar de Lot, pues Mahomet reprodujo en su *Corán* la dramática historia del sobrino de Abram, salvado milagrosamente de la catástrofe sísmica.



Corte del Mediterráneo hasta las montañas de Moab, a través del mar Muerto

dado a Lot y a los suyos que no se detuvieran en la huida, y les había prohibido mirar atrás. Pero la mujer de Lot, en aquella veloz carrera, transgredió la orden: se paró, y cayó en la tentación de volver la cabeza para lanzar una mirada a la ciudad en llamas. Al instante quedó transformada en una estatua de sal.

Toda esta narración, ilustrada con tan dramáticos detalles, debía encantar al auditorio hebreo cuando un buen relator, fiel a una tradición oral inmutable, contaba las peripecias de aquella historia «moral»: destrucción de las ciudades perversas; desaparición, bajo una lluvia de fuego, de todo aquel valle maldito de Siddim hasta la parte meridional del mar Muerto.

LOS GEOLOGOS TIENEN LA PALABRA

Los sondeos efectuados, han permitido poner de relieve el singular perfil de aquella hondonada que se llama «el mar Muerto». Según los trabajos llevados a cabo por los geógrafos del Próximo Oriente, el fondo del mar Muerto aparece dividido en dos partes muy netas: al lado de un terrible abismo de 76 kilómetros de longitud y que alcanza una profundidad de 400 metros, vemos extenderse, al sur, un estanque, de proporciones reducidas y de escasa profundidad, es decir, que no excede a 15 ó 20 metros. Pues bien, esta parte, apenas inmersa unos 15 ó 20 metros debajo de las aguas, corresponde exactamente a la región indicada por la Biblia: al valle de Siddim, al territorio de las ciudades malditas de Sodoma y Gomorra.

Por otro lado, en la parte meridional del mar Muerto, denominada por la antigüedad «mar de Sal», el observador, desde una barca, a poca distancia de la costa y

bajo cierta incidencia de los rayos solares, puede descubrir selvas sumergidas, recubiertas de un poso salino que permite la conservación de los troncos macizos de sus árboles y arbustos. Aquellos esqueletos vegetales parecen datar de una época muy remota. Allí tiene que haber tenido lugar un verdadero hundimiento. La vegetación que hoy supervive bajo el agua es testimonio de una región en otro tiempo forestal, y probablemente también agrícola. Pero esto no podía constituir más que una mera conjetura.

La prueba científica que se esperaba parece ser, en definitiva, la que presenta el geólogo americano Jack Finegan, que, en 1951, redactó una relación muy interesante al final de su investigación sobre los mencionados lugares: «Parece que fue hacia el 1900 a. J. C., cuando se produjo el cataclismo destructor de Sodoma y Gomorra. Un estudio de todos los testimonios literarios, geológicos y arqueológicos, permite sacar la conclusión de que «las ciudades de la llanura» (Gén 19, 25) estaban situadas en una región recubierta ahora por las aguas que invadieron lentamente la parte meridional del mar Muerto, y que su destrucción fue a causa de un gran terremoto, acompañado sin duda de explosión, de rayos, de desprendimiento del gas natural y de un incendio generalizado». Es, en efecto, muy normal que durante el desplome, las fallas dejaran paso a productos magmáticos.

Debemos añadir que aquella serie de hundimientos continuó más tarde. La ciudad de Segor (donde Lot se refugió en su precipitada huida de Sodoma) sufrió un nuevo y muy serio temblor de tierra en la época romana; desde entonces, una parte del caserío quedó abismada bajo las aguas del mar Muerto. La pequeña aldea, reedí-

ficada un poco más arriba, en la vertiente, estuvo habitada hasta la Edad Media.

Además, una breve incursión sobre el terreno, llega a convencer rápidamente al escéptico más tenaz de la realidad de una catástrofe sísmica: El fuego subterráneo tan próximo, las fuentes que manan calientes, los vapores de azufre que se exhalan en ciertas depresiones, los pozos de betún indicados por el Libro Sagrado, los cristales de sal que cubren el peñasco, los bloques salinos esparcidos por el paisaje, todo nos demuestra el carácter eminentemente volcánico de aquella región. Para completar el cuadro, tenemos la presencia de ese mar interior, llamado el lago Asfaltites, de agua viscosa, pegajosa, cargada de sal; un agua en la que el cuerpo humano no consigue hundirse; un agua, en la que no se hallan ni peces, ni crustáceos, ni algas... Un mar Muerto, un país muerto. Aquí, el drama geológico, siempre latente, aparece de una manera visible. La versión bíblica de la desaparición del valle de Siddim bajo las aguas del mar de Sal, desaparición acompañada de «derrumbamiento» de las ciudades (esta nota indica claramente los efectos de una sacudida telúrica), puede, por consiguiente, ser aceptada en un plano histórico, ya que está tan netamente autenticada por la geografía del terreno²³.

En cuanto a la anécdota de la mujer de Lot convertida en estatua de sal por su desobediente curiosidad, séanos permitido creer que se trata del recuerdo de un

23. Y he aquí, por otra parte, una confirmación científica, bajo la pluma de dos geólogos: H. Termier, profesor de la Facultad de Ciencias de París, y G. Termier, Maestro de Investigaciones del Centro Nacional de Investigaciones Científicas. «Es, pues, lógico pensar que la célebre catástrofe de Sodoma y Gomorra, localizada, puesto que dejó a salvo la pequeña población de Segor, representa una fase de subsistencia brusca del pasado tectónico, obligando entonces al valle de

drama que la imaginación popular hizo un poco novelesco. En efecto, al oeste del mar Muerto se extiende, a lo largo de unos 40 kilómetros en dirección al Negueb, una pequeña cordillera —el Djebel Usdum— casi exclusivamente constituida por cristales de sal, resplandecientes al sol como el diamante. Muchos de aquellos bloques salinos, contrahechos, esculpidos por el agua de la lluvia, han adquirido extravagantes formas; de lejos, algunos parecen —con un poco de buena voluntad— siluetas humanas.

LO QUE ABRAHAM PODIA CONOCER DEL PARAISO TERRENAL, DEL DILUVIO, DE LA TORRE DE BABEL, ETC.

Es cosa hoy día admitida que, aproximadamente hacia los siglos VI o V antes de nuestra era, redactores deseados de ordenar algunos capítulos de la Biblia, quisieron encabezar la obra poniendo, a manera de prólogo, e inmediatamente antes de la historia de Abraham, una especie de resumen de la «prehistoria» del pueblo de Israel. Evidentemente, parecía lógico y muy indicado presentar, antes del relato de la vida del patriarca, un sugestivo cuadro de la creación del universo y del hombre.

Las nociones (creación, paraíso terrenal, diluvio, torre de Babel, etc.) que forman en la actualidad parte integrante de nuestro patrimonio espiritual, artístico y literario, ¿bajo qué aspecto podía conocerlas exactamente Abraham?, ¿poseía una visión tan precisa como la que

Siddim a extender su parte sumergida hacia el sur. Se llamará en adelante *mar de Sal*. La mención del fuego se reconoce normal, ya que se asocia a los pozos de betún, generadores de los «fuegos perpetuos» de la «antigüedad» (*La trame géologique de l'histoire humaine*, Colección «Evolution des Sciences», pág. 17).

tenemos nosotros hoy? Un lector poco experto podría tal vez creerlo así, por el hecho de que los relatos en cuestión preceden inmediatamente a la historia de Abraham. Pero la Biblia es un libro que se descifra con precauciones más matizadas.

No ignoramos, ciertamente, las dificultades relativas a la historia literaria de los once primeros capítulos del Génesis. Sin entrar en el detalle de tan complejo estudio, que exigiría explicaciones muy particulares, tratemos de averiguar simplemente lo que el patriarca pudo conocer de los orígenes del mundo y de la creación del hombre. Dicha investigación, efectuada, claro está, con prudencia, nos parece absolutamente necesaria en una obra que quiere ser histórica.

El texto que leemos en la Biblia y que se refiere a la creación es un relato «yavista», que data, como hemos dicho, del siglo VI o del V anterior a nuestra era. El redactor de las primeras páginas del Génesis se sirvió, en la trama fundamental de su exposición, de ciertas tradiciones sumero-acadias, algunos elementos de las cuales debió conocerlos Abraham, y probablemente también los conocieron muchas de las generaciones posteriores. En verdad, será quizás en varios textos cuneiformes, y no en la narración bíblica, donde podremos discernir las creencias del pastor de Ur y de Jarán, relativas a la creación del universo y del primer hombre.

Esto no ha de sorprendernos. Pues conviene observar aquí que el relato de los orígenes, tal como nos lo presenta el Génesis, no puede aislarse, históricamente hablando, de las mitologías que circulaban, en aquella época, por el Medio Oriente. Era sobre todo lo cosmogonía babiló-

nica la que, en la época de Abraham, se había difundido, tanto por el valle de los Dos Ríos, como por el país de Canán. Por este hecho, podemos estar seguros de que el patriarca había oído con frecuencia recitar, bajo su tienda, un poema sumero-acadio, que los asiriólogos llaman el *Enuma Elish* (primeras palabras de la epopeya, que se traducen así: «Cuando en lo alto...»).

Aquella pieza, descubierta en 1875, nos ha llegado bajo la forma de siete tablillas de arcilla. La redacción que de ella poseemos data de una época ciertamente posterior a la de Abraham; es del tiempo de Hammourabi (siglo XVIII anterior a nuestra era). Pero, por otra parte, sabemos que la vieja leyenda tenía ya curso, desde el golfo Pérsico hasta las riberas del Jordán, hacía ya muchos siglos. Tal como nos ha llegado tiene por objeto contarnos las aventuras de Marduk, dios de Babilonia, y por lo tanto nos proporciona curiosos pormenores sobre los orígenes del mundo, al menos tal como se los representaban los sumero-acadios. Sabemos que aquel tradicional poema de *Enuma Elish* tuvo gran popularidad en toda la antigua Mesopotamia. La erudición moderna piensa que ejerció una influencia considerable en la actividad intelectual de los babilonios y de los asirios. Durante varias generaciones, los escribas lo transcribieron sobre tablas de arcilla húmeda. Se leyó, se recitó, se comentó y se explicó ante numerosa asistencia de fieles. En las escuelas de Akkad, se daban ciertos pasajes como temas de amplificación. Además, se usó mucho en la literatura (que, por definición, es siempre de carácter religioso). En algunas fiestas, especialmente en las de Año Nuevo, se recitaba solemnemente ese poema que lleva en sí, a causa del relato de la creación, toda una filosofía.

Examinemos rápidamente este texto, de una importancia tan considerable para nuestro sujeto, ya que Abra-

ham escuchó religiosamente, podemos decir, y a saciedad, podemos creer, ese canto, a la vez épico y religioso²⁴.

Sigamos el proceso literario de la leyenda, y al final del relato lo aclararemos mediante algunas aportaciones caldeas y egipcias.

CAOS: En los orígenes, existe la materia eterna. Aparece bajo una forma caótica, en la que las aguas superiores (*Apsou*) y las aguas inferiores (la diosa *Tiamat*) se confunden. Este caos *Apsou-Tiamat* parece haber sido eterno.

NACIMIENTO DE LOS JÓVENES DIOSES: La pareja *Apsou-Tiamat* engendra otras divinidades. En este nuevo equipo de jóvenes, se distingue particularmente Marduk, dios dinámico y realista, que se muestra opuesto al «statu quo» del caos, de carácter negador. Y así sucede que las nuevas generaciones empiezan a turbar el reposo de *Tiamat*; pronto se constituye una verdadera coalición que delega a Marduk para imponer un nuevo orden.

EL COMBATE: El parricidio es necesario. Marduk está resuelto a matar a la vieja *Tiamat*, lo que le permitirá establecer una nueva organización. Pero *Tiamat*, decidida a defenderse, da a luz once terribles monstruos. Marduk, lleno de valor, no vacila en afrontar el combate. Prepara una enorme red, y procede a la creación de verdaderos huracanes, destinados a infundir pánico a *Tiamat* (masa líquida primitiva).

Así empieza el combate. / Marduk extiende su red /

24. Nos referimos, en todo lo que concierne a este capítulo, al curso de Sagrada Escritura del padre Tamisier, P.S.S. profesor del Instituto Católico de París.

y en ella envuelve a Tiamat. / Ante su rostro, suelta los vientos malignos. / Tiamat abre la boca tanto como puede: Marduk hace penetrar en ella los vientos malignos, / de tal manera, que ella no puede volver a cerrar los labios. / Su corazón zozobra, / abre la boca más y más. / Marduk, con una flecha, le perfora el vientre; / corta sus miembros, le arranca el corazón, / la reduce a la impotencia y destruye su vida.

CREACIÓN DEL CIELO Y DE LA TIERRA: Marduk, héroe vencedor, va a despedazar el cadáver de Tiamat para hacer, según la expresión misma del texto cuneiforme, «obra artística». Divide el cuerpo en dos partes, «como un pez». De una parte de Tiamat, constituye el cielo; de la otra, forma la tierra, que cuida de separar de las «aguas inferiores».

CREACIÓN DE LOS ASTROS: Después, el héroe vencedor se ocupa de organizar la estancia de los dioses —de los nuevos dioses:

Instala las estrellas, que son sus imágenes. / Determina el año, define las estaciones. / Para los doce meses, crea tres estrellas. / Hace brillar el Sin (la luna) y le confía la noche.

CREACIÓN DE LAS PLANTAS Y DE LOS ANIMALES: El poema nos hace asistir después a la creación —siempre a cargo de Marduk— del Shémèsh (el sol divino), y luego, de las plantas y de los animales; finalmente, del hombre. He aquí el resumen de la operación según la cosmogonía caldea:

Los dioses consolidan la tierra, / produjeron las criaturas vivas, / el ganado de los campos, los animales domésticos, / y crearon una multitud de ciudades.

CREACIÓN DEL HOMBRE: Así, el hombre aparece al final de la creación. Todas las cosmogonías del Próximo Oriente, ya sean mesopotámicas, ya egipcias, acentúan, en esta circunstancia, una intervención muy especial de la divinidad. En el *Enuma Elish*, el ser humano es amasado con barro humedecido en la sangre de Tiamat. En Egipto lo vemos nacer tan pronto de las lágrimas de Osiris, como de los dedos de Chnum, el dios alfarero con cabeza de morueco, que lo modela con el lodo del Nilo. En otro lugar, será el hijo de una diosa, o de unos esposos divinos. Siempre, intervención directa de uno o de varios seres sobrenaturales.

MISIÓN DEL HOMBRE EN LA CREACIÓN: Al dar vida a los hombres, los dioses de los panteones orientales tienen una finalidad: el ser humano está encargado de asegurar el culto de la divinidad; además, con sus sacrificios, sus holocaustos y sus diversos presentes, abastece a los habitantes de lo alto. A causa de este beneficio, los dioses se cuidan de crear muchas parejas.

Gracias a esta sumaria exposición, podemos hacernos una idea bastante aproximada del ambiente legendario, del clima mitológico relativo a los orígenes, en el que se movían los patriarcas. No solamente Abraham, sino las generaciones siguientes de pastores hebreos: Isaac, Jacob, José; y no solamente los pastores nómadas, sino también el pueblo hebreo, y esto, hasta el destierro a Babilonia (586-538 a. J. C.).

Entonces se plantea una cuestión: ¿de qué manera

y en qué época apareció, pues, en la Biblia el relato de los orígenes, tal como nos los presenta el primer capítulo del Génesis? Incluso a finales del período real (900 antes de nuestra era) y hasta en el momento de la deportación de los elegidos del pueblo judío, de Jerusalén a Babilonia, por orden de Nabucodonosor, esas leyendas babilónicas que acabamos de resumir continuaban ejerciendo un poder seductor en la imaginación de los israelitas. Cuando la colonia de Judá, en conjunto bastante culta, se halló cruelmente transportada a Babilonia, entró en un contacto aún más asiduo con la teoría mesopotámica concerniente al nacimiento del mundo. Babilonia, no lo olvidemos, era la ciudad de Marduk: Marduk era el dios y el protector de Babilonia. Y allí el *Enuma Elish* era recitado, leído, y circulaba por todas partes.

En aquel entonces, parece ser que un sacerdote hebreo, del siglo VI o V, tomando el antiguo relato yavista, que databa de la época de los nómadas, lo adaptó a la narración clásica a que se habían aficionado los babilonios y que estaba de moda en los círculos israelitas desterrados a la región central de los Dos Ríos...

Notémoslo bien: los autores sagrados, a pesar de valerse de las leyendas orientales que conocían perfectamente, usarán de extrema solicitud para no dejarse contaminar por las doctrinas paganas. Con una pureza de miras extraordinaria, permanecerán siempre fieles a su teología cuyo carácter distintivo es la nobleza y la sublimidad; teología que tiene por base y estructura la Revelación del Dios único.

Estas rápidas precisiones van a permitirnos tener una idea general de las tradiciones que podía conocer Abraham, relativas a la creación del mundo y del hombre.

EL EDEN - O PARAISO (narración yavista).

Edén: en el Libro (*Gén 2, 8-15*) esta palabra designa una región oriental, desértica, en la que Dios plantó un jardín. *Edin*, en sumerio, y *edinu*, en babilonio, significan: llanura, estepa. De hecho, en la relación bíblica, ese jardín o Edén, nos aparece como una especie de oasis floreciente. Jardín, se traduce en hebreo por el vocablo *gan*, en griego por la palabra *paradeisos*, de la que los cristianos han derivado: paraíso.

¿Conoció Abraham, por una tradición religiosa, aquel jardín paradisíaco? Antes de dar respuesta a esta pregunta, y para aclarar lo que va a seguir, recordemos tres características del Edén bíblico:

en el centro, dos árboles, designados de manera muy particular: el árbol de la vida, y el árbol del conocimiento;

un río, que se divide en cuatro brazos, riega el jardín: después de «la culpa» de Adán y Eva, Yavé pone, a la entrada del Edén, un querubín, encargado de impedir a la pareja humana, desprovista ya de sus prerrogativas, la entrada en el jardín.

Ahora bien: estos tres elementos vamos a descubrirlos, de manera inesperada, en algunas de las obras mesopotámicas muy anteriores a Abraham. Hace algunos años, el asiriólogo André Parrot, descubrió, en la región del Alto Éufrates, la antigua ciudad de Mari, saqueada por los soldados de Hammourabi (hacia el 1700). Y el eminente arqueólogo desenterró, en la galería 106 del palacio de Mari, una extraordinaria pintura, llamada de «la investidura», cuyos motivos decorativos son aproximadamente así:

— en el centro de la composición, un dios (o una diosa?)

que aprieta contra su pecho un vaso, del que hace irrupción una cuádruple corriente. Es este, por cierto, un tema babilónico muy antiguo: remonta el tercer milenio; por lo tanto, a una época que antecede en mucho a la de Abraham. Con toda evidencia, tenemos allí los «cuatro ríos» de la descripción bíblica;

— a cada lado del motivo central: dos árboles. Uno, por estar demasiado estilizado, no puede identificarse. El otro, es una palmera. Podemos muy bien considerar que estos dos árboles corresponden a los especímenes de la narración bíblica;

— finalmente, muy cerca de los árboles y mirándolos de frente, tres animales fantásticos: son los famosos *Kérubim*, guardianes sagrados de los palacios mesopotámicos; son los *querubines* del Libro hebreo (*Gén* 3, 24).

Hay que reconocer, con sinceridad, que la pintura de Mari no coincide exactamente con la descripción del Edén bíblico. Así por ejemplo, los elementos de la composición exhumada por los excavadores, se encuentran «duplicados»: hay cuatro árboles y ocho ríos. Los arqueólogos explican esto por el pronunciado gusto de los babilonios a la simetría... Sea como fuere, tenemos la obligación de reconocer, en la pintura de Mari, una sólida tradición sumero-acadia. No podemos dudar que, en su tiempo, Abraham conoció, por transmisión de la leyenda, la existencia de un jardín (*edinu*), en el que había plantados unos árboles misteriosos, lo fertilizaba el agua de los ríos, y estaba custodiado por guardianes alados: los *kérubim* de los babilonios.

EL DILUVIO

Digamos, ante todo, una palabra concerniente a la redacción de este relato (*Gén* 6-7). Según el padre Roland

de Vaux, director de la Escuela bíblica de Jerusalén, esta sección encierra dos relaciones paralelas: una yavista (ciclo J) llena de colorido y de vida, y otra sacerdotal (ciclo P), más precisa, más reflexiva, pero también más escueta²⁵. El redactor último, respetó los dos testimonios, recibidos ambos de la tradición y que, en el fondo, concordaban; pero, no se preocupó de suprimir las diferencias de detalle²⁶.

Sobre unos ladrillos, provenientes de bibliotecas mesopotámicas, los arqueólogos de fines del siglo pasado pudieron descifrar diversas narraciones del diluvio, narraciones sagradas que pertenecen al caudal de la literatura religiosa del país de los Dos Ríos. En el primer momento, sorprende la semejanza que presentan aquellos textos sumero-acadios (poseemos incluso un texto sumerio muy antiguo), con la historia de Noé, tal como la leemos en la Biblia. Pero el asombro dura poco. Enseguida se descubren notables diferencias —de orden espiritual— entre las redacciones babilónicas y cada capítulo bíblico.

Por ejemplo: la epopeya mesopotámica nos describe una reunión de los dioses.

25. El relato yavista que nos presenta aquí la Biblia, fue precedido, con toda seguridad, de varias versiones escritas, exponentes de versiones orales muy anteriores. Tomó cuerpo y fue puesto por escrito probablemente en la época del rey Salomón (917-931). En cuanto a la narración sacerdotal, se considera hoy día que debió constituirse durante el destierro babilónico (586-538); pero no tomó cuerpo hasta el regreso del mismo (538).

26. Referente a las divergencias, notemos de paso los puntos siguientes: Ciclo J: la duración del diluvio es de 40 días; y en el arca, Noé introduce siete parejas de animales puros y una sola de animales impuros. Ciclo P: la duración del diluvio es de 150 días; y Noé embarca una sola pareja de cada especie «que llevan el soplo de vida».

Después de beber, y de beber excesivamente, deciden, sin ningún motivo justificado, sólo movidos por su maldad, destruir toda la especie humana. Pero una de las divinidades de aquel extraño panteón va enseguida, con gran sigilo, a prevenir a un hombre, llamado Utnapishtim. Le anuncia la próxima catástrofe; le aconseja que construya un navío para embarcarse él, su familia y algunas bestias del campo. Se desencadena la tempestad, las aguas cubren la tierra, la humanidad queda aniquilada, a excepción, naturalmente, de Utnapishtim y su precioso cargamento.

Los dioses, asustados por aquella terrible destrucción de la que son los únicos responsables, se refugian «en la morada de Anou, acorralados como perros». Singular actitud para seres sobrenaturales...

Pasan semanas. Por una ventana del arca, Utnapishtim se aventura a soltar una paloma, la cual vuelve al cabo de un tiempo. Una golondrina, puesta también en libertad, vuelve igualmente. Poco después, se le abre la jaula a un cuervo, y éste ya no vuelve a la nave: puede suponerse entonces que el pájaro ha encontrado un rincón de tierra del que las aguas se han retirado. Pronto el arca toca tierra firme. Utnapishtim sale de ella y ofrece un sacrificio de acción de gracias a los dioses, los cuales, «olfateando el buen olor (de las carnes asadas) se reúnen en torno al altar».

Muy diferente espíritu se descubre en el grandioso relato bíblico; éste nos muestra a Yavé excedido por los pecados de los hombres y considerando que no hay realmente nada que esperar de aquella raza primitiva, cada vez más sumergida en la idolatría. Como consecuencia, Dios decide la destrucción de todo —salvo de un solo justo, Noé. Con aquel patriarca y su familia, el Eterno se propone comenzar de nuevo la Creación, sobre otras

bases. Justicia y misericordia, castigo de la maldad, salvación concedida al hombre cuyo corazón se ha conservado puro...

Si es verdad que en estas grandes líneas, las dos versiones —babilónica, bíblica— presentan ciertos puntos de semejanza muy curiosos, sin embargo, el espíritu que las anima no puede ser más opuesto. Del lado mesopotámico, un sórdido materialismo. Del lado del Génesis, un espiritualismo luminoso, en el que aparecen las grandes lecciones de moral aplicada.

El antiguo tema sumero-acadio del diluvio, formaba parte integrante de las creencias paganas transportadas, de Ur a Canán, por el pastor nómada Abram. Pero, más tarde, en el curso de los siglos, en la época de los reyes y sobre todo en la época del Destierro, la tradición arcaica del diluvio mesopotámico se continuó, se corrigió y se purificó, hasta convertirse finalmente en una especie de apólogo moral.

No ignora, ciertamente, el lector que algunos asiriólogos se glorían de haber descubierto, en su obra de excavación, trazas palpables del «diluvio». Por la Baja Mesopotamia, en las ciudades donde los arqueólogos han procedido a profundas excavaciones, se han descubierto capas de tierra aluvial, que certifican una gran inundación. Y ciertos especialistas no han temido pronunciar un juicio algo prematuro: han visto la prueba del «diluvio».

Es preferible hablar de «diluvios» en plural, o, mejor aún, de «inundaciones» del río, producidas localmente, y en épocas sucesivas. En determinadas ciudades, se ha podido constatar la presencia de un río de barro, hoy solidificado, y que separa dos civilizaciones de fechas distintas. No se puede negar el hecho de haberse producido allí una inundación catastrófica, y de que en aquellos lugares no pudo reanudarse la vida hasta mucho tiempo

después de la acometida destructora de las aguas del río.

Pero las fechas de aquel pretendido «diluvio» difieren según las ciudades. Y el «diluvio» mismo, no se presenta siempre con la misma violencia... Así, entre el «diluvio» de Ur (que data, según Sir Leonard Wolley, del 2800) y el «diluvio» de Kish (que data, según Langdon, del 3300), constatamos un lapso de medio milenio. En Nínive, el «diluvio» tuvo lugar hacia 3800-3700. Podríamos dar aún otros ejemplos: en ninguna parte concuerdan las fechas.

Será, pues, prudente, en las condiciones actuales, adoptar las conclusiones del asiriólogo Andrés Parrot: Aquel «diluvio» o aquellos diluvios, deben ser considerados simplemente como inundaciones regionales, causadas por la ruptura de algún dique destinado a retener —al menos en principio— las aguas del río. El espesor, muy variable, de la capa aluvionaria nos revela que el drama revistió, en algunos lugares, un carácter aterrador, y en cambio en otros se trató de un simple incidente. Siendo así, no ha de extrañarnos que las fechas de las diversas inundaciones difieran de manera notable. Añadamos, para terminar, que, al decir de los geólogos, los desbordamientos del Éufrates no se generalizaron nunca.

Por otra parte, se concibe fácilmente que aquellas inundaciones sucesivas, con mucha frecuencia espantosas, hubiesen adquirido —con ayuda de la imaginación oriental— un aspecto de catástrofe mundial, en la que hubiera perecido la raza humana. A excepción, evidentemente, del hombre de la nave, de su familia y de su cargamento de bestias del campo.

LA TORRE DE BABEL

El patriarca Abraham, ¿podía conocer algo de la

construcción y de la aventura de la famosa torre? (*Gén* 11, 1-9).

Leamos este pasaje bíblico. A la sazón, nos dice la Escritura, «era la tierra toda de una sola lengua y de unas mismas palabras. En su marcha desde oriente (los hombres) hallaron una llanura en la tierra de Senaar y se establecieron allí. Dijéronse unos a otros: Vamos a hacer ladrillos y a cocerlos al fuego. Y se sirvieron de los ladrillos como de piedras, y el betún les sirvió de cemento²⁷. Y dijeron: Vamos a edificarnos una ciudad y una torre cupa cúspide toque a los cielos y nos haga famosos, por si tenemos que dividirnos por la haz de la tierra». Sabemos lo que sucedió a continuación: Para impedir que los hombres llegaran hasta el cielo, Yavé resolvió confundir sus lenguas. No entendiéndose entre sí, los constructores tuvieron que suspender sus trabajos. Aquella ciudad, en la que se había comenzado a edificar la torre, la Biblia la llama Babel²⁸.

Los historiadores se inclinan a creer que aquella tradición hebrea era, sin duda, reflejo de la impresión de los pastores nómadas, los cuales, conduciendo sus rebaños por la estepa, lejos de las ciudades, debían divisar, como una masa sombría sobre el horizonte, la maciza silueta de los zigurats más o menos derrumbados, y en muy mal estado después de las incursiones militares de los gutiu.

27. Modo de construir típicamente sumerio. Nada más opuesto a los conceptos arquitectónicos hebraicos. Los hebreos habitarán bajo la tienda casi hasta el regreso de Egipto, hasta la conquista del país de Canán bajo la dirección de Josué (hacia el 1220 a. J. C.).

28. Se trata del Zigurat de Babilonia. En acadio, Bab-llu significa la Puerta de Dios. Parece que el escriba bíblico quiso jugar con la raíz «ell» que significa «confundir». El retruécano es inadmisibile. Fue Bab-llu, la Puerta de Dios, quien dio su nombre a Babilonia.

mitas o elamitas. Aquellos edificios de colosales proporciones, los pastores hebreos los atribuían a la orgullosa locura de los hombres de las ciudades, los cuales habían proyectado escalar «el cielo» para desalojar de él a Yavé... De hecho, «el cielo» era precisamente el nombre que los babilonios daban a la *cella* del dios instalado en la más alta, en la última plataforma del monumento. Con esto, es fácil darse cuenta del contrasentido de aquella apreciación de los nómadas. Los habitantes de las tiendas por fuerza debían quedar profundamente estupefactos ante aquellas altivas arquitecturas que parecía que desafiaban a la divinidad.

* * *

Resumamos.

¿Qué debía conocer, pues, Abraham del relato de la creación tal como podemos leerlo nosotros hoy en las primeras páginas del Génesis? Hemos visto que el texto en cuestión data aproximadamente del siglo VI o V anterior a nuestra era, es decir, de una época milenio y medio posterior a nuestro patriarca. Ciertamente Abraham sólo pudo tener una idea de los orígenes del universo y del hombre, a través de las legendarias explicaciones del poema babilónico *Enuma Elish*...

El Edén, el jardín: Por algunas analogías materiales que presenta la tradición babilónica con relación al Paraíso de la Biblia, podemos concluir que Abraham poseía seguramente alguna noción acerca del *Edinu* de la teología mesopotámica.

El diluvio: Las numerosas relaciones cuneiformes que tratan de la catástrofe nos autorizan a considerar que el relato de la gran inundación era conocido en todo el

valle de los Dos Ríos. Abraham no podía ignorarlo, al menos bajo su forma mesopotámica.

La Torre de Babel: A los ojos de los pastores hebreos que apacentaban sus rebaños de ovejas en la estepa, el zigurat se presentaba con mucha frecuencia como una figura sacrilega: una obra de orgullo desmesurado, una prueba de la perversión espiritual de los idólatras. Los constructores de aquellos imponentes edificios, pretendieron alcanzar a Dios (tal es al menos la explicación de los nómadas, fieles de Yavé) mediante una obra material; y no es así como el hombre debe acercarse al Eterno.

EL FINAL DE UN CICLO

De Jarán a Siquem, de Siquem a Betel, de Betel a Hebrón, Abraham recorrió el ciclo teológico, del que procederá, más tarde, el judaísmo ortodoxo, y luego, el cristianismo. El período abrámico se cierra en Hebrón, bajo la encina de Mambré.

Pero el camino del patriarca todavía no ha llegado a la meta. Debemos seguirlo aún, algún tiempo, en nuevas aventuras, en las que, a pesar de todo, el Eterno nunca está ausente.

Asuntos de familia

Todavía por dos veces, en diferentes circunstancias, Yavé se aparecerá al patriarca, con ocasión de ciertas intervenciones necesarias. Pero, en realidad, ya se han acabado las extraordinarias revelaciones del Ser supremo al antiguo pastor de Ur. Cosa que se explica muy bien: La promesa ha sido anunciada, y después confirmada; la Alianza, promulgada en el curso de una solemne ceremonia, también ha recibido su confirmación. Además, se le ha anunciado a Abraham que, en breve, le nacerá un hijo según la carne. Después de lo cual, el jefe beduino reanuda con toda simplicidad su existencia de conductor de rebaños; lo cual, con el elemento nómada, no siempre equivale a reposo —como vamos a ver...

LOT Y SUS HIJAS: ¿UN CAPITULO ESCABROSO? (Gén 19, 30-38).

Después de la catástrofe que, en el valle de Siddim, había aniquilado las ciudades de Sodoma, Gomorra, Adma y Ceboim, el patriarca Lot, sobrino de Abraham, buscó refugio en Segor. Gracias a la presencia de aquel «justo» dentro de su recinto, Segor se había salvado del fuego destructor.

Pero, sucedió que, poco después de aquellos dramáticos acontecimientos, Lot decidió retirarse «a la montaña» —probablemente al este del mar Muerto, a nuestra Jordania actual. Su mujer, como hemos notado de paso, había hallado una muerte horrible bajo la lluvia de azufre. A Lot no le quedaban, pues, más que sus dos hijas. Y, en aquella región desértica donde había ido a refu-

giarse, no había ningún hombre susceptible de convertirse en su yerno para prolongar la estirpe.

¿Acaso la familia de Lot estaría destinada a extinguirse? Desde el punto de vista oriental, imposible imaginar catástrofe social... y religiosa más deplorable. Pero las dos jóvenes pronto encuentran solución al problema: deciden embriagar periódicamente al buenazo de su padre: se aprovecharán de la pasajera inconsciencia que le provoque la abundante bebida, y se unirán a él una después de la otra.

Doble resultado: Ambas darán a luz. El niño de la primera se llamará Moab, y será el progenitor de los moabitas. El de la segunda recibirá el nombre de Ben-Ammi; de él descenderán los Bene-Ammon, o amonitas.

Aquí debe darse una explicación de orden histórico.

Digamos, para empezar, que moabitas y amonitas habían consistir su gloria en su unión racial a Abraham, por mediación de Lot. Sin que, naturalmente, en la coyuntura se mencionase para nada la cuestión de aquel incesto.

Por otra parte, el escriba bíblico, a quien debemos la redacción de este párrafo, escribía, como sabemos, hacia los siglos VI o V antes de nuestra era. Y en aquella época moabitas y amonitas ya se habían convertido en feroces enemigos de Israel. Por lo cual, puede admitirse que nuestro «historiador» aprovechara la ocasión para difamar hábilmente a los dos adversarios políticos y militares de su nación. El incesto: la cosa causaba horror a los israelitas, lo mismo que a los asiro-babilonios. El código mesopotámico de Hammourabi nos informa con precisión sobre este punto: sanciona con la muerte semejante atentado a la moral social.

La escabrosa anécdota de las hijas de Lot se explica,

indudablemente, por una calumnia forjada en fecha posterior (al menos un milenio después de los hechos).

OTRO ESPECIAL ASUNTO DE FAMILIA:

ABRAHAM, SARA Y ABIMELEC,
REY DE GERARA

Nuevo cambio de praderas impuesto al clan de nuestros pastores: Abraham deja Hebrón y se dirige hacia el Négueb. Después sube a Gerara, dominio del rey —digamos más bien del reyezuelo— Abimelec.

Repetición de aquella estratagema de que Abraham precedentemente se valió, con ocasión de su estancia en el aduar, en tierras del faraón: a fin de evitarse malos tratos por parte de las autoridades del país, el patriarca declara que Sara no es su esposa sino su hermana. Tal como a su llegada a la tierra de Egipto, Sara, en cuanto entra en el territorio de Gerara, llama la atención de los oficiales del príncipe, y ya la tenemos inmediatamente introducida en el harén real. Pero Elohim advierte a Abimelec, por medio de un sueño, la situación matrimonial de Sara, y le ordena que la devuelva sin tardanza a su marido. Abimelec se apresura a devolverla a Abraham, y acompaña la restitución con presentes verdaderamente reales: ganado menor y mayor, siervos y esclavas. Y añade: «Aquí tienes mil monedas de plata que yo doy a tu hermano».

Diremos, en primer lugar —y seguimos en esto a los más ortodoxos exegetas— que esta repetición del episodio egipcio, debe ser considerada como un «duplicado». Pues el relato egipcio era de origen yavista, y éste pertenece al ciclo elohista.

Duplicado que se repetirá de nuevo, un poco más tarde, en el capítulo xxvi del Génesis; entonces los que

aparecerán en escena serán Isaac (hijo de Abraham) y su mujer Rebeca; y sucederá en el mismo lugar, ¡y en tiempo del mismo rey Abimelec! La historietita debió parecer tan divertida a los relatores y a su auditorio pastoril, que no se vaciló en consignarla por... tres veces.

Observemos, además, que este duplicado «elohísta» se encuentra muy mal engastado en medio de la gran narración «yavista» que lo encuadra. Sara, como sabemos, había llegado, a la sazón, a una edad avanzada; se «rió» cuando Yavé le anunció el nacimiento de Isaac, y declaró que estaba ya «consumida», lo cual quiere decir que era «vieja». Su incorporación al harén de Abimelec parece cosa difícil de admitir.

En definitiva: un duplicado, introducido en el texto con muy poco acierto.

ISAAC, EL HIJO DE LA PROMESA

En el tiempo indicado por el Eterno cuando se apareció bajo la encina de Mambré —o sea, un año después de la original visita del Desconocido, acompañado de dos servidores—, Sara, a pesar de su edad, dio a luz a Isaac, «el fruto de su vejez» (Gén 21, 1-8).

Isaac, forma abreviada de la expresión *Ysh-El*: «Que Dios sonría. Que Dios se muestre favorable». Con este retoño inesperado del patriarca, entramos decididamente en el terreno de la risa, o al menos, de la sonrisa. El viejo pastor Abraham no ha podido aguantarse la risa, cuando Yavé le anuncia el nacimiento de un heredero. Más tarde, bajo la encina de Mambré, al oír la profecía que le promete un hijo, a pesar de su avanzada edad, Sara, incrédula, también se ha reído.

Y aún no ha acabado de reír. En cuanto viene al mundo aquel hijo del milagro, Sara exclama: «Me ha

hecho reír Dios, y cuantos lo sepan reirán conmigo». Después de la sonrisa de escepticismo, viene la sonrisa de alegría.

Isaac: ¡Que Dios sonría! Los redactores —yavista, elohísta— se complacen sirviéndose de este juego de palabras por el que el espíritu oriental nos revela su marcada afición al retruécano.

El caso es que ha nacido un niño. El hijo de Sara, de la mujer libre. Pero, no olvidemos que, bajo la tienda abrámica, continúa viviendo el hijo de Agar, la esclava.

AGAR Y SU HIJO ISMAEL ARROJADOS AL DESIERTO (Gén 21, 8-20).

¡Día de gran fiesta! Se desteta al pequeño Isaac, hijo de Sara y del patriarca Abraham. Todo el mundo está alegre, salvo la desconfiada Sara: no puede sufrir a la concubina egipcia, a pesar de que ella misma la eligió para su esposo, y que, hace unos años puso en el mundo a Ismael. Sin esperar más, Sara confía a Abraham su inquietud, y le sugiere una decisión: «Echa a esa esclava (Agar) y a su hijo (Ismael), pues el hijo de una esclava no ha de heredar con mi hijo, con Isaac». Y la Biblia añade: «Muy penoso se le hacía esto a Abraham, por causa de su hijo (Ismael)».

Precedentemente, Sara había mostrado tanta dureza con Agar, que la egipcia, a la sazón encinta de Ismael, había huido, con peligro de su vida, al desierto. Pero por consejo del Eterno pronto había vuelto al campamento. En aquellas circunstancias tan dramáticas, Abraham no había formulado la menor observación respecto a los malos tratos que su legítima mujer infligía a su concubina, entonces próxima al parto. En cambio, en el momento en que Sara le propone echar al desierto a Agar

y a su hijo, vemos que Abraham vacila, anda con rodeos. En una palabra, se subleva. ¿Por qué esas dos actitudes tan diferentes al considerar hechos tan parecidos? He ahí la razón: Abraham se conforma a los imperativos de la ley sumeria. Mientras la concubina no ha dado a luz, nos dice el código mesopotámico, permanece en su condición de esclava, sometida en todo a la esposa titular. Si dicha esclava-concubina, se atreve a «rivalizar con su señora» ésta puede desembarazarse de ella como le plazca. Por lo tanto, maltratando a Agar, encinta pero antes del parto, y provocando con sus continuos castigos aquel acto desesperado de la huida al desierto, Sara se mantiene estrictamente dentro de los límites de la ley. Abraham, interrogado por Sara respecto a las disensiones surgidas entre ambas, responde a su esposa, refiriéndose a la esclava-concubina: «En tus manos está. Haz con ella como bien te parezca» (*Gén 16, 6*). Hasta aquí permanecemos dentro de la legalidad de la época. Pero Sara se dispone a entrar en el dominio de la ilegalidad. Empieza a interceder ante Abraham, para que despida de la tribu a Agar y a su hijo, con intención de eliminar a Ismael de sus derechos, estrictamente fundados, a la herencia del patriarca. Y esto está en formal contradicción con determinados artículos del código mesopotámico. Sara habla movida por su pasión. Pero Abraham no ignora ningún punto de la ley. Siendo así, podemos hacernos una idea muy clara de la congoja del patriarca, al pedirle su esposa que viole los textos legislativos, es decir, la justicia.

Considerémoslo: Ismael —no lo olvidemos— es un hijo auténticamente legítimo, por el hecho de que su nacimiento se inscribe en circunstancias muy particulares. La esclava egipcia de Sara ha dado a luz al niño «sobre las rodillas» de la esposa; legalmente hablando,

es el hijo de Sara. En adelante, ha de ser, según el plano de sucesión, exactamente el igual de Isaac.

En este caso preciso, una eliminación, sin indemnización alguna, está en contradicción formal con la ley de Ur, tal como pudo conocerla Abraham durante su estancia en la región déltica del Éufrates.

Entonces, se comprende que fuese necesaria la orden expresa del Eterno para hacer condescender al patriarca al deseo de su esposa. Contra toda esperanza, Dios interviene en este asunto de familia para promulgar un decreto que —al menos a primera vista— nos parece muy inesperado: «No te dé pena por el niño y la esclava —dice Yavé—; haz lo que te dice Sara, que es por Isaac por quien será llamada tu descendencia. También al hijo de la esclava le haré un pueblo, por ser descendencia tuya».

* * *

Entonces se desarrolla el acto dramático, tan simple en su expresión literaria, y a la vez tan gráfico en su evocación, que parece que somos testigos oculares.

«Se levantó Abraham de mañana; y cogiendo pan y un odre de agua, se lo dio a Agar, poniéndoselo a la espalda, y con ello al niño (Ismael), y la despidió».

«Agar —nos dice la Biblia— se fue, y erraba por el desierto de Berseba». Dando una ojeada al mapa, podemos constatar que dicho oasis se halla en el lindero del Negueb: región desolada, árida, inculta; «país de la sed», «país de la muerte» —al menos para el solitario sin provisiones, sin material de campamento, caminando por la arena, o bien por la pedregosa estepa.

La aventura no podía prolongarse mucho tiempo. Cuando se agotó el agua del odre —nos refiere el Géne-

sis—, Agar «echó al niño bajo un arbusto y fue a sentarse frente a él a la distancia de un tiro de arco, diciéndose: No quiero ver morir al niño; y se sentó enfrente del niño, que lloraba en voz alta.»

El plan de Sara parecía realizarse. Pero el Eterno tenía otros designios. Se apareció el ángel de Dios a la egipcia para tranquilizarla: «No temas, Agar, que ha escuchado Yavé²⁹ la voz del niño que ahí está. Levántate, toma al niño y cógelo de la mano, pues he de hacerle un gran pueblo. Y abrió Dios los ojos de Agar, haciéndole ver un pozo, a donde fue y llenó el odre de agua, dando de beber al niño». Ya están salvados —de momento.

Tal como había prometido a Abraham, el Señor veló por la madre y el hijo; éste creció y permaneció en el desierto; allí se dedicó a tirar al arco. Moraba en el desierto de Paran³⁰, y su madre le buscó esposa en el país de Egipto³¹.

Después de esto, Ismael desaparece, por un tiempo, de la historia —al menos en la Escritura. Podemos suponer que los dos solitarios fueron recogidos y aceptados por algún clan nómada del desierto del Sinaí. Ismael, no obstante, volverá a entrar en escena, por última vez, al lado de su semi-hermano Isaac, en el momento de se-

29. Otro juego de palabras con nombres propios, tan del gusto de los orientales: *Ishma'el* significa, en efecto, «que Dios oiga».

30. El desierto de Paran (o Pharan), se sitúa en la parte noroeste de la casi isla del Sinaí, a unos 200 kilómetros del pozo de Berseba.

31. Por segunda vez, como puede verse, la sangre egipcia de Ismael se hallará mezclada con la sangre hebrea. De este doble origen saldrán, según la tradición oriental, los árabes ismaelitas, que participarán del carácter de ambas razas.

pultar los restos mortales de su padre Abraham en la caverna de Macpela.

EN TORNO AL POZO DE BERSEBA

La escena se desarrolla junto al pozo de Berseba. Un cuadro típico de la vida nómada; sin gran interés para nosotros, si no supiésemos descubrir allí una interesante documentación sobre la dura existencia de nuestros pastores hebreos (*Gén* 21, 25-33).

He aquí, en pocas palabras, de qué se trata: Abraham y sus rebaños se hallan todavía en el territorio de Gerara. Ha habido una disputa —¿cómo extrañarse?— entre los pastores de Abimelec y los de Abraham a causa de la utilización de un pozo perteneciente al Patriarca, puesto que había sido excavado por sus hombres. Para arreglar la cuestión, Abimelec va a visitar al jefe hebreo. El príncipe reconoció sinceramente la culpa de sus súbditos. Y los dos jefes decidieron hacer una alianza de paz. Abraham, que a la sazón vive como nómada en las tierras de Abimelec, ofrece al rey —el homenaje es muy clásico— cierta cantidad de «ganado lanar y vacuno». Después de lo cual, a fin de añadir una especie de garantía suplementaria al pacto de amistad, el hebreo ruega a Abimelec que acepte, además, de su propia mano, siete ovejas. «Serán —le dice— un testimonio de que soy yo quien ha abierto este pozo». De aquí el nombre de aquel salto de agua: *Bé'er-schéb'a* en hebreo (traducido: Berseba), pozo del juramento.

Cuando partió Abimelec, Abraham, nos dice la Biblia, plantó un tamarindo en Berseba, e invocó a Yavé *E'Polam*, es decir, al Dios de la Eternidad.

Aquel pozo de Berseba —que ocupará un lugar primordial en la vida de los grandes patriarcas, Abraham,

Isaac y Jacob— aquel pozo de Berseba, rodeado del pequeño oasis al que dio origen, se sitúa en el «desierto» de Negueb, a 45 kilómetros al sudeste de Hebrón. Pero, así como en Hebrón nos hallamos en la verdeante montaña de Judá, aquí, en el «desierto de Berseba», caminamos —en busca del manantial— a través de una espantosa soledad, sembrada de bloques calcáreos gris amarillento, con alguna que otra encina espinosa y algún madroño. En la primavera brota una escasa vegetación, a base de retamas y astrágalos, de lirios y anémonas. Irrisoria pitanza para los rebaños de ovejas que los pastores conducen paso a paso por aquella tierra desolada. La planta, el animal y el hombre, para vivir una vida un poco normal, han de refugiarse en torno al pozo.

Digamos más bien: a los pozos. Los cuales, desde los tiempos patriarcales, siempre han tenido renombre por la abundancia y la excelente calidad de su agua. Hay especialmente dos, —situados a unos cien metros de distancia uno de otro, en la orilla norte del Oued es-Seba— que parecen haber sido expresamente dispuestos para fines pastoriles. Ambos son circulares; sus muros están revestidos por el interior de piedras regulares. El mayor mide doce metros de circunferencia; y el agua se encuentra, según las épocas, a doce o quince metros de profundidad. El otro es de dimensiones mucho más reducidas, pero tiene idéntica profundidad. Su antigüedad nos la revelan las mismas piedras, pues están gastadas y profundamente hendidas, estriadas por las cuerdas de cáñamo que sirven para extraer los recipientes. Por las huellas impresas en aquellas paredes calcáreas, podemos hacernos idea del trabajo de los pastores; éstos, al término de la jornada, tenían que pozar, valiéndose de medios arcaicos, una cantidad considerable de agua para abreviar a los rebaños, cuyas cabezas se contaban a veces

por millares. Alrededor de aquellos pozos están dispuestas, en arco circular, pilas de piedra o de arcilla, que los hombres de los patriarcas, a fuerza de brazos, llenaban de agua para sus animales. Todavía hoy, los camelleros y los pastores de ovejas llegan, al atardecer, a aquel mismo lugar para realizar allí las mismas operaciones, con los mismos gestos milenarios.

EL ETERNO PIDE A ABRAHAM QUE LE SACRIFIQUE A ISAAC, EL HIJO DE LA PROMESA. (Gén 22).

Realmente, el Eterno parece colmar a Abraham de su predilección: reiteradas promesas; seguridad, confirmada varias veces, de una inmensa posteridad, repetidas bendiciones, nada le falta —por el momento. El patriarca se ha beneficiado, tanto de las más elevadas revelaciones espirituales, como de las satisfacciones materiales más deseables para un justo.

Pero he aquí que, de manera inopinada, el pastor hebreo va a atravesar una terrible prueba. No ha de extrañarnos: la historia es testimonio de que los elegidos de Dios atraviesan generalmente, en ciertos momentos de su vida, sufrimientos morales indecibles, los cuales parecen destinados —al menos según nuestra óptica humana— a poner de relieve la calidad de las almas, a apreciar sus valores espirituales, a ver, en una palabra, si el misionero eventual está a la altura de la misión sobrehumana que le espera...

Vocación del Altísimo: «¡Abraham! ¡Abraham! —Heme aquí», responde el fiel de Yavé. Y el Señor le intima entonces aquella orden inconcebible, que nada dejaba prever: «Coge a tu hijo, a tu unigénito a quien tanto amas, a Isaac, y ve a la tierra de Moriá, y ofré-

cemelo allí en holocausto³², sobre uno de los montes que yo te indicaré». Es breve, imperativo.

Un sacrificio humano. Una noción nueva, extraña, que surge aquí en la historia bíblica. ¿De dónde puede provenir semejante costumbre? ¿Del país de Sumer, región originaria del clan abrámico? ¿Del país de Canán donde hace ya años que nomadizan los rebaños del patriarca?

* * *

No parece que en el valle del Éufrates, los sumerios hubiesen practicado nunca aquellas horripilantes ceremonias, en el curso de las cuales se daba muerte a un ser humano en honor de tal o cual divinidad. Si, a su salida del Estado de Ur, Abraham pudo llevar —con sus equipajes, por decirlo así— una amplia provisión de tradiciones religiosas sumerias y de relatos legendarios acadios, no debió ser, ciertamente, de aquella civilización mesopotámica de quien pudo tener noción del homicidio sacrificial.

Hoy día, las investigaciones de los historiadores y los descubrimientos de los arqueólogos nos permiten cercar más netamente el problema. Sabemos que el sacrificio humano era práctica corriente en la región politeísta de los hombres del país de Canán. Y en el período precedente a la llegada de los cananeos —raza semítica, en las costas del Mediterráneo (recordemos que se instalaron allí hacia el año 3000)— ya las poblaciones autóctonas observaban aquellos macabros ritos.

32. El holocausto es el acto religioso que comprende el sacrificio de la víctima designada, ofrecida a Dios, y que, al instante, es íntegramente quemada sobre el altar.

Lo que importa subrayar aquí, es que el sacrificio que al parecer tenía entonces mayor aceptación era el de los primogénitos. Los fenicios, rama cananea, siempre conservaron celosamente, tanto en sus colonias como en sus factorías sicilianas, aquella costumbre religiosa que consistía en sacrificar el primogénito de la familia a un dios de su panteón. Y esto, hasta una época muy avanzada.

En la parte meridional del país de Canán (la Palestina actual), los arqueólogos han podido presentar la prueba de aquellas matanzas, casi sistemáticas, de los recién nacidos. Así por ejemplo, en Guezer, los excavadores han hallado un número considerable de jarras de tierra: cada una de ellas contiene el esqueleto de un niño que no podría contar más de ocho días. La pequeña víctima quedaba asfixiada dentro del mismo alfar, en el que se apisonaba, alrededor y por encima, una tierra muy fina.

En el rito cananeo es casi exclusivamente el sacrificio del recién nacido el que parece era de regla. Y esto por la siguiente razón: así como sobre el altar se quemaban las primicias de los campos y la primera camada de un animal nacido en la alquería, así también el primer hijo de la mujer «pertenece» al dios, propietario del terreno y dueño de la vida en su dominio. Mediante esta ofrenda, tan dolorosa para el corazón de los padres, se espera obtener de la divinidad a la que es ceremoniosamente ofrecido el sacrificio, amplia protección y copiosas bendiciones.

Claro está que no se trata de inscribir en la lista de las inmolaciones sacrificiales todos los esqueletos de niños que se exhuman en las excavaciones. A veces los arqueólogos generalizan un poco precipitadamente.

Debemos añadir que, en ciertas ocasiones (y los ingenios arqueológicos lo han confirmado), el niño que se ha

de inmolar es reemplazado por una víctima de sustitución: cordero, cabrito, palomo... Pronto aquel rito tan cruel se mitigó considerablemente: se podía «rescatar» la pequeña víctima humana, por un animal sacrificial.

* * *

Tales son las ideas aceptadas respecto a la sentencia a muerte del niño —recién nacido o adolescente— en las ciudades cananeas próximas a la estepa donde se apacientan los rebaños de Abraham en el preciso momento en que el Eterno acaba de dar al patriarca la orden de inmolarle su hijo, su «único», como dice la Biblia (y bien puede llamársele así, desde que Ismael fue arrojado al desierto), el hijo de su ancianidad, el pimpollo sobre quien descansa toda la promesa: Isaac.

«Abraham —dice el Antiguo Testamento— se levantó de mañana y aparejó su asno» (*Gén 12, 3*).

El asno, el animal más apropiado para aquella clase de desplazamientos de mediana duración. Dicho animal, de color rojizo, más grande, más sólidamente constituido que su primo europeo, es capaz de caminar, casi sin detenerse, del alba al crepúsculo, a paso constante, sostenido; y va muy seguro por terreno pedregoso, pues sus largas pezuñas son huecas, con agudos bordes. Naturalmente, no se usaban herraduras en la antigüedad. ¿Y el «aparejo» de que nos habla el Libro? Era una simple manta de lana, sostenida por una barriguera. Detalle curioso: algunas representaciones egipcias (en especial la escena en que aparece, sobre su cabalgadura, el escriba Uerchu, que vivió en tiempos de la v dinastía faraónica), nos muestran al asno, montado por su amo, precedido de un siervo provisto de un bastón, y seguido de otro siervo, armado también de un buen garrote. Lo

cual nos hace suponer que el burro del Próximo Oriente necesita, como su congénere de Europa, ciertas exhortaciones para incitarlo a avanzar. Esta es, sin duda, la explicación de los dos siervos que acompañan a Abraham sentado a horcajadas sobre su animal; mientras que Isaac, lleno de deferencia, camina al lado de su padre.

Antes de partir, Abraham ha cuidado de «cortar la leña para el holocausto»: para proceder a la cremación del cuerpo, se necesitan ramas muy secas, cosa que no siempre es posible hallar en el lugar donde se efectúa el sacrificio.

Durante tres días, la pequeña caravana va a proseguir su marcha, hasta el territorio que el Eterno ha designado como meta de aquel extraño viaje: «el país de Moriá». El Señor ha precisado el lugar del suplicio: «sobre uno de los montes que yo te indicaré». Es de suponer que los israelitas no se preocuparon de la situación geográfica de aquel lugar. Según el autor de los Paralipómenos, el paraje de Moriá debe ser identificado con la zona rocosa donde más tarde (hacia el 967 a. J. C.) el rey Salomón edificará el templo de Jerusalén. La dificultad está en que el Libro de los Paralipómenos es de una redacción relativamente reciente. Pero, sea como fuera, el caso es que esta tradición fue adoptada durante milenios... Actualmente, los hebraizantes se muestran muy reservados respecto a la fijación de este punto geográfico.

Volvamos a nuestra caravana. Abraham ha hecho detener a sus hombres al pie de la montaña. Les ordena que permanezcan allí hasta su regreso. «Toma en su propia mano el fuego y el cuchillo» y, en compañía de su hijo, empieza a subir la cuesta. La leña destinada a formar la hoguera la ha cargado sobre los hombros de Isaac. Nótese aquí el paralelo, que han establecido muchos exegetas simbolistas, entre las circunstancias mate-

riales de este sacrificio y de aquel otro que tendrá lugar 1800 años más tarde: nos referimos a la subida de Jesús al Calvario, cargando también, sobre sus espaldas, el árbol de la cruz, el leño destinado a su suplicio.

Asombrado por aquellos misteriosos preparativos, «dijo Isaac a Abraham, su padre: Padre mío. ¿Qué quieres, hijo mío?, le contestó. Y él dijo: Aquí llevamos el fuego y la leña, pero la res para el holocausto ¿dónde está? Y Abraham le contestó: Dios se proveerá de res para el holocausto, hijo mío; y siguieron juntos los dos» (Gén 22, 7-9).

Después de haber erigido un altar —sin duda muy rudimentario, formado con algunas piedras— y una vez la pira sobre él, Abraham ató fuertemente a su hijo, y «cogió el cuchillo y tendió luego su brazo para degollar a su hijo...» Pero he aquí que el Eterno interviene para dar a aquel drama una dirección inesperada: «Le gritó desde los cielos el Ángel de Yavé, diciéndole: Abraham, Abraham. Y éste contestó: Heme aquí. No extiendas la mano sobre el niño —le dijo— y no le hagas nada, porque ahora he visto que en verdad temes a Dios, pues por mí no has perdonado a tu hijo, a tu unigénito».

Y entonces Abraham, alzando los ojos, vio un carnero enredado por los cuernos en la espesura y que no podía librarse. Comprendió enseguida que aquel animal había sido enviado por el Altísimo como víctima de sustitución. Y lo inmoló en holocausto, en lugar de su hijo.

Sin más tardanza, el Eterno anunció a su fiel la recompensa que le estaba reservada por su heroica obediencia, por su firme fe, por su incondicional generosidad. En aquella ocasión, el Señor renueva las promesas que conocemos ya. Pero introduce una novedad: «Por mí mismo juro, palabra de Yavé...» He aquí la garantía suprema, el juramento divino. Notémoslo bien: hasta

aquel momento, todos los dones espirituales de que se había beneficiado Abraham, debían ser considerados como don gratuito, como un testimonio de celestial benevolencia. Pero después del drama de Moriá, Yavé decide comprometerse mediante una especie de contrato que, esta vez, ya no es estrictamente unilateral. «Porque has hecho esto... en pago de tu obediencia... te colmaré de bendiciones...» El sacrificio de Isaac —detenido a tiempo— aparece como engendrador de gracias infinitas para el patriarca y su linaje.

«Tu descendencia la bendecirán todos los pueblos de la tierra, por haberme tú obedecido». El drama del monte Moriá franquea el sendero —gracias a la fe del patriarca— a la historia del Pueblo elegido. En adelante, el camino ascensional queda abierto al espíritu del hombre que yacía atascado en la hondonada del materialismo politeísta. El sacrificio de Isaac —suspendido en el momento decisivo— permitirá subir lentamente hacia otro sacrificio —éste irá hasta su consumación, pues no se hallará carnero capaz de reemplazar a la víctima (por otra parte, irreemplazable), hacia una inmolación que tendrá lugar 1800 años después de la escena del monte Moriá; ésta es, para nosotros cristianos, como una prefiguración de la tragedia del Gólgota.

* * *

Después de aquella terrible prueba superada por Abraham, no sabemos que el Eterno se volviese a aparecer al patriarca. Al menos la Biblia no nos ha dejado el recuerdo de ningún otro diálogo entre el Señor y su mensajero. Ha llegado el momento de preguntarnos, bajo qué forma debieron realizarse aquellas diversas apariciones del Altísimo.

Precisemos ante todo que, según la opinión de los teólogos, y también de los grandes místicos, las apariciones de Nuestro Señor Jesucristo deben ser consideradas como manifestaciones extremadamente raras.

Por lo que atañe a las «apariciones» de Yavé a Abraham, se admite, en los círculos autorizados, que el Eterno habló al patriarca (después a sus hijos, y más tarde a los profetas) «en un lenguaje totalmente interior, dirigido directamente al espíritu». Entonces ¿habrá que considerar todas aquellas visiones, como desarrollándose siempre y exclusivamente en el alma del fiel? No. Sin la menor duda pueden admitirse también, aunque de una manera muy excepcional, algunas visiones «exteriores» que podían percibir los sentidos; dichas manifestaciones son las que constituyen las verdaderas «apariciones».

Al descender del monte Moriá, Abraham, escoltado por su hijo, halló a los dos siervos que lo esperaban. La pequeña tropa se puso entonces en marcha, tomando la dirección del oasis de Berseba, donde, por el momento, estaban establecidas las tiendas.

SARA EN LA TUMBA

«Sara murió en Quiriat Arbe, que es Hebrón, en la tierra de Canán. Vino Abraham a llorar a Sara y hacer duelo por ella» (*Gén 23, 2*).

De Berseba, el clan se había trasladado a Hebrón, al antiguo campamento que ya conocemos —bajo las encinas. Y allí murió Sara.

Por lo que hace referencia a los ritos funerarios propiamente dichos, el redactor del siglo V no se muestra muy prolijo. Sin embargo, nos será posible, con ayuda

de informaciones recogidas de otros capítulos de la Biblia, reconstruir las diversas fases de aquella jornada.

Cuando Sara exhaló el último suspiro, le cerraron los ojos, pues así lo exigía la tradición (*Gén 46, 4*); se trataba de impedir que el alma del difunto saliese del cuerpo y fuese a rondar entre los vivos, con grave peligro para éstos. El ademán de cerrar los ojos, tan piadoso según nuestras costumbres modernas, procede indudablemente de aquella precaución de defensa, que encontramos en la mayoría de los ritos fúnebres, en los orígenes conocidos de la humanidad.

Después, Abraham besó tiernamente a su esposa. Y seguidamente se procedió, según costumbre, al aseo de la difunta, que fue revestida con sus más preciosas galas.

«Abraham —nos dice la Biblia— vino a llorar a Sara y hacer duelo por ella». Traduzcamos: entonces empiezan las lamentaciones (*Jer 22, 18; Eclo 12, 5*). Para desempeñar aquel papel, necesario y ruidoso, allí están ya las lloronas preparadas.

«Atended, llamad a las plañideras, que vengan; / buscad a las más hábiles en su oficio, que se apresuren, / que vengan y hagan sobre vosotros sus lamentaciones; / caiga de vuestros ojos el llanto y manen lágrimas de vuestros párpados» (*Jer 9, 17-20*).

Bajo la tienda, el viudo permanece postrado ante el féretro. Lo cual no le impide recibir, con el más profundo silencio, la visita de los parientes y amigos. Para demostrar su dolor puede, de vez en cuando, echarse por tierra (*Job 1, 20*).

En cuanto constató el fallecimiento, ya Abraham se apresuró a rasgar sus vestiduras. Se trata, con este gesto, de desfigurarse ante el espíritu del difunto, que inmediatamente después de la muerte podría adherirse a los objetos cuya memoria todavía conserva. Además, para

mayor seguridad, el rito fúnebre exige que, en cuanto sea posible, se trueque la túnica por el burdo sayal denominado *saco*, hecho con pelo de cabra tejido. Es una especie de faja con la que tanto hombres como mujeres se ciñen los riñones, en los grandes duelos, personales o nacionales (*Jl* 1, 8; *Jer* 49, 3). Aquel cilicio (al menos en principio) se llevaba sobre la piel, con o sin vestido por encima. No se lo quitaban ni para dormir. En una época más tardía, se contentaron con revestir el *saco*... sobre la túnica; cosa que verdaderamente resultaba menos desagradable a la epidermis.

También, para establecer una barrera entre el vivo y el difunto, era costumbre velarse el rostro. Y aún más: se revolcaban por tierra, se echaban ceniza sobre la cabeza, se rasuraban la barba y los cabellos, y cuidaban de taparse con la mano la boca y la nariz, para que el alma del difunto no se les introdujese por allí. Y para impedir que el espíritu del muerto los reconociese, se desfiguraban mediante sangrientas incisiones —cosa que más tarde fue prohibida por la Ley (*Dt* 14, 1).

Todas esas costumbres se nos representan como el eco lejano de una tradición milenaria, como el recuerdo atávico de una época muy remota, en la que —entre los primitivos semitas— los espíritus de los difuntos eran clasificados como una categoría de seres maléficos, o al menos muy peligrosos, contra los cuales era necesario defenderse usando de ciertas precauciones. Pero con el tiempo, con el progreso espiritual, algunos de aquellos ritos de preservación habían ido evolucionando insensiblemente; y mucho antes de la época de Abraham ya se habían transformado en ceremonias propiciatorias.

El clima del Próximo Oriente no permitía —especialmente en verano— conservar por mucho tiempo un cadáver bajo la tienda. De ordinario, a las ocho horas de

la muerte, el difunto era solemnemente conducido a su última morada.

Era preciso, por lo tanto, proceder con toda urgencia a la inhumación de Sara. Abraham fue enseguida en busca de un lugar conveniente «donde enterrar a su muerta»...

Entre los semitas, la cremación de los cuerpos era considerada como una profanación. Al contrario de lo que más tarde será de regla entre los griegos y los romanos, la incineración no era admitida por los hebreos —y aún en nuestros días está severamente prohibida entre los árabes.

Por consiguiente, Abraham fue a buscar un lugar susceptible para servir de sepultura. Nuestros pastores nómadas, errantes de pasto en pasto, no poseían, en propiedad, ni la menor parcela de terreno. En la presente circunstancia, se trataba de adquirir, lo más rápidamente posible, un trozo de campo que pudiera servir de sepulcro. Y de sepulcro familiar.

Abraham ya tenía en vistas una gruta en los alrededores de Hebrón: la caverna de Macpela.

¿Por qué una caverna?

En aquel macizo calcáreo que forma la casi totalidad de la montaña de Judá, los ríos subterráneos han formado numerosas grutas. Excavaciones adecuadas para ser transformadas en panteones donde podían enterrarse, en el curso de épocas futuras, los difuntos de una misma stirpe.

Con ocasión de los funerales de Sara, la pequeña aldea en masa, y todos los cultivadores de la vecindad, se habían reunido «a la puerta de la ciudad de Hebrón» (¿ciudad?, más bien pueblecito)... a poca distancia de las tiendas del clan hebreo. A aquellos aldeanos, propietarios de los campos, la Biblia les llama «hijos de Jet»

—es decir, hititas. Probable anacronismo, pues actualmente sabemos que, en la época abrahámica, los hititas todavía no habían constituido una agrupación étnica en el sur de Palestina. Es muy probable que la población aquí designada la formaran los hurritas, raza no semítica.

Abraham, hasta entonces prosternado en señal de luto, «se levantó de junto a su muerta», se dirigió hacia el grupo formado por los propietarios rurales y les hizo este discurso de estilo tan oriental (*Gén* 23, 3-19): «Soy entre vosotros extranjero y huésped: Dadme en propiedad una sepultura, donde pueda sepultar a mi muerta, apartándola de mi vista». Respuesta de la asistencia: «Sepulta a la muerta en el mejor de nuestros sepulcros; ninguno de nosotros te negará su sepulcro para que en él sepultes a tu muerta». Pero, tan gran gentileza no podía satisfacer a Abraham. Ya que la región de Canán ha de ser un día, según la promesa divina, tierra abrahámica, el patriarca tiene interés en que quede garantizada aquella toma de posesión. Es absolutamente necesario instalar en alguna parte —de aquella Tierra Prometida, y ¿por qué no en Hebrón?— un lugar santo de reunión, en el que los patriarcas puedan encontrarse un día, en el curso de su existencia terrestre, ciertamente, pero, también y sobre todo después de su muerte. En una palabra, importa adquirir allí, en aquella tierra por la que hace tanto tiempo que acampan, un título válido de propiedad.

Y Abraham continúa: «Si de veras queréis que pueda yo apartar a mi muerta de mi vista, sepultándola, escuchadme y rogad por mí a Efrón, el hijo de Seor, que por su justo precio me ceda para sepultura en propiedad, su caverna de Macpela, que está al término de su campo».

Vamos ahora a asistir a un debate entre comprador y vendedor, muy propio de las transacciones orientales.

Efrón, propietario de la gruta, se halla casualmente entre los asistentes. Responde enseguida a la demanda del jefe hebreo: «Yo te doy el campo y la caverna que se halla a su extremo: te la doy ante los hijos de mi pueblo³³; ¡sepulta a tu muerta!»

«Yo te daré el precio del campo —contesta Abraham. Recíbelo tú y sepultaré en él a mi muerta». Y respondió Efrón a Abraham: «Señor mío, óyeme: ¿Qué es para mí ni para ti una tierra de cuatrocientos siclos de plata? Sepulta a tu muerta». Abraham dio su consentimiento a Efrón y pesóle la plata que éste había dicho³⁴, o sea, cuatrocientos siclos de plata corriente en el mercado.

De hecho, todo esto revela una costumbre local. Todavía actualmente, en casa de cualquier anticuario palestino —si conserva las antiguas y nobles tradiciones de sus antepasados—, se oye la misma respuesta dirigida al comprador europeo que se interesa por el precio de un objeto: «Tómalo sin pagar nada, ya te lo doy». Está claro que no es cuestión de llevarse el objeto de balde: si el comprador es educado, rehúsa, protesta, insiste, exige que se fije un precio. Es de buen tono, por parte del vendedor, andar con ciertos rodeos, vacilar todavía un rato. Finalmente, apremiado por el comprador eventual,

33. La ley babilónica es taxativa: el código de Hammourabi nos la recuerda: «El que procede a una compra *sin testimonios o sin contrato*, es un ladrón y será condenado a muerte».

34. En aquella época no existía metal amonedado, ni piezas acuñadas: se «pesaban» lingotes de oro o de plata, que servían para las transacciones. El siclo-peso era la unidad de peso en Israel. Y es muy probable que el siclo peso correspondiera a 16 ó 17 gramos.

murmura a media voz: «Veinte dólares ¿qué son, para ti y para mí?» El comprador se da por entendido, paga los veinte dólares y se va con el objeto bajo el brazo. «Así, el campo de Efrón en Macpela, frente a Mambré, con la caverna que hay en él, y todos los árboles del campo y sus contornos³⁵, vino a ser propiedad de Abraham, ante los hijos de Jet y de cuantos entraban por la puerta de la ciudad... Así, el campo, con la caverna que hay en él, vino a ser sepultura de propiedad de Abraham, adquirida de los hijos de Jet.»

Y ya tenemos a Abraham hacendado. Momento crucial en la historia del Pueblo escogido: la gruta de Macpela es la primera parcela, debidamente adquirida, de la «Tierra prometida»...

* * *

Sara fue solemnemente trasladada a la gruta funeraria. Ni embalsamamiento, ni sarcófago al estilo egipcio. Tal vez, según la costumbre mesopotámica, el cuerpo fuese cubierto por un enrejado de cañas, o bien, según el rito de los pastores arameos, envuelto en una piel de cordero. Se depositó sobre un antepecho de piedra, tallado en la roca de la segunda gruta. La costumbre imponía que el cadáver estuviese acostado del lado izquierdo, con las rodillas encogidas hasta la barbilla —es la posición del niño en el seno de la madre.

35. Los árboles... En un contrato de venta mesopotámico, correctamente redactado, es preciso especificar que los árboles también han sido vendidos con el terreno. Pues, con el espíritu procesivo característico del Oriente, el vendedor podría argüir que ha vendido el terreno pero no sus plantaciones, y en este caso, es dueño de exigir los frutos de los árboles... Estamos en un país en que la buena fe no siempre es de regla.

Por analogía con las diferentes tumbas de aquella misma época que han podido ser estudiadas, arqueológicamente hablando, podemos admitir que, al lado de los despojos mortales de Sara, Abraham hizo depositar algunas jarras probablemente llenas de agua, y exactamente iguales a las que se usaban para ir al pozo o a la fuente. Debieron ponerse también, junto a la difunta, recipientes con alimentos, y cuchillos de piedra. Pero procurando que toda aquella vajilla estuviese ya deteriorada, o al menos retirada del uso: un mobiliario fúnebre «muerto», puesto que estaba destinado a hacer compañía a un muerto.

Esto nos lleva, naturalmente, a preguntarnos cuál debía ser el concepto de los primeros hebreos respecto al más allá. No ha de extrañarnos lo primitivo de sus nociones metafísicas, todavía muy oscurecidas en aquellas épocas remotas por las creencias politeístas de que el clan abrahámico estaba penetrado.

Parece que los patriarcas adoptaron una doble explicación sobre la vida futura. Dos versiones de caracteres antinómicos; pero sabemos que las contradicciones nunca han sorprendido al oriental. Se admiten dos residencias *post mortem*: una en el *chéôl*; otra en la tumba...

El *chéôl* es el reino común donde se encuentran los difuntos. Viven allí, conservando la misma fisonomía que en el momento de su muerte, y su misma personalidad terrestre. Pero se han convertido en *elohim*: no en dioses, pero sí en seres dotados de un poder y de un saber sobrehumanos. Ni entre los hebreos de la época de Abraham, ni entre los contemporáneos de Isaac y Jacob (segunda y tercera generaciones patriarcales), encontramos todavía la creencia en una remuneración de ultra tumba. Hasta el siglo II antes de nuestra era no se recibirá esta noción.

Ahora bien, al admitir la reunión de los difuntos en el *chéól*, los pastores hebreos consideran que los que mueren continúan viviendo, en el sepulcro, una especie de existencia retardada. Están persuadidos de que el cuerpo y el alma, indisolublemente unidos, conservan su sensibilidad y su conciencia propias. De ahí la importancia al sepelio, que permite al difunto disfrutar de quietud y tranquilidad en el secreto de la sepultura.

Una vez el cuerpo de Sara hubo sido depositado en la caverna, se cerró la entrada con una enorme piedra.

No podemos precisar cuánto duró exactamente «el duelo de Sara», pues las nociones cifradas que nos proporciona la Biblia difieren según las épocas y los personajes: setenta días por Jacob, treinta días por Moisés, y otros tantos por Aarón. Más tarde, parece que el duelo de siete días, que siguió a la muerte de Saúl, quedó establecido como regla. No obstante, para el padre y para la madre se conserva el rito de los treinta días. Con frecuencia, las viudas —por propia voluntad— llevan luto toda su vida. Durante los siete días que seguían a la defunción estaba prohibido lavarse, afeitarse, ungirse el cuerpo con aceite, calzarse (se tenía que andar con los pies descalzos) y cubrirse la cabeza, y todos los parientes del difunto llevaban el *saco* o cilicio.

Al regresar de la gruta de Macpela, una vez terminada la inhumación, el patriarca y sus parientes debieron proceder a la obligatoria ceremonia de la purificación, ya que el contacto de un cadáver, y aun su sola vista, constituía una mácula. La tienda también quedaba impura; impuros igualmente todos los que habían entrado en el lugar donde se hallaba la difunta. Se necesitarán tres días para que, gracias a unos ritos peculiares, el alma y el cuerpo de los asistentes recobren su primitivo estado.

Abraham ha sido acompañado al campamento por los suyos. Observará todavía el ayuno hasta la puesta del sol. Entonces unos amigos, que no pertenecen al clan, le llevarán —de fuera— la comida de funeral. En aquella circunstancia no se podían consumir las provisiones del aduar, pues eran reputadas de impuras por el hecho de la reciente presencia del cadáver. Los asistentes instan a la afligida familia a que tome alimento; ésta se niega repetidas veces alegando su profunda pena (¡estamos en Oriente!). Finalmente, los parientes del difunto consienten en comer «el pan del duelo» y en beber «la copa del consuelo» (*Jer* 16, 7; *Os* 9, 4).

LA CAVERNA DE MACPELA, PANTEON DE LA FAMILIA ABRAHAMICA

La gruta de Macpela, en la que acabamos de ver colocar los despojos mortales de Sara, será considerada en adelante como el panteón fúnebre de la familia de Abraham: allí serán sepultados, en el curso de los siglos que sigan:

primero Abraham; después, su hijo Isaac, al lado de Lía, su primera mujer. Raquel, la segunda, no descansa en aquella tumba; fue inhumada en el camino que baja del Alto Éufrates, cuando la caravana se dirigía a Hebrón.

En Mambré, el campamento de Abraham estaba establecido —recordémoslo en breves palabras— en el emplazamiento actual del Hâram Rêmet el Khâlîl (o santuario de la colina del Amigo de Dios). Allí se ve el pozo de Abraham y el recinto sagrado, parcialmente rodeado de viejos muros, formados por bloques ciclópeos. Era allí donde se plantaban las tiendas del patriarca. Fue allí donde Sara exhaló el último suspiro.

La gruta de Macpela se hallaba a cuatro kilómetros aproximadamente al sur del campamento hebreo instalado bajo las encinas de Mambré, y cerca de la actual aglomeración de Djébel er-Remeideh, que se supone ser el antiguo pueblo de Hebrón. Allí, bajo la bóveda de aquella caverna, duermen, en la paz de su último sueño, los seis personajes bíblicos anteriormente designados. Pero lejos está el paraje de conservar su aspecto primitivo. Una mezquita fortificada ocupa el emplazamiento del campo de Efrón el hitita, pues el panteón de los patriarcas constituye la cripta del monumento islámico.

El santuario actual comprende tres partes distintas: la muralla exterior, la mezquita, y la cripta funeraria.

RARA HISTORIA DE LA GRUTA DE MACPELA

Una historia más bien accidentada. Y si no poseemos, sobre la distribución interior de aquella cripta, toda la documentación que sería de desear, debemos culparlo a la turbulencia humana. Júzguese por este breve resumen de los hechos.

Ya en el año 33 de nuestra era, el manuscrito llamado «del Peregrino de Burdeos» menciona, sobre la caverna de Macpela, la presencia de un mausoleo (*memoria*) de plano cuadrangular, ejecutado con un aparejo de piedra bellísimo. San Jerónimo, infatigable visitador de los lugares santos, confirma lo dicho. Dos siglos después, notable cambio: Antonino, de sobrenombre «el Peregrino de Plasencia» (570), tiene la posibilidad de admirar, en aquellos mismos lugares, una basílica edificada en aquella época sobre la gruta.

Setenta años después del «peregrino de Plasencia», el panteón de los tres patriarcas pasa a manos de los

musulmanes, cuya dominación se extiende sobre toda Palestina. Pero los secuaces de Mahomet no parecen oponerse —por el momento— a las piadosas visitas de los cristianos. Naturalmente, la antigua iglesia ha sido transformada en mezquita.

Todavía otro cambio: en 1099 los «francos» vuelven a posesionarse del país. Y ya tenemos la mezquita transformada en santuario católico; y éste consagrado a Abraham. En un principio, vemos la iglesia servida por un colegio de canónigos dirigidos por un prior. Un poco más tarde adquirirá el rango de catedral, bajo la administración de un obispo. Afluyen los peregrinos, y muchos de ellos nos han dejado curiosas descripciones del edificio.

1187: la fortuna cambia de campo... el gran jefe musulmán Saladino, vencedor de los francos, se apresura a reconquistar el panteón de Abraham, venerado por los fieles de Alá como profeta y como padre de Ismael, progenitor de la raza árabe. Sin embargo, no se impidió a los cristianos el acceso a la gruta, al menos si hemos de dar crédito a la relación redactada por el dominico Buchard (1283), el cual parece que obtuvo permiso para pasar toda una noche en oración en el panteón de los patriarcas. Pero en 1563, el franciscano Quaresmius notifica, con el dolor que es de suponer, que está formalmente prohibida toda visita a la cripta.

De hecho, desde el siglo xvi hasta mediados del xix, ningún cristiano pudo entrar en la gruta de Macpela.

Pero en 1843, el Dr. Fränkel logró sobornar a los guardianes del santuario subterráneo: descendió a la cripta, y allí pudo ver sarcófagos, que llevaban cada uno el nombre de un patriarca; las inscripciones estaban grabadas con caracteres hebreos y árabes. Tapicería de Damasco recubría los mausoleos.

La última encuesta europea, efectuada con una osadía poco común, data del 1859. Tuvo como héroe al arquitecto piamontés Pierotti, a la sazón funcionario del municipio de Jerusalén. Nuestro hombre, disfrazado de árabe, y, naturalmente, con la venia —pagada a alto precio— del guardián del sepulcro, llegó a efectuar un intento de descenso que no carece de interés. Según el informe, la escalera principal da acceso al vestíbulo de la gran mezquita. Conduce casi al centro de la antigua gruta. Está tallada en la roca: mide apenas 70 centímetros de anchura. Queda cerrada por una enorme verja de hierro asegurada con candado. El guardián, a pesar de haber recibido tan espléndida paga por parte de Pierotti, sólo le permitió descender cinco escalones. Inclinandose desde aquel observatorio el arquitecto piamontés pudo distinguir, a la luz de las lámparas que iluminan continuamente el sepulcro³⁶, algunos sarcófagos de piedra blanca. Toda esta información resulta, en verdad, muy deficiente.

Desde aquella época, los varios intentos de descenso —bien preparados de antemano por conductos oficiales y diplomáticos— no han dado el menor resultado. En 1862, el príncipe de Gales, futuro Eduardo VII, obtuvo autorización para visitar el recinto de la mezquita superior de Hebrón, pero a pesar del firmán que exhibió, y aunque éste llevara la firma del sultán de Constantinopla, se negaron a abrirle la famosa verja de hierro que cierra la escalera que conduce a la gruta fúnebre. Un poco más tarde, en 1878, el mismo infortunio aguar-

36. Estas lámparas se bajan con una cuerda, desde el pavimento de la mezquita construida sobre la gruta, por unos boquetes de 30 centímetros de diámetro. El aceite de dichas lámparas se costea gracias a los donativos que llegan de todo el Islam.

daba al príncipe heredero de Prusia, que había de reinar un día con el nombre de Federico III.

LOS DESPOSORIOS DE ISAAC

Sara ha sido colocada en el sepulcro. Abraham, «bendecido en todo por Yavé», avanza en edad. Así es que, Isaac, el hijo del patriarca, será pronto llamado —así lo disponen los acontecimientos— a empuñar el cayado de jefe del clan. Pero Isaac, único retoño sobre el que se cifran todas las esperanzas para asegurar la continuidad del linaje, todavía no ha elegido esposa.

Abraham ya lo ha resuelto: Isaac ha de casarse. Pero de ninguna manera ha de unirse a una hija de cananeos, idólatras, de ritos sanguinarios y sexuales, que habitan las ciudades de aquel país. No. Le conviene una aramea de pura cepa, una de aquellas nómadas que pertenecen, por la raza, a las tribus de pastores como las que se encuentran en la estepa de Mesopotamia, o bien —¡y está más cerca!— en las verdes praderas del Alto Éufrates, por la parte de Jarán, gran centro de pastoreo. En una palabra: de entre sus próximos parientes los hebreos. Evidentemente, también habrá allí adoradores de los falsos dioses. Pero al menos se comprenden mejor. El patriarca llama a uno de sus más antiguos servidores, a su hombre de confianza: la tradición lo designa con el nombre de Eliezer. Abraham le habla así: «Pon tu mano bajo mi muslo (es decir, junto a las partes vitales), y júrame por Yavé que no tomarás mujer para mi hijo de entre las hijas de los cananeos en medio de los cuales habito, sino que irás a mi tierra, a mi parentela (leamos: a la región de Jarán, en Paddan-Aram), a buscar mujer para mi hijo Isaac.»

Pero el caso es que esa orden entraña un peligro.

Abraham no lo ignora, ni Eliezer tampoco. Según la ley babilónica, la joven elegida está obligada a aceptar el marido que su padre le destine. Pero, por otra parte, no se le puede obligar a unirse al clan de su esposo si ella se niega; entonces, éste ha de agregarse al clan de su suegro.

El apoderado de Abraham, que no quiere encontrarse metido en un conflicto, pide instrucciones circunstanciadas: «Y si la mujer no quiere venir conmigo a esta tierra, ¿habré de llevar allí a tu hijo, a la tierra de donde saliste?» La respuesta de Abraham es categórica: de ningún modo ha de volver Isaac al «país de los padres». «Yavé, Dios de los cielos, que me sacó de la casa de mi padre y de la tierra de mi nacimiento (Jarán), que me ha hablado y me juró diciendo: a tu descendencia daré yo esta tierra (Canán), enviará a su ángel ante ti y traerás de allí mujer para mi hijo». Al terminar, Abraham da órdenes conminatorias: De ninguna manera volverás allá a mi hijo. Se comprende muy bien: el retorno del clan yavista al centro de las tribus emparentadas con la rama abrahámica, pero sumergidas aún en sus creencias idólatras, significaba simplemente echar por tierra el plan divino, detener bruscamente la ascensión espiritual del Pueblo elegido.

Enseguida Eliezer se puso en camino, con una tropa de diez camellos escogidos de entre los mejores de su amo, y «llevando consigo de cuanto bueno tenía su señor» (traduzcamos más modestamente: algunos lingotes de oro y de plata y también algunas joyas, para cumplir con el reglamento de la dote, o, mejor dicho, para pagar al futuro suegro la «compra» de su hija). Y se dirigió directamente hacia Araán Naharaim, «a la ciudad de Najor», nos dice el Libro.

En el encinar de Mambré todo el mundo sabía que

el clan de Najor, hermano de Abraham, apacentaba sus rebaños por los frondosos valles del Éufrates superior, y que la familia prosperaba manifiestamente. E incluso es muy probable que la existencia de Rebeca, hija o nieta³⁷ de Najor, no fuese ignorada por los familiares de Abraham, a pesar de la distancia que separaba a las dos agrupaciones de pastores.

Y Eliezer llega a Jarán. Detiene su caravana a las puertas de la ciudad, y hace que sus camellos doblen las rodillas «junto al pozo, ya de tarde, a la hora de salir las que van a por agua». ¿Qué actitud adoptar? El esclavo del patriarca se encomienda a Yavé: «Dios de mi amo Abraham, le suplica, haz que me salga ahora buen encuentro, y muéstrate benigno con mi señor Abraham». Con toda simplicidad, el mensajero del patriarca va a pedir una «señal» al Eterno: «Voy a ponerme junto al pozo mientras las mujeres de la ciudad vienen a buscar agua. La joven a quien yo dijere: inclina tu cántaro para que yo beba, y ella me respondiere: bebe tú y daré de beber también a tus camellos, sea esa la que destinas a tu siervo Isaac, y conozca yo así que te muestras propicio a mi señor».

Y se apresuró —nos relata este delicioso y poético pasaje del Antiguo Testamento— se apresuró a vaciar el cántaro en el abrevadero, y corrió después al pozo a sacar más, hasta que hubo sacado para todos los came-

37. Tenemos aquí dos tradiciones que parecen contradecirse. Según ciertos pasajes del capítulo 24, Rebeca sería la hija de Batuel, y éste hijo de Najor y de Melca (versículos 15, 24 y 47). Pero, por otra parte, (24, 48; 29, 5) Rebeca se nos presenta como la hija de Najor. Tengamos en cuenta la imprecisión habitual del vocabulario hebreo cuando se trata de genealogías. Hemos podido observar, en pasajes anteriormente citados, que Abraham trata de «hermano» a su sobrino Lot.

llos. El hombre la observaba en silencio, preguntándose si Yavé había hecho provechoso su viaje o no.

Los animales han acabado de beber. Eliezer toma entonces, de su equipaje, un anillo de oro, de un medio siclo de peso y lo pone en la nariz de la joven. Es el *nezem*: para la nariz. Zarcillo abierto, colgado del cartilago que separa los orificios nasales y que las mujeres llevaban a la derecha. Luego, pasó por las muñecas de la joven dos brazaletes de oro, de diez siclos cada uno. Y por último Eliezer le preguntó: «¿De quién eres hija tú? Dime, por favor, si no habría lugar en casa de tu padre para pasar allí la noche». Y he aquí la inesperada respuesta: «Soy hija de Batuel, el hijo que Melca dio a Najor». Así resulta que el fiel Eliezer se encuentra en pleno ambiente Terajano. No podía haber tenido más suerte. Entonces se da cuenta de que Dios lo ha llevado de la mano. La interlocutora prosigue: «Hay en nuestra casa paja y heno en abundancia y lugar para pernoctar». «Entonces, añade la Biblia, el hombre se postró y adoró a Yavé, diciendo: Bendito sea Yavé, Dios de mi señor Abraham, que no ha dejado de hacer gracia y mostrar su benevolencia para con mi señor, y a mí me ha conducido derecho a la casa de los hermanos de mi señor».

Rebeca corrió enseguida a casa de su madre, y le anunció, a la par que a su hermano, la próxima llegada del extranjero³⁸.

38. Najor, hermano de Abraham, y padre (o abuelo) de Rebeca, no aparecerá por ninguna parte en las escenas que van a desarrollarse. Podemos considerarlo difunto en la época en que Eliezer llega, con sus diez camellos, a Jarán. Y ¿qué es de Batuel, presentado en algunos versículos como padre de Rebeca? Batuel será mencionado un poco más adelante. Pero algunos historiadores de la Biblia (y no de los menos calificados, los dominicos de la Escuela Bíblica, por ejemplo) con-

Labán se apresuró a salir al encuentro de Eliezer, que había permanecido con sus camellos junto a la fuente. «¿Por qué estás ahí fuera? le interrogó el jefe arameo. Ya he preparado la casa y el lugar para los camellos». Y Eliezer es conducido a la mansión³⁹. Labán, aunque debía tener un importante personal de servicio, quiere desalbardar por sí mismo a los camellos y darles después paja y heno. Primero, los animales. Hecho esto, presenta agua al forastero, para solaz de sus pies, y seguidamente lo invita a comer. Pero el siervo de Abraham no acepta, al menos de momento. Antes de probar ni un bocado, es preciso explicar, minuciosamente, toda su historia. Refiere entonces —al estilo oriental— la aventura pastoral de Abraham; pone de relieve las inmensas riquezas del patriarca hebreo: «rebaños y ganado, plata y oro, siervos y siervas, camellos y asnos». Cuenta el tardío nacimiento de Isaac. Expone la misión que su amo le ha confiado. Expresa su asombro por haber hallado,

sideran que el citado personaje tal vez había sido añadido en una época posterior. Por una parte, en efecto, su presencia ofrece un carácter muy episódico. Por otra, es siempre Labán, hermano de Rebeca, quien en el curso de todas las gestiones que van a seguir, figura como jefe de familia. Trata del casamiento de su hermana, «como patriarca». Parece realmente estar en posesión del poder absoluto para efectuar esa delicada transacción, celosamente reservada, según la ley de los pastores, al jefe del clan.

39. Tenemos aquí el ejemplo de una familia de «jefe», poseedor de numerosos rebaños, vigilados y custodiados en la estepa, por sus pastores, por sus esclavos, pero jefe que habita con su familia en el interior de una ciudad (Jarán). Camino hacia el sedentarismo; lo mismo sucedía respecto a Lot, en Sodoma. Por el contrario, Abraham y sus descendientes los patriarcas hebreos permanecerán siempre fieles a la vida bajo la tienda.

al llegar a las puertas de Jarán junto al pozo de la ciudad, «a la hija del hermano de su señor». Y concluye: «Ahora, si queréis hacer gracia y mostraros bondadosos para con mi señor, decídmelo; si no, decídmelo también, y me dirigiré a la derecha o a la izquierda».

La respuesta es inmediata: se accede al deseo del pastor hebreo. Eliezer desembalando entonces del equipaje objetos de oro y plata y vestidos, se los entrega a Rebeca: son los regalos destinados a la prometida de Isaac. Además, «hizo también ricos presentes a su hermano (Labán) y a su madre. Se ha de ver en este gesto el pago tradicional y obligatorio efectuado a los padres de la futura esposa. El código babilónico establecía, para el cumplimiento de esta regla (en realidad, para la «compra» de la joven) la cantidad de 50 siclos de plata. El Deuteronomio fija la misma tasa. Por el mero hecho de la aceptación de esta suma, la «prometida» —a quien nadie ha pedido el consentimiento— pertenece, desde aquel momento, al esposo designado. En el presente caso, a Isaac.

Por la mañana, cuando toda la familia se hubo levantado, Eliezer rogó que se le permitiera partir en compañía de Rebeca, para volver al lejano campamento de Hebrón. Llamaron a la joven, y su hermano le preguntó: «¿Quieres partir con este joven? Y ella respondió: Partiré. Entonces la dejaron ir con su nodriza, el siervo de Abraham y sus hombres».

No parece que en tiempo de los patriarcas el acto matrimonial fuese solemnizado con una ceremonia de unión caracterizada. Todo se reduce a una fórmula de las bendiciones que el jefe del clan impetra sobre la cabeza de la desposada, en el momento en que ésta se separa de los suyos para ir a fundar una nueva familia.

Después de esto, la pequeña caravana, conducida por el fiel Eliezer, emprende el camino de regreso.

* * *

El campamento hebreo estaba entonces instalado en el desierto del Negueb, junto al pozo de Jai Roi (*Gén* 24, 62-66). Y sucedió que una tarde, cuando ya anochece, Isaac se dirigió hacia el Norte del campamento, inquieto sin duda por el resultado de la gestión de Eliezer y por la incierta llegada de la caravana, cuando, de pronto, en el horizonte, vio perfilarse la silueta de los camellos.

Por su lado, Rebeca había divisado a lo lejos las tiendas. A distancia vio a aquel solitario paseante. Su corazón no la engañaba... Enseguida saltó del camello; curiosa, y probablemente también, a su vez, ansiosa, preguntó a Eliezer: «¿Quién es aquel hombre que viene por el campo a nuestro encuentro?» El servidor respondió: «Es mi señor». Entonces Rebeca se cubrió inmediatamente con el tradicional velo que, según la costumbre, no había de alzarse hasta la noche de bodas.

«Isaac condujo a Rebeca a la tienda de Sara, su madre, la tomó por mujer y la amó.»

NUEVA POSTERIDAD DE ABRAHAM

Después de la muerte de Sara, Abraham —aquel patriarca que se nos ha presentado como un anciano que ya no podía tener hijos—, volvió a tomar mujer. No una esposa legítima, sino una concubina, de nombre Queturá. Esta le engendró al jefe hebreo seis hijos, de los cuales la Biblia —siempre tan amante de la genealogía— nos da concienzudamente los nombres.

A aquellos hijos nacidos de Quetura, Abraham los dotará: les dará rebaños; y, en cuanto pueda, se apresurará a alejarlos del campamento hebreo. Viviendo él todavía, nos dice el Libro, los separó de su hijo Isaac, enviándolos al Este, al país de Oriente. Según la tradición, los hijos de Quetura fueron los progenitores de los pueblos de la Arabia del Sur.

También Ismael, el hijo de la concubina Agar, había sido, como sabemos, alejado del aduar, y allá en el desierto de Parán, debía figurar como padre de los árabes ismaelitas.

En realidad, la promesa, promulgada por el Eterno ante Abraham, sólo es válida para Isaac, único heredero del patriarca; por sus venas corre la sangre hebrea, pura de toda unión mixta. Además, es necesario que, para el cumplimiento de la misión, no haya más que un solo jefe.

Después de Abraham, Isaac. Después de Isaac, Jacob. Así se nos presenta la sucesión de los patriarcas bíblicos.

ABRAHAM VA A UNIRSE A SARA EN LA GRUTA DE MACPELA

«Abraham, nos dice la Biblia, murió en senectud buena, anciano y lleno de días». Ya hacía mucho tiempo, como hemos indicado, que no se veía favorecido con las apariciones del Eterno. Y esto se explica: había recibido las órdenes, conocía el camino a seguir: ancho recto.

El Libro nos informa que, para el duelo y la inhumación del patriarca, Ismael —sin duda advertido a tiempo— acudió junto a su semi-hermano Isaac, para

rendir los honores fúnebres al autor de sus días. Se desplazó la pesada piedra que obstruía la entrada de la caverna de Macpela. Sobre una banqueta de piedra, próxima a la que ocupaba Sara, se depositaron, en la posición encogida impuesta por la tradición, los despojos mortales del Amigo de Dios.

Epílogo

La vida religiosa de Abraham, que dirige la futura evolución del Pueblo elegido, ha sido marcada por tres grandes acontecimientos, de una originalidad tan maravillosa como fecunda.

Primero, «la elección» de Abraham por el Eterno.

Después, la Alianza establecida entre Dios y Abraham (y su descendencia).

Y, finalmente, la fidelidad de Abraham. Una fe íntegra, inquebrantable.

La total aceptación de la misión que Dios le confía.

Abraham acaba de terminar su vida terrestre. La historia del Pueblo elegido ha empezado.

Breves indicaciones bibliográficas

Entre la inmensa producción histórica, geográfica y arqueológica que se relaciona con el estudio de la Biblia, y más particularmente con las cuestiones abordadas en esta obra, hemos escogido algunos títulos fácilmente accesibles al lector no especializado. Presentamos, pues, una bibliografía muy sumaria, y de lengua francesa exclusivamente.

Diccionarios, léxicos

F. Vigoroux, «Dictionnaire de la Bible», 5 volúmenes, 1895-1912. Su «Suplemento» aparece en forma de fascículos bajo la dirección de Pirot, Robert et Cazelles.

W. Corswant, «Dictionnaire d'archéologie biblique», 1956.

A. Vincent, «Lexique Biblique», 1961.

Brepols, «Dictionnaire encyclopédique de la Bible», 1960.

Biblias

La Sainte Bible (llamada «de Jerusalén»), traducida al francés bajo la dirección de la Escuela Bíblica de Jerusalén, 1956.

La Sainte Bible, edición Pirot et Clamer.

La Sainte Bible (llamada: *du Centenaire*), 1916.

La Bible, edición Dhorme, 1956.

Daniel-Rops, *Qu'est-ce que la Bible?*, 1955.

L. Grollenberg, *Comment lire la Bible?*, 1961.

Arqueología

W. P. Albright, *Archéologie de la Palestine*, 1958.

A. G. Barrois, *Manuel d'archéologie biblique*, 1939 y 1953.

M. Du Buit, *Archéologie du Peuple d'Israel*, 1958.

A. Parrot, *Le Musée du Louvre et la Bible*, 1957.

R. De Vaux, *Institutions de l'Ancien Testament*.

H. Vincent, *Canaan d'après l'exploration recente*, 1914.

Historia

S. W. Baron, *Histoire d'Israël sociale et religieuse*, 1956.

A. Bertholet, *Histoire de la civilisation d'Israël*, 1953.

E. Montet, *Histoire du peuple d'Israël*, 1926.

C. Moscati, *Histoire et civilisation des peuples sémitiques*, 1955.

A. Lods, *Israël des origines au milieu du VIII^e siècle*, 1949.

G. Ricciotti, *Histoire d'Israël*, 1948.

- Daniel-Rops, *Histoire sainte, le Peuple de la Bible*, 1957.
Geografía
 F. M. Abel, *Géographie de la Palestine*, 1938.
 M. Du Buit, *Géographie de la Terre Sainte*, 1959.
 J. de Fraine, *Nouvel atlas historique et culturel de la Bible*, 1961.
 R. Furon, *Le Proche-Orient*, 1957.
 R. Furon, *Manuel de Préhistoire générale*, 1958.
 L. H. Grollenberg, *Atlas de la Bible*, 1954.
 Legendre, *Le pays biblique*, 1928.
 Vidal de Lablache et Gallois, *L'Asie occidentale*. Colección: «Geographie universelle», 1929.
Obras especializadas
 Dhorme, *Choix de textes religieux assyro-babyloniens*, 1907.
 Anton Jirku, *Le monde de la Bible, Palestine et Syrie*, 1958.
 Joseph Lécuyer, *Abraham notre père*, 1955.
 R. De Langhe, *Les textes de Ras Shamra-Ugarit et leurs rapports avec le milieu biblique de l'Ancien Testament*, 2 vol., 1945.
 Raissa Maritain, *Histoire d'Abraham*, 1947.
 A. Parrot, *La Tour de Babel*, 1954.
 A. Parrot, *Déluge et arche de Noé*, 1955.
 A. Parrot, *Sumer*.
 A. Parrot, *Abraham et son temps*, 1962.
 Hartmut Schmockel, *Le monde d'Ur, Assur et Babylone*, 1957.
 Ch. Virolleaud, *Légendes de Babylone et de Canaan*, 1949.
 L. Woolley, *Abraham - découvertes récentes sur les Hébreux*, 1949.
 J. Woolley, *Mésopotamie, Asie Mineure*, 1961.

INDICE DE NOMBRES

- Aarón, 196.
 Abimelec, 101, 173-174, 179.
 Acadio, 26, 80.
 Adán, 139, 161.
 Adonai, 81.
 Adonis, 81.
 Agar, 135-137, 143, 175-178, 208.
 Agustín (san), 98.
 Alá, 200.
 Alepo, 73.
 Allah, 67.
 Ambrosio (san), 98.
 Amonita, 140, 172.
 Amorreo, 49.
 Amrafel, 128.
 Anastasio (papiro de), 97.
 Anat, 82.
 Anu, 164.
 Apirou, 22.
 Apsou, 157.
 Árabe, 25, 86, 99, 136, 143, 179, 191, 200, 208.
 Aram, 35.
 Arameo, 35, 43, 49, 54, 70, 77, 83, 201.
 Aram Naharaim, 203.
 Arán, 45.
 Arioc, 128.
 Aristóteles, 111.
 Aserá, 81.
 Asiate, 51, 96.
 Asirio, 38, 140, 156.
 Asirio-Babilónico, 172.
 Astarté, 81-82.
 Asur, 35.
 Baal, 81.
 Babilonio, 140, 156, 160, 162, 168.
 Batuel, 203, 205.
 Beduino, 106, 109, 111, 116, 132, 134, 137, 147.
 Ben-Ammi, 172.
 Bene-Ammon, 172.
 Bossuet, 59.
 Buchard, 200.
 Caldeo, 41.
 Cam, 35.
 Camita, 35.
 Cananeo, 35, 76-77, 80-81, 91-92, 95, 140, 201-202.
 Carlomagno, 52.
 Codorlaomor, 128.
 Cretense, 84.
 Crisóstomo (san Juan), 98.
 Cristo, 83.
 Chnum, 159.
 Chnumhotep, 49.
 David, 12, 130.
 Dominicos de Jerusalén, 137.
 Eber (o Heber), 22, 35.
 Edomita, 140.
 Eduardo VII, 201.
 Efrón, 193-194, 198.
 Egipcio, 35, 60, 98, 100, 140.
 El, 67, 81.
 El 'Elohim, 67-68, 132, 143, 147, 173.
 El 'Elyôn, 130.

Eliezer, 115, 202-207.
El-Khâlîl, 99, 148.
Elohim, 196.
El Shadai, 68-69, 85.
Emor l'Hevveen, 75.
Enki, 37.
Enlil, 69.
Enuma Elish, 156, 159-160, 168.
Esau, 105.
Esteban (san), 40-41.
Eva, 161.

Faraón, 97, 100, 102, 124.
Federico III, 201.
Fenicio, 140, 183.
Filisteo, 84-85.
Filón, 98.
Finegan (Jack), 152.
Francos, 199-200.
Fränkel, (Dr.), 200.

Gales (príncipe de), 201.
Goyim, 128.
Griego, 85, 191.

Hammurabi, 156, 161, 193.
Harum as-Raschid, 52.
Heber (o Eber), 22, 35.
Hebreo, 21, 35, 64, 81, 85, 103-104, 110, 113, 119, 121, 142, 167, 191, 195-196, 202.
Herodoto, 11, 85, 111.
Hindú, 59.
Hitita, 192.
Hurrita, 192.
Hyksós, 20.

Iana, 37.
Ibsha, 50.
Iah, 67.
Ilon, 67.
Indo-europeo, 36, 84.

Isaac, 15, 47, 69, 92, 101, 114, 131, 143, 144, 147, 159, 174-177, 179-182, 186-187, 196, 201-202, 204, 206-209.
Ishma 'El, 179.
Ismael, 136-137, 143, 175-179, 200, 209.
Ismaelita, 179, 208.
Israel (pueblo de), 64-65, 76-77, 84, 91, 95, 97, 113, 117, 120, 126, 131, 140, 154.
Israel (Jacob, llamado), 198.
Israelita, 81, 83, 141, 175, 186.

Jacob, 15, 34, 69, 75, 90, 92, 159, 180, 196, 198, 208.
Jafet, 35.
Jesús, 63, 75, 83, 186, 188.
Jet, 192, 194.
José, 75.
Josefo, 113, 129.
Josué, 37, 91, 142, 167.
Juan (san), 83.
Judá (habitantes de), 160.

Kerubin, 162.

Labán, 75, 205-207.
La Fontaine, 112.
Langdon, 166.
Lot, 17, 71, 73, 103, 125, 128-129, 148-149, 151-153, 171-172, 203.
Luis XIV, 57.

Madianita, 140.
Mahoma, 199.
Marduk, 69, 156-158, 160.
Mateo (san), 83.
Melca, 203-204.
Melquisedec, 129-131.
Merneptah, 97.
Mesías, 131.
Michelet, 12.

Moab, 172.
Moabitas, 172.
Moisés, 65, 69, 141-142, 196.

Nabucodonosor, 160.
Najor, 37, 45, 203-205.
Nannar (o Nannar Sin), 28, 31, 37-38, 40, 54, 69, 71.
Nin-Gal, 28.
Noé, 163-164.

Orígenes, 98.
Osiris, 69, 159.

Parrot (André), 161, 166.
Peregrino de Burdeos, 199.
Peregrino de Plasencia, 199.
Pierotti, 200.
Procopio de Gaza, 98.
Prusia (príncipe heredero de), 201.
Ptolomeo Filadelfia, 69.
Pueblos del Mar, 84.
Pulasati, 84.

Quaresmius, 200.
Quetura, 208.

Raquel, 198.
Rebeca, 101, 174, 198, 203, 205, 207-208.
Refaim, 80.
Romano, 85, 191.

Saladino, 200.
Salomón, 12, 57, 67, 163, 186.
Samaritana (la), 75.
Sara, 138, 142-143, 146-147, 173-178, 189, 192, 195-198, 208-209.
Sarai, 17, 45, 71, 97, 99-100, 132, 135-139.
Sargon I, llamado el Antiguo, 26.

Sasou, 97.
Saúl, 196.
Sem, 35.
Semita, 23, 25, 35-37, 50, 57, 60, 80, 84, 97, 139, 145, 191.
Seor, 193.
Sesostris II, 49.
Set, 69.
Setenta (Biblia de los), 69.
Sumerio, 22-25, 59, 182.
Sumero-Acadio, 156.

Tadal, 128.
Tamisier (padre), 157.
Teodoreto, 98.
Teraj, 17, 20, 28, 30, 32-33, 37, 39-43, 45, 51-54, 56-58, 69, 114.
Termier (H. y G.), 153.
Tiamat, 157-159.

Uerchu, 185.
Uta-napishtim, 164.
Utu, 37.

Vaux (padre Roland de), 67, 163.
Vespasiano, 75.

Wooley (sir Leonard), 26-27, 32, 166.

Yavé, 58, 62, 65-68, 73, 76, 81, 85-87, 89, 98, 111-112, 124, 126, 130, 133-134, 136-139, 142, 144, 147-149, 161, 164, 167-169, 171, 174, 177, 182, 187-188, 201-202, 204-205.
Yavé El 'Olam, 180.
Ysh-El, 174.
Zacarías, 121.

INDICE DE LUGARES GEOGRAFICOS

- Adab, 22.
- Adma, 171.
- Afganistán, 23.
- África, 59, 117, 140.
- Agadé, 26.
- Al (o Haf), 89-91.
- Akkad, 25, 41, 61, 156.
- Al Magayyar (monte de Bitume), 21.
- América, 59.
- Arabia, 36, 81, 108, 208.
- Aram (llano de), 53.
- Aram (camino de), 53.
- Aram de los Dos Ríos, 53.
- Aram Naharaim, 53.
- Asfaltites (lago), 153.
- Asia, 59.
- Babel (torre de), 154, 166.
- Babilonia, 52, 60, 143, 160, 167.
- Babilonia (cautividad de), 51, 60, 160, 163.
- Babilonios, 12, 14, 43, 60, 160.
- Bab-Ilou, 167.
- Bagdad, 27.
- Balâtâh, 75.
- Balik, 73.
- Bassorah, 27.
- Be 'er-sheba, 180.
- Belén, 198.
- Berad, 137.
- Berseba (o Beersheba), 92, 116, 178-180, 189.
- Betel (o Beth 'El), 39, 89-91, 102-103, 124-127, 169.
- Cades, 92.
- Caldea, 21.
- Calvario, 186.
- Canán, 17, 21, 39, 42-43, 53, 59, 71, 73-74, 76-77, 80, 84-85, 87, 92, 98, 109, 111-112, 117, 129, 132-133, 138, 142, 156, 165, 167, 182-183, 189, 192, 202.
- Cáucaso, 23.
- Ceboim, 171.
- Cedar, 106.
- Constantinopla, 201.
- Creciente fértil, 42.
- Damasco, 200.
- Dan, 129.
- Der, 52.
- Djebel el-rameideh, 198.
- Djebel-es-Islamiyed, 74.
- Djebel Tô, 74.
- Ebal, 74.
- Edén (o Edinu), 161-162, 168.
- Edom, 97.
- Efraim (país de), 90.
- Egeo (mar), 84.
- Egipto, 12, 43, 60-61, 65, 82, 91-92, 95-96, 98, 101-102, 109, 114, 124, 133-134, 140-141, 159, 167, 173, 178.
- Elam, 128.
- Elasar, 128.
- El-Gazzeh, 134.
- El-Hulé (lago), 117.
- Eridu, 22, 37.

Etel, 91.
 Éufrates, 14, 17, 21-25, 40, 52, 54-55, 73, 87, 96, 104, 115, 128, 134, 161, 177, 182, 202-203.
 Europa, 115.
 Filistea, 92, 100.
 Galad, 91, 113.
 Garizim, 74.
 Gatna, 73.
 Gaza, 134.
 Gazzeh (afuente el-), 134.
 Gerara, 100-101, 173, 179.
 Gólgota, 187.
 Gomorra, 125, 128, 148-149, 151-153.
 Goshen (país de), 97.
 Guezar, 77, 183.
 Hârâm Rêmet el-Khâlil, 198.
 Hebrón, 14, 39, 126-128, 137, 148, 169, 173, 180, 189, 192-193, 198, 201.
 Heracleópolis, 97.
 Isin, 41.
 Israel (reino de), 67, 113.
 Jarán, 14, 21, 39-40, 45, 51-56, 58, 61, 65, 70, 73, 75, 115, 127, 155, 169, 202-203, 205-206.
 Jerusalén, 67, 74, 90-91, 127, 129-131, 186.
 Jordán, 43, 74, 77, 80, 91, 117, 125, 129, 134, 156.
 Jordania, 172.
 Judá (reino o país de), 67.
 Judá (macizo o desierto de), 96, 117-118, 127, 180, 192.
 Judea, 91-92.

Kara, 52.
 Kinnereth, 73.
 Kirbet el-Bordy, 91.
 Kish, 166.
 Lagash, 22.
 Lai Roi, 207.
 Larsa, 37, 41-42.
 Levante, 140.
 Luz (o Luza), 90.
 Macpela, 179, 192-194, 197-200, 209.
 Mambré, 126-127, 131-132, 135, 137-138, 141, 143-144, 147, 169, 174, 194, 198.
 Mar Muerto, 43, 91-92, 101, 117, 123, 125, 128, 151-153, 171.
 Mari, 161-162.
 Mediterráneo, 77, 101, 183.
 Mesopotamia, 20-21, 26, 40-42, 52, 54, 82, 96, 128-129, 156, 165, 202.
 Moab, 91, 97, 125.
 Moreh, 74, 83, 89, 127.
 Moria, 182, 186-187.
 Nâblus, 75.
 Nahr Belik, 52.
 Naplus, 75.
 Neápolis, 75.
 Negueb, 89, 92, 95, 136, 154, 173, 178, 180, 207.
 Nilo, 22, 24, 43, 51, 96, 102-104, 114, 124, 136, 140, 159.
 Nippur, 22.
 Normandía, 90.
 Oued es-Sheba, 181.
 Padán - Aram, 21, 53, 70-71, 202.

País de los Padres, 14.
 Palestina, 43, 58, 67, 71, 75-77, 84-85, 96, 111, 114, 117, 120, 134, 183, 192, 199.
 Palmira, 52.
 Parán (o Farán), 179, 208.
 Partenón, 11.
 Persia, 52.
 Pérsico (golfo), 17.
 Petersburgo (papiro de), 97.
 Pitoum, 97.
 Quiriat Arba, 189.
 Rakka, 52.
 Remêt el Khâlil, 128.
 Reyes (valle de los), 129.
 Sal (mar de), 151, 153.
 Salem, 129-130.
 Samaria, 74, 89, 92.
 Segor, 149, 152.
 Senaar, 24, 167.
 Servdj, 55.
 Shawé, 129.
 Shefelâh, 92.
 Shemesh, 158.
 Shour, 136-137.

Siddim, 125, 148, 151, 153, 171.
 Sin, 158.
 Sinaí, 62, 65, 179.
 Siquem, 14, 39, 73-75, 84, 87, 89, 90, 92, 126-127, 169.
 Siria, 25, 43.
 Sodoma, 125, 128, 131, 148-149, 151-153, 171, 206.
 Sumer, país de Sumer, 22, 24-26, 33, 37, 40, 42, 45, 60-61, 109, 182.
 Tiberiades (lago de), 73, 117.
 Tigris, 24-25.
 Torrente de Egipto, 134.
 Toumilât (afuente), 97.
 Transjordania, 43, 77, 111.
 Trento (concilio de), 69.
 Umma, 22.
 Ur-en-Caldea, 14, 17, 20-21, 25-26, 28-34, 37-42, 45, 51, 53-55, 70, 114, 155, 165-166, 171, 177, 183.
 Uruk, 22.
 Urushalim, 90.
 Zelibi, 52.
 Zenobia, 52.

INDICE

Prólogo.	7
Introducción	11
I. UR: CIUDAD DE PARTIDA	17 ✓
II. JARÁN: LA REVELACIÓN	45
III. SIQUEM: LA PROMESA	73
IV. DE CAMPAMENTO EN CAMPAMENTO.	89
V. MAMBRÉ: LA ALIANZA.	127
VI. ASUNTOS DE FAMILIA	171
Breves indicaciones bibliográficas	211
Índice de lugares	217

7

CONOCER
LA BIBLIA

